

Sophie Saint Rose

Serie Texas



*Tu amor
no es suficiente*

Tu amor no es suficiente

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Erica puso una jarra de cerveza sobre la barra y fue a atender al siguiente. Los vaqueros estaban como locos por el partido de béisbol y no dejaban de gritarle a la pantalla gigante que había al fondo del bar. Se cruzó con Ilsa. —Voy a cambiar el barril, se ha acabado el grifo dos.

—Uff...

—Lo sé, tardaré lo menos posible —dijo poniendo un botellín y cogiendo los diez pavos de la barra. Los metió en la caja a toda prisa y después de dar la vuelta, corrió para meterse en la cocina donde Dotti no daba abasto con la parrilla. Bajó los escalones haciendo resonar sus botas de cowboy y tiró de la cadena de la luz para ver algo. Escuchó los gritos de entusiasmo de sus clientes mientras quitaba el enganche del barril para arrastrarlo a un lado. Cogió uno de los llenos y tiró de él con las dos manos. Iba a matar a Ed cuando le pillara, mira que dejarla tirada justo ese día. Tiró de nuevo del pesado barril de metal y lo acercó al enganche. Lo encajó en la boquilla y cerró las palancas, asegurándose de que estaba bien el gas que haría ascender la cerveza. Apagó la luz y subió corriendo los escalones.

Al llegar a la cocina por poco se choca con Dotti. —¡Niña!

—Lo siento, lo siento... —La esquivó y corrió hacia la barra. Los vaqueros no dejaban de gritar pidiendo bebida y al llegar al grifo, cogió una jarra grande para sacar la primera espuma del barril.

—¡Date prisa! —gritó Ilsa sirviendo dos jarras.

—¡Erica, mueve el culo! —gritó uno de los más asiduos.

—¡Cierra la boca, Bill! ¡O apago la tele y os vais a ver el partido a casa! ¡A ver si te aguanta tu mujer!

Se echaron a reír. Tiró la espuma al fregadero y siguió sirviendo. —¿Qué te pongo, viejo? ¿Lo de siempre?

—Por supuesto, ¿cuándo te he pedido otra cosa, niña?

Abrió la nevera y sacó un botellín de cerveza antes de ir al siguiente para ponerle otra delante. El vaquero se volvió. —¡Eh! ¡La pasta, Curtis, que luego se os olvida! ¡Ocho pavos!

—¿Ha subido?

—La inflación, ¿qué quieres que te diga?

—Putos políticos.

Sonrió cogiendo el billete y él dijo —Quédate la vuelta.

Tocó la campana y metió la propina en el bote. Ilsa se puso a su lado para cobrar y dijo —Está aquí.

Se tensó y miró hacia la puerta. Su padre borracho como una cuba entró en el local y Erica gruñó porque por la cara que tenía buscaba bronca. Se acercó a la barra y empujó a uno de los vaqueros. —¡Aparta, hostia! ¡Quiero hablar con mi hija!

Erica apretó los labios acercándose a él y apoyó las manos en la barra. —¿Qué quieres?

—¿Qué voy a querer? Pasta, tengo que pagar el alquiler.

—Pues búscate un trabajo.

—¿Y para qué coño te tuve a ti?

Ella levantó una ceja. —¿Tú me tuviste? Anda, lárgate del local, que tengo mucho que hacer.

—Dame dinero, con cien me bastará.

—Y una mierda, nunca te basta, siempre quieres más y estoy harta. —Se volvió para atender a otro.

—¡A mí no me des la espalda! —La cogió por su trenza rubia y tiró de ella con fuerza. Varios vaqueros se tiraron sobre él para agarrarle y que la soltara.

Le miró con desprecio con sus hermosos ojos verdes. — Sacadle de mi local.

—Vamos Troy, no te resistas —dijo el sheriff acercándose.

—¡Putita desagradecida! —gritó él loco de la rabia mientras se lo llevaban—. ¡Todo lo que tienes es gracias a mí!

—¡Sí, gracias a todas las cervezas que te bebías aprendí el oficio!

Varios se echaron a reír y su padre gritó —¡Te vas a acordar de esto! ¿Me oyes?

—Vete a dormir la mona —dijo antes de volverse y ver a Dotti con el bate de béisbol en las manos.

—Tranquila, hoy no volverá.

—Deberías tener cuidado, niña —dijo Bill—. Ha perdido el norte totalmente.

—Bah, es inofensivo. ¿No le has visto? Ya es una sombra de sí mismo, un empujón y se caería al suelo.

—No te fíes, no es la primera vez que te arrea, lo sabe todo el pueblo.

Apretó los labios. —No pasará nada.

Ilsa sonrió. —Ha sido una buena noche —dijo recogiendo su dinero.

—Han ganado los Rangers, chica, eso siempre conlleva mejores propinas.

Su amiga cogió su bolso y se puso la correa al hombro. — ¿Qué vas a hacer con Ed?

—Despedirle, ¿qué quieres que haga? Ni ha llamado para dar una excusa, estoy harta.

—Es una pena, me cae bien.

—Cae bien a todos, pero esto es un negocio —dijo inflexible.

—¿Mañana irás a misa?

—Querrás decir hoy... —Suspiró pasándose la mano por la frente mirando el local que estaba patas arriba. Dos de los vaqueros de Driscoll se habían peleado y tenía cosas que arreglar. —Creo que paso, hay mucho que hacer aquí.

—¿Quieres que te ayude?

—Es tu día libre, ni de broma.

—No me importa, no voy a hacer nada en todo el día.

—Pues eso es lo que tienes que hacer, nada. —La empujó. —Lárgate a casa, que tienes que estar agotada.

Ilsa rio por lo bajo. —Eres una mandona.

—Lo sé, por eso no tengo novio, porque todos dicen que mando demasiado.

—No tienes novio porque no quieres...

Cogió la manilla de la puerta para abrirla. —¿Quién iba a aguantarme a mí? —Cerró de un portazo y su amiga se echó a reír al otro lado.

Sonriendo se volvió y cogió una silla que estaba tirada en el suelo para subirla a la mesa. Aunque Ilsa se había encargado de los vasos mientras ella llenaba las cajas con los botellines vacíos, aún había mucho que limpiar. Miró el reloj de la pared de una marca de cerveza. —Las tres de la mañana, no te acostarás hasta las cinco, eso si hay suerte...

Cogió el cubo de la basura, empezó a tirar servilletas y restos de comida cuando escuchó un crujido en el cuarto de baño. Frunciendo el ceño dejó el cubo en el suelo lentamente y la puerta se abrió sobresaltándola. Parpadeó sin poder creérselo, porque Christian Driscoll salía cerrándose los pantalones tambaleándose de un lado a otro. Asombrado miró a su alrededor. —Joder, ¿me he desmayado?

—Tiene toda la pinta —dijo mirando su ropa húmeda y su cara de borrachera máxima.

—Hostia, Carl me va a matar. —Haciendo eses fue hacia la puerta y ella gruñó. —Me voy.

—Ni se te ocurra coger tu camioneta.

—Sí, claro.

—Dame las llaves.

Se volvió y debió marearse porque se cayó sobre una de las mesas haciéndola añicos por lo grande que era. —Joder, lo siento —balbuceó antes de cerrar los ojos poco a poco.

—Ah, no —dijo acercándose—. ¡Christian despierta!

Él abrió los ojos sobresaltado. —¡No puedes quedarte aquí!

—Por favor... —dijo como si fuera un niño.

—¡Ni hablar! —Le cogió de la mano y mosqueada tiró de él. —Vamos, levanta... —dijo con esfuerzo. Vio el llavero colgando de su bolsillo y gruñó cogiéndolo para ver que eran las llaves de la camioneta. —Ya vendrás a buscarla mañana, ahora a casa. Yo te llevaré.

—Eres muy buena. —Sonrió mientras ella se mostraba horrorizada. —Y guapa, guapa.

Gruñó. —Mueve el culo, Christian. No voy a perder toda la noche contigo.

—Muchos querrían estar en mi lugar, ¿sabes?

—¿No me digas? —Tiró de él hasta que se puso en pie y fueron hasta la puerta. El muy capullo para tener equilibrio se apoyaba mucho en ella y la iba a deslomar. —¡Camina recto, leche!

—Eres tan bonita...

—Eso ya lo has dicho, pero la guapura no da de comer.

—Podrías casarte conmigo.

Le miró como si tuviera cuernos. —Si te llevo tres años.

—Me van mayores.

—Deja de decir tonterías, ya tienes a todas las solteras de la zona locas por ti, no me necesitas a mí.

—Van detrás de Carl, no de mí.

—Bueno, mitad y mitad. —Hizo una mueca porque entre los dos se las llevaban a todas de calle.

—Carl siempre lo consigue todo.

—Es el mejor. ¿Participará en el rodeo?

—No.

Llegando a la camioneta le miró sorprendida. —Es el primer año que no se presenta.

—Me deja a mí al cargo —dijo orgulloso.

Este año no apostaba por los Driscoll. Abrió la puerta de la camioneta mostrando el asiento del pasajero. —Sube.

—Te voy a enseñar un video de lo bien que lo hago —dijo sacándose el móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—No necesito ver nada, Christian, te he visto montar toros antes.

—Ya verás, me lo sacó mi hermano.

—Arrea para la camioneta, leche.

Le costó un montón ayudarle a subir a la camioneta y cuando consiguió sentarle, escuchó el sonido del motor de un coche y se volvió para ver a través de la ventanilla que entraba en el aparcamiento e iba directamente hacia ellos. La luz de los faros le impedía ver bien el vehículo y a su conductor. —¿Qué coño hace ese...? —Al ver que no frenaba gritó —¡Christian sal! —Le agarró de la mano para sacarle, pero los faros se acercaron peligrosamente. — ¡Sal, corre! ¡Ese loco viene hacia aquí!

—¿Qué? —Christian levantó la vista y ella al ver que no reaccionaba gritó cogiéndole de la camisa para tirar de él justo antes de que la camioneta impactara con fuerza en el morro de la de su amigo y la puerta abierta la golpeará en el brazo antes de tirarla sobre la gravilla del aparcamiento.

Sin aliento levantó la vista y llegó a ella el sonido del claxon de la vieja camioneta roja que tenía delante. La camioneta de su

padre. —¡No, no! —Se levantó como pudo y al acercarse vio que su padre había impactado contra el cristal y lo había atravesado. Temblando porque su propio padre había intentado matarla, volvió la vista hacia Christian y gritó del horror al ver que tenía el rostro lleno de sangre. Corrió hacia él. —¡Christian!

Le escuchó gemir. —Tranquilo, voy a pedir ayuda. —Sintiendo el corazón a mil se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y juró por lo bajo. —Mi móvil no está. Mierda, lo he dejado en el bar. —Mareada del shock al volverse se cayó de rodillas. Gimiendo consiguió ponerse en pie y corrió hacia la puerta del bar tan rápido como pudo. Llegó a la barra y la rodeó. —¡Dónde está, joder! —Apartó un trapo y lo encontró. Sin darse cuenta de que su brazo sangraba lo desbloqueó y llamó a emergencias. —¡Sí! ¡Mi padre ha intentado matarme! ¡Necesito una ambulancia! ¡Christian Driscoll está malherido!

Sentada en la camilla del hospital de San Antonio se miró el brazo e hizo una mueca por los seis puntos que le habían puesto. Su brazo estaba amoratándose y la pierna no tenía mejor pinta, el impacto había sido de aúpa, pero ella no había sentido nada. El doctor decía que era por la adrenalina, pero que en los días posteriores aquello iba a doler lo suyo. Suspiró agachando la mirada y se vio las uñas oscurecidas por la sangre. —Mierda.

El sheriff Potter abrió la cortina y al verla apretó los labios.

—Mi padre está muerto, ¿no?

—Lo siento mucho, niña.

—Hace años que sabía que iba a acabar mal, pero nunca me imaginé que quisiera llevarme con él al otro barrio. —Le miró a los ojos. —¿Cómo está Christian?

—El impacto le ha roto el cráneo.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Ha muerto?

—No, todavía no, pero está muy grave.

—Dios mío, Dios mío... —Sus hermosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —Pobre chico... Solo le llevaba a casa porque había bebido y le he destrozado la vida.

—Se la ha destrozado tu padre, no tú.

—Sí, eso díselo a Carl cuando se entere.

—Ya se ha enterado.

Todo el mundo conocía la mala leche de Carl cuando se cabreaba. —¿Qué ha dicho?

—Como es lógico ha querido saber lo que ha pasado y se lo he contado.

—¿Y? —preguntó casi con temor.

—Niña, tú no has hecho nada malo. —Forzó una sonrisa. — Todo irá bien.

Y una leche iría bien. Se miró las manos, ya podía largarse del pueblo cuanto antes porque si por su culpa moría su hermano, al que quería más que a sí mismo, allí ya no le quedaría nada. Él se encargaría de arrebatárselo.

Cerró la puerta de la camioneta y subió los escalones hasta la iglesia. Abrió la puerta y se detuvo en el pasillo para verla totalmente vacía, excepto por el cura que se encontraba ante el féretro de su padre. Caminó lentamente hacia él y se detuvo ante el sacerdote con el ataúd en medio. —Hija, me alegro de que hayas venido.

—No se alegre, padre —dijo mirando el ataúd con desprecio antes de escupir sobre la pulida madera—. ¿Me diste una infancia de mierda y sigues jodiéndome? —Se acercó a él. —Pues escúchame bien, viejo borracho egoísta de mierda, no vas a destrozarme la vida. Saldré de esta como he salido de tantas por tu culpa, ¿me oyes? Espero que te pudras en ese infierno en el que seguro que estás, porque es lo que te mereces, cabrón.

El cura vio asombrado que se enderezaba y caminaba hacia la salida con la cabeza bien alta.

Capítulo 2

Caminó por el pasillo del hospital sintiéndose muy incómoda y se estiró las mangas de su camiseta más allá de las muñecas para cubrir los morados mientras se acercaba a los Driscoll. Carl y su madre Meredith hablaban ante la puerta de la habitación de Christian. Carl fue el primero en darse cuenta de su presencia y la fulminó con sus ojos azules haciendo que algo se le estremeciera por dentro. —¿Qué coño haces tú aquí?

Meredith se volvió y se tensó al verla. —¿Flores? ¿Traes flores? Desgraciadamente mi hijo no puede verlas, ni olerlas... Puede que nunca se despierte del coma, ¿y le traes flores?

—Señora Driscoll...

—Lárgate de aquí —dijo Carl poniéndose delante de su madre como si intentara protegerla.

Abrumada por la agresividad que mostraban en sus miradas dijo —Quería disculparme por el comportamiento de mi padre y decirles que si necesitáis algo...

—¿De ti? ¿Qué vamos a necesitar de ti? ¡Largo! —exclamó Carl señalando el pasillo—. ¡Largo antes de que pierda la paciencia!

Pálida dio un paso atrás. —Necesito decirte que intenté sacarle, intenté...

Carl la cogió por el brazo herido y ella gritó sin poder evitarlo dejando caer el ramo de flores. La sangre cubrió la manga de su camiseta y él la soltó asombrado.

—Lo siento, lo siento... —Salió corriendo intentando reprimir las lágrimas.

—¡Erica!

Ella entró en el ascensor antes de que cerraran las puertas y sollozó. Un médico la miró de reojo y apretó los labios. —Te sangra el brazo.

—No es nada —dijo agachando la mirada.

—Sangras bastante. ¿Por qué no bajas a urgencias conmigo y dejas que te vea?

—Tengo que irme.

—Vamos, solo serán unos minutos. No querrás ir manchándolo todo por ahí, ¿no?

Cuando una gota recorrió el dorso de su mano apretó los labios. —Está bien.

El médico sonrió pulsando el botón de urgencias. —¿Te duele?

Ella negó con la cabeza.

—Mientes.

Le fulminó con la mirada. —No miento. No me duele, punto.

—Muy bien, como digas. Me llamo Henry, por cierto. Henry Wagner.

—Erica Holder.

—Es un placer, Erica. —Las puertas se abrieron. —Ven conmigo, estoy deseando ver lo que tienes porque no deja de sangrar.

Al mirar hacia abajo vio que la sangre había caído en el suelo del ascensor. —Oh, lo siento.

Intentó agacharse para limpiarlo, pero Henry la cogió por el otro brazo. —No te preocupes, tenemos un servicio de limpieza increíble, ¿sabes?

—Lo siento, no es mi mejor día.

La llevó a través de urgencias y la metió en un box antes de cerrar la cortina. —Por la cara que tienes no hace falta que lo jures. Siéntate en la camilla y quítate la camiseta si puedes.

Ella se sentó y tiró hacia arriba de su camiseta mostrando su sujetador beige. —Mierda, está para tirar —dijo viendo la sangre en la tela. A ver qué se ponía ahora porque no podía regresar así a casa.

Henry se quedó de piedra al ver el gran morado que le cubría casi todo el brazo y el apósito que cubría los puntos que estaba empapado en sangre. —Pero qué... ¿Has tenido un accidente?

—Podrías decirlo así. —Se miró el brazo. —¿Crees que se me han abierto los puntos?

—Probablemente. —Se puso unos guantes y empujó un taburete con ruedas para sentarse ante ella. —Viendo el estado de tu brazo has tenido mucha suerte de no habértelo roto.

—Ya. —Suspiró mirando al frente como si le diera igual y Henry la miró de reojo antes de empezar a quitar el apósito. —¿Tardarás mucho? Tengo que abrir el bar.

—No creo que estés para trabajar, Erica.

—Le digo que estoy buscando a Erica Holder —dijo Carl al otro lado de la cortina—. Estaba herida, sangraba y...

—Usted no puede estar aquí, así que haga el favor de irse o llamaré a seguridad.

Ella miró hacia allí con los ojos como platos y Henry al ver cómo se tensaba dijo por lo bajo —Tranquila, no pasará.

—Usted no lo entiende, tengo que ver qué le ha pasado.

—Le digo que no está aquí.

Henry fue hacia la cortina y la abrió apenas para decir muy serio. —¿Acaso no ha oído a la enfermera? Jess llama a seguridad.

Una camilla pasó tras Carl y tuvo que acercarse con tan mala suerte que la vio. —¡Erica!

—¡Oiga, no puede pasar! —Henry intentó empujarle, pero Carl le esquivó entrando en el box. Vio el brazo y asombrado dijo —¿Estás herida? El sheriff me dijo que habías salido ilesa.

Ella apartó la mirada agachando la cabeza. —No es nada.

—¡Claro que es algo, mi paciente necesita atención y usted no debería estar aquí!

—Joder, no creí...

—No pasa nada —susurró ella haciendo que Carl apretara los puños.

Los de seguridad llegaron en ese momento y le cogieron por los brazos tirando de él. —Venga con nosotros, amigo.

Carl impresionado vio como una lágrima resbalaba por la mejilla de Erica, que no era capaz de mirarle.

—¡Llévenselo! —ordenó Henry cerrando la cortina para que no la viera nadie—. Siento todo esto.

—Da igual —dijo apática.

Henry se sentó de nuevo y una enfermera entró también en el box. —¿Necesitas ayuda?

—No, puedo encargarme yo, gracias.

Ella sonrió antes de salir. Erica no levantaba el rostro y el doctor dijo —¿Él te ha hecho esto?

—Esto me ha pasado por estúpida.

—Una agresión es una agresión.

—Carl no tenía intención de dañarme —siseó antes de mirarle a los ojos—. Y métete donde te llamen, que aquí no te ha llamado nadie.

Iba a bajarse de la camilla cuando él la retuvo. —Eh, eh, voy a curarte, no vas a ir sangrando al trabajo, ¿no?

Gruñó quedándose quieta y él empezó a trabajar abriendo un kit de sutura. —Así que trabajas en un bar.

—Oye, ¿no puedes coserme y ya está? ¿Tengo que darte palique?

—Pues no estaría mal porque me intrigas.

—Si te interesan las intrigas léete un libro.

Henry sonrió. —Puedo leer tu expediente, ¿sabes?

—Pues léelo y deja de darme la plasta. —Suspiró pasándose la mano por la frente. —Perdona, pero es que me duele mucho la cabeza.

—¿Cuándo fue esto?

Le miró exasperada. —¿No te das por vencido?

—Cuando se trata de la salud de un paciente no. ¿Cuándo tuviste el accidente?

—Hace cuatro días.

Él asintió. —¿Te hicieron un escáner?

—¿No ibas a leer mi expediente?

Rio por lo bajo. —Eres muy divertida.

Le miró pasmada. —¿Divertida yo?

—¿Te lo hicieron o no?

—No sé —dijo como si fuera muy pesado—. Estaba bien. —Apretó los labios. —Al parecer soy más dura de lo que parezco.

—¿Cómo fue el accidente? —volvió a insistir.

Bufó. —Mi padre intentó atropellarme y lanzó su camioneta contra la de un amigo, ¿de acuerdo? ¡Yo estaba de pie con la puerta abierta y bum! Salí volando. ¿Contento?

Empezó a coserla sin comentar nada de eso. —Tendré que volver a coserte, voy a esperar un poco a que te haga efecto la anestesia.

Erica miró al frente como si le diera igual y antes de darse cuenta dijo —Hoy han enterrado a mi padre.

—Lo siento mucho.

—Pues yo no, era un cabrón, siempre lo fue.

—Entonces no lo siento nada. —Se la quedó mirando. —Vamos, cuéntamelo, si estás así es por algo y es evidente que no es por tu padre.

—Que tu padre intente atropellarte afecta, ¿sabes?

—Tengo la sensación de que no estás así por eso.

Ella se apretó las manos y miró hacia ellas. —Ese amigo estaba ya sentado en la camioneta y está muy grave.

—¿Está ingresado aquí?

—Es el hermano de Carl. —Hizo un gesto hacia la cortina.

—Entiendo, y no quería verte por aquí.

—Soy idiota, no tendría que haber venido, puede que Christian muera por mi causa y...

—Tú no tienes responsabilidad de las locuras que cometan otros.

—Ya. Carl no piensa lo mismo —dijo con tristeza—. Ya puedo irme del pueblo cuanto antes, porque sino...

—¿Sino qué? —preguntó Henry mosqueado—. ¿Qué te va a hacer?

Le miró sin entender y entonces se dio cuenta de lo que insinuaba. —No me va a matar o algo así.

—Pues te ha agredido, deberías denunciarlo.

—Él no sabía que estaba herida, fue sin querer.

—¿Por qué le defiendes?

Se sonrojó. —No le defiendo.

—Claro que sí, solo hay que oírte. Le defiendes y es obvio que le tienes miedo.

—¿A Carl? —preguntó incrédula—. No, majo, le tengo miedo al poder que tiene. ¡Ya puedo ir cerrando el bar, porque por miedo a enfadarle no habrá vaquero a cien kilómetros a la redonda que se pase por allí a tomarse una cerveza!

Henry empezó a coserla. —¿Qué es, un cacique o algo así?

—Tiene el rancho más grande de la zona, todos quieren llevarse bien con él. Hasta el alcalde le besa el culo porque todos los años él paga las fiestas. No hará ni falta a que él diga nada, nadie se gastará un solo dólar en mi bar por miedo a contrariarlo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues cerrar —dijo como si fuera bobo—. No me queda otra. Como ya tengo pagado el alquiler y las bebidas de estos dos próximos meses, aguantaré a ver si saco algo con algún despistado que pase por allí, después venderé de segunda mano todo el material que es mío y hasta luego.

—¿Te vas a rendir? Tú no has hecho nada malo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

La miró a los ojos. —¿Lo hiciste?

Apretó los labios. —Quizás si le hubiera dado la pasta a mi padre cuando me la pidió, esto no habría pasado.

—Erica, escúchame bien, no eres responsable de las locuras de los demás, que se te meta en la cabeza. ¿Cómo se llama ese amigo tuyo? ¿Christian qué?

—Driscoll, ¿por qué?

—Echaré un vistazo a su expediente médico.

Se le cortó el aliento. —¿Puedes hacerlo? ¿Puedes decirme cómo está? —preguntó ansiosa.

—Claro que sí. —Terminó de coser y se volvió para tirar el material en un bol metálico. Se levantó. —Le diré a la enfermera que te limpie eso y te lo tape. A ver si te puede encontrar una camiseta, a veces los visitantes médicos nos regalan algunas.

Salió del box y ella impaciente se apretó las manos. El gesto hizo que le doliera el brazo, pero no le dio importancia porque le dolía todo el cuerpo demasiado para tomar ese dolor en cuenta. Igual no debería haberse levantado de la cama. Agotada porque hacía días que no dormía, se pasó la mano por los ojos y escuchó que entraba alguien. Apartó la mano para ver a Carl ante ella y Erica pasmada no supo cómo reaccionar.

Él carraspeó como si estuviera incómodo. —Quería... disculparme por lo de antes.

—No tienes que...

—No debería haberte tocado, pero mi madre está pasándolo muy mal y la has alterado.

—Lo siento.

—Joder, no te disculpes —dijo entre dientes—. He sido yo quien ha perdido los nervios, soy yo quien debo disculparme. —Apretó los labios. —Tendría que haberte llamado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No pasa nada. Intenté salvarle...

Él se tensó. —Mi hermano se pondrá bien, tiene que ponerse bien.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas y susurró —Se ha acabado, ¿no?

—Joder, claro que se ha acabado. ¿Crees que voy a seguir acostándome contigo después de que tu padre casi matara a mi hermano? ¡Y aún puede morir!

—No fue culpa mía.

—Te dije mil veces que no le provocaras, que había perdido la cabeza y sé de buena tinta que te reíste de él ante medio pueblo, joder —dijo furioso—. ¿Qué esperabas que pasara después de lo de la última vez?

Recordaba muy bien la última vez, su padre la había pillado cuando estaba cerrando y la golpeó a traición por la espalda para robarle la recaudación. Carl llegó en ese momento y le dio una lección que dejó a su padre baldado, le advirtió que se largara del pueblo, pero su padre rio con la boca llena de sangre y le dijo que les mataría a todos. Pero aun así ella era la culpable. Daba igual lo que dijera, tenía que culpar a alguien y le tocaba a ella. El año que habían estado juntos a escondidas de todos, a él le daba igual, porque siempre se había avergonzado de estar con ella. No era importante en su vida, así que era perfecta para ser el chivo expiatorio de los Driscoll. —Muy bien, vete. De todas maneras, lo nuestro nunca hubiera llegado a nada. El dueño del rancho Driscoll jamás tendría algo serio con una camarera.

—Pues no —dijo haciendo que se le retorcieran las entrañas—. Lo nuestro nunca hubiera llegado a nada.

Ella agachó la mirada. —Pues adiós —dijo casi sin voz.

Carl apretó los labios antes de salir del box.

—¿Pero qué hace usted aquí otra vez? —preguntó Henry abriendo la cortina a toda prisa para cerciorarse de que estuviera bien. —¡Fuera de aquí!

—¡Ya me largo, joder!

Henry se acercó. —¿Estás bien?

—Sí, solo hemos dejado las cosas claras. —Sorbió por la nariz. —¿Cómo está Christian?

Henry apretó los labios sentándose ante ella. —Muy grave, Erica.

Sollozó. —¿Se va a morir?

—Todavía es pronto para decirlo, le han puesto varias placas en el cráneo, ¿sabes? Habrá que esperar a ver cómo evoluciona.

—Es buen chico, algo alocado, pero es buena persona. ¿Por qué pasan estas cosas? A la gente buena le pasan cosas malas, mientras a la gente horrible como mi padre viven años jodiendo a los demás.

Henry negó con la cabeza. —No lo sé, Erica. Supongo que tiene que haber personas horribles para que se note más quienes son los buenos.

—Sí, quizás sí.

—He mirado tu expediente. Te fuiste antes de los resultados de los análisis.

—¿Y?

Él suspiró. —Estás embarazada, Erica. ¿Lo sabías?

Sin aliento recordó que cuatro meses atrás se les rompió el preservativo. Pero nadie tenía tan mala suerte. —No, eso no puede ser.

—¿Te ha bajado el periodo?

—Bueno, he manchado un poco, pero nunca me viene la regla a su hora, aunque siempre uso condón.

—Pues algo ha fallado. El embarazo está confirmado.

Pálida miró hacia la cortina y sollozó tapándose la cara con las manos.

—Seguro que el padre...

—¡No hay padre! —Apartó las manos blanca como la nieve. — Por favor, que alguien me dé la camiseta que tengo que irme.

Henry apretó los labios. —Haré que te la traigan cuanto antes, pero quiero que sepas que si necesitas ayuda, puedes llamarme cuando quieras. —Sacó una tarjeta del bolsillo de la bata y se la dio. —Prométeme que si necesitas ayuda, me llamarás.

Sorprendida le miró a los ojos. —¿Por qué haces esto?

—Porque necesitas que alguien te eche una mano, estás al borde de una depresión o de un ataque de nervios y no quiero que hagas algo irreversible.

Parpadeó. —¿Crees que me voy a suicidar o algo así?

—Pues que lo hayas pensado ahora, me preocupa un poco, la verdad.

—Erica Holder es mucho más dura de lo que parece, majo — dijo con rabia—. No pudo mi padre conmigo y esta situación mucho menos. Tengo que cuidar a mi hijo.

Henry sonrió. —Me alegro mucho de oír eso. ¿Quieres ver a tu pequeño?

Separó los labios de la impresión. —¿Ya se puede?

—Y si hay suerte, depende de cuánto estés, puede hasta que sepamos si es niño o niña.

Capítulo 3

Bajó del cuatro por cuatro y cogió su bolso poniéndoselo en bandolera para ir a toda prisa hasta la entrada. En ese momento le sonó el móvil y descolgó sin mirar quien era. —¿Hola? Seas quien seas ahora no puedo hablar. —Sonrió cuando vio que su niña salía en ese momento del cole con su mochilita a la espalda.

—¡Mami! —gritó loca de contenta bajando los escalones ella solita agitando sus rizos negros con sus preciosos ojos azules brillantes de la alegría por verla.

—¿Erica? Te oigo muy mal.

Frunció el ceño mirando el móvil y vio que era un número que no tenía grabado. —¿Quién es? —preguntó agachándose ante Molly y dándole un beso en la mejilla.

—¡Soy Christian! —gritó por teléfono.

Se quedó de piedra y sin aliento dijo —Christian, cómo me alegro de oírte, ¿estás bien?

—Muy bien.

—Siento no haberte llamado o...

—Da igual, entiendo perfectamente lo que ocurrió.

Cogió la mano de su hija que intentaba llamar su atención. —Christian, ¿puedes esperar un momento? —Tapó el móvil. —Nenita, esta es una llamada muy importante y tengo que hablar unos minutos. Luego me cuentas todo lo que quieras, ¿vale?

—Vale, mami —dijo obediente.

Le acarició el cabello y se puso el teléfono al oído. —Lo siento, pero me pillas en la calle. ¿Cómo estás?

—Bien, mi recuperación llevó tiempo, pero todo pasa por algo.

Frunció el ceño. —No te entiendo, pero me alegro de que te lo tomaras tan bien. Intenté verte, ¿sabes? Incluso antes de irme, pero fue imposible.

—Lo sé, Carl me lo contó todo.

Cogió de la manita a Molly y fue hacia el coche intentando ignorar el vuelco al corazón que sintió al oír su nombre.

—Siento mucho como te trató mi familia.

—No importa.

—Pues espero que ya no te importe en absoluto, porque mi llamada tiene un propósito...

Frunció el ceño. —¿Sí?

—Me voy a casar, Erica.

Sonrió. —Me alegro muchísimo por ti.

—La conocí en el hospital y en parte nos conocimos gracias a ti.

Hizo una mueca y él se echó a reír. —Sí, ya sé lo que estarás pensando, pero nos encantaría que vinieras a la boda.

—¿Qué? —Dios, ¿cómo se iba a librar de eso? —Christian, mi padre murió esa noche, intentó matarnos.

—Pero gracias a eso encontré a la mujer de mi vida, alguien que ha hecho que me dé cuenta de lo que es realmente importante y me mostró lo que es el amor sincero y desinteresado... Aunque no quieras, tú eres parte de esa historia. Nos gustaría que vinieras para que vieras que de esa noche ha salido algo bueno.

Emocionada susurró —No quiero defraudarte, pero...

—No quería llegar a este punto, pero me lo debes. Jessica te quiere en la boda y si te tengo que presionar con lo que ocurrió para que vengas, lo haré. Me lo debes, Erica.

Suspiró porque no podía negarlo. Gimió por dentro antes de preguntar —¿Cuándo es la boda?

—¡Genial! Es este fin de semana.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Si estamos a martes.

—Pues date prisa en buscar un vestido adecuado. Ah, no te preocupes por el alojamiento, te quedarás en el rancho.

—¿En el rancho? ¡Ni de coña!

—El sábado durante todo el día tendremos varias actividades con los invitados, lo pasaremos genial. Ah, y tráete a quien quieras, por supuesto.

¿Y con quién iba a ir?, pensó antes de que toda la información que le daba se procesara en su cerebro, pero entonces se dio cuenta de lo que quería decir. —¿Eso de las actividades significa que tengo que ir el viernes? —preguntó asombrada.

—Claro, no quiero que te pierdas nada. Y si llegas antes del mediodía mejor. Oye te tengo que dejar, que mi novia me reclama para algo de las flores. Te veo el viernes.

Y le colgó tan contento, aquello no podía estar pasando.

—Mami, ¿ya puedo hablar?

Miró a su hija y parpadeó. —¿Y qué hago contigo?

Molly sonrió. —Quererme mucho.

Sonrió sin poder evitarlo. —Eso ya lo hago, cielo.

—Sí. ¿Sabes que hoy Johnny me ha dicho que su cumple será en el parque?

—¿Pero para su cumpleaños no queda mucho todavía?

—Mamá mira la agenda —dijo demostrando que era mucho más madura de los cinco años que tenía—. Es el sábado. Tenemos que ir de indios y vaqueros. Mami, yo quiero ir de indios que eran los buenos, eso dice Johnny, seguro que él irá de indio.

—¿El sábado? —preguntó entrando en pánico—. ¿Este sábado?

La niña asintió y ella dijo por lo bajo —Mierda.

—¿Qué?

—Que vamos a comprar el regalo. Y el disfraz. —Abrió la puerta de atrás del coche.

—Mami, ¿quién te llamaba? —preguntó escalando ella sola hasta su asiento porque no quería que la ayudara.

—Un antiguo conocido.

—¿Un amigo?

—Casi.

—¿Y qué quería?

—Invitarme a su boda.

Los ojos de la niña brillaron. —¿Una boda con vestido de princesa y todo?

Maldita bocaza. —Sí, cielo.

—¿Con músicos?

—Supongo que sí.

—¿Puedo ir, mami? ¿Puedo?

A ver cómo salía de esa. —Cielo, solo me han invitado a mí.

—Pero yo como muy poco —dijo rogándole con la mirada—. Por favor mami, Lizzy fue a una boda estas vacaciones y le regalaron un montón de cosas para divertirse. Yo nunca he ido a ninguna...

La ayudó a ponerse el cinturón de seguridad. —Tendrás que quedarte con la tía Ilsa, esperemos que no tenga nada que hacer.

—¡No, la tía no! ¡Quiero ir a la boda!

—Tienes el cumpleaños de Johnny, ¿no te lo querrás perder? Habrá tarta y regalos...

—¡Cumpleaños hay muchos en el año y bodas no, mami!

Era demasiado lista para su estabilidad mental. —Pero no te han invitado.

La niña entrecerró los ojos. —Seguro que no quieren que vayas sola, es como en los bailes del cole siempre van en parejas, que se lo he oído a las niñas mayores.

—¿Qué mayores?

—Las que salen en la tele.

Puso los ojos en blanco cerrando la puerta. Estaba deseando librarse de esa boda como para encima llevarse a su hija con lo que eso implicaba. Tenía que convencerla y cuanto antes. Se sentó tras el volante.

—Mami...

Miró hacia atrás. —¿Sí, cielito?

—¿Me comprarás un vestido?

—Vamos a ver, Molly, no vas a ir. Es una boda para mayores, no estás invitada y allí no pintas nada.

Los ojos de su hija se llenaron de lágrimas y gruñó arrancando el coche cuando lo que le estaban arrancando eran las entrañas porque odiaba verla llorar. —Ahora vamos a comprar el disfraz y el regalo de tu amiguito, ¿vale? —Giró el volante mirando el retrovisor. —Y rapidito que tengo que ir a trabajar —dijo por lo bajo.

—¡Hoy es martes! —protestó su hija—. ¡Toca peli y pizza!

—Ya cielo, pero es que Blanche hoy no puede ir al bar a sustituirme.

—¡No es justo!

Ella sabía que lo decía más por la boda que porque ella no estuviera después de acostarse. —Eso, tú desahógate que...

—¡Quiero ir contigo!

Igualita que su padre, pensó gruñendo mientras salía a la carretera. —Tendrás pizza y peli, cuando te vayas a la cama yo iré...

—¡Quiero ir a la boda!

—Sí, lo que me faltaba. Yo también quiero divertirme, ¿vale?

—¿Conmigo no te diviertes? —preguntó haciendo morritos antes de echarse a llorar.

—La madre que... —Frenó donde pudo y miró hacia atrás. —Contigo me divierto mucho, eres la diversión más grande de mi universo, pero mamá también necesita estar un tiempo a solas como cuando tú estás con Nancy.

Su hija sorbió por su naricilla frunciendo el entrecejo. —Pero tienes mucho tiempo para eso, no trabajas en todo el día.

Hala, y ya estaba. —¿No trabajo?

—Duermes.

—Porque trabajo de noche, cielo.

—¡Pero desde que te levantas hasta que vienes a buscarme no haces nada!

Es que era para pegarle cuatro gritos. —¿No hago nada? Cielo, también trabajo, quedo con los proveedores para las bebidas y todo lo demás.

Intentó cruzarse de brazos mosqueada, pero solo se los agarró mirando hacia la ventana. —No te quiero.

No había nada que doliera más que un hijo te dijera eso. —Pues yo no quiero a nadie más que a ti.

La miró de reojo. —Pues voy contigo a la boda.

Nada, que no se bajaba de la burra. Iba a ser una tarde larguísima.

Ilsa rio por lo bajo,

—No tiene gracia —dijo colocando unas servilletas.

—Sí que la tiene, es igualita que tú cuando se le mete algo en la cabeza.

—¿Y qué hago?

—No puede ir a la boda. Cómprale algo para que se le pase el disgusto y...

—No servirá de nada, si hasta cuando llegó su canguro le describió el vestido de princesa que llevaría. Que por cierto, no sé de dónde piensa sacarlo. Igual cree que la madrina de cenicienta se lo va a traer y que va a ir a la boda en una calabaza o algo así...

—Menudo marrón tienes encima. —Rio. —¡Cree que eres tan malvada como la madrastra de cenicienta!

Su amiga se partía de la risa y la fulminó con la mirada. —Eh, eh, yo no tengo la culpa de que tu hija sea tan cabezota.

—No, de eso la tienen otros —dijo entre dientes—. Es igualita a su padre.

Ilsa la miró de reojo cogiendo varios servilleteros. —¿Te asusta encontrarte con él?

Apretó los labios. —No me ha dado tiempo ni ha digerirlo, como para pensar en eso.

—Estás cagada.

—Es que no sé qué debo hacer. ¿Me la llevo y digo hala aquí tenéis a vuestra pariente?

—Les da algo.

—Estoy segura de que su madre y Carl lo que menos quieren es verme en esa boda.

—Pues dales en las narices y preséntate allí guapísima con la cabeza muy alta, porque tú nunca has hecho nada malo.

—¿No he hecho nada malo? ¿Seguro?

Ilsa la miró sin entender y ella suspiró cogiendo la caja de cartón de las servilletas para llevarla al almacén. —Déjalo.

—¿Qué has querido decir? —preguntó siguiéndola.

—Es mejor que abramos, lo hablaremos después o mañana o...

—No, lo hablaremos ahora. —Cuando dejó la caja en la estantería Ilsa la cogió del hombro para volverse. —¿Te estás torturando porque él no sabe nada sobre el nacimiento de tu hija?

—¿Y Molly? ¿No tiene derecho a saber que tiene un padre? He visto como mi niña mira a los padres de sus amigas y se me rompe el alma.

Ilsa apretó los labios. —No se portó bien contigo y en aquel momento tomaste la decisión...

—Conmigo, tú lo has dicho. Con Molly hubiera sido muy distinto.

—Vamos, siempre dijiste que le hubieras dado un disgusto, Erica. No te tortures con esto ahora, que te conozco. Él no quería ningún compromiso contigo, estuvisteis acostándoos un año y no se lo contó a nadie. ¡Él mismo te dijo que no hubierais llegado a nada!

Se le retorció el corazón y agachó la cabeza. —Y es algo que acepté hace mucho tiempo, pero Molly es hija suya y tiene responsabilidades con ella.

Erica fue hacia la puerta pensando en ello y Ilsa dijo — Piénsatelo bien antes de dar un paso tan importante, porque como le haga daño a la niña con su rechazo, te arrepentirás toda la vida.

La miró sobre su hombro y apretó los labios. —Vamos a trabajar, hoy tendremos el bar lleno.

Eran las diez y el local estaba de bote en bote. Sonrió a Henry que se había pasado por allí con unos amigos. —¿Cómo te va, doc? —gritó para que pudiera oírle por encima del sonido de la música country.

—¡Mucho peor que a ti, cada vez hay más gente!

—¡Tengo el mejor local de la ciudad! —Le puso una cerveza delante. —¡Invita la casa!

—¡Gracias! ¿Hacéis algo en el fin de semana?

Ella miró a su alrededor para ver que estaban los cuatro camareros en la barra, así que le hizo un gesto para que fuera hasta la esquina y él esquivó a la gente para acercarse. Henry frunció el ceño dejando el botellín sobre la barra. —¿Qué pasa, Molly está enferma?

—Tu ahijada está muy bien, aunque algo empeñada en...

—¿Qué?

—Christian me ha invitado a su boda.

Henry la miró sin poder creérselo. —¿Es coña?

—No, al parecer se conocieron gracias al accidente o algo así. ¿Tú sabías algo?

—Qué va. Después de que te dije que le habían dado el alta, le perdí el rastro.

—Pues se van a casar y quieren que vaya a la boda. Para que vea que de todo puede salir algo bueno.

—Joder. ¿Y qué vas a hacer?

—Tengo que ir, como él me ha señalado tan oportunamente se lo debo.

—¿Quieres que vaya contigo? Puedes llevar acompañante, ¿no?

—Sí, pero no quiero meterte en este marrón.

—No será un marrón. Estoy muy guapo de traje, ¿sabes? —dijo divertido.

Sonrió y acarició su mejilla. —Los ángeles están guapos con cualquier cosa. Molly quiere venir conmigo. Oyó lo de la boda y...

—Ay... —dijo haciendo un gesto de dolor—. ¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué puedo hacer? Pues le he dicho que no, pero no se da por vencida.

Su amigo se le quedó mirando. —¿Vas a decírselo a Carl?

—¿Crees que debería?

—A mí me gustaría saberlo.

—Tú no eres él. Igual si se lo digo le fastidio la vida. Ni sé si está casado.

—Igual deberías ir, ver cómo están las cosas y decidirlo después.

—Puede que tengas razón.

Henry miró de reojo a Ilsa que le fulminó con la mirada y él hizo un gesto de dolor. —¿No se le ha pasado el cabreo?

—Tu novia es muy rencorosa —dijo divertida—. Ha dicho que no va a volver a hablarte en la vida.

—¿Por asistir a una operación a corazón abierto y dejarla tirada con las entradas del cine?

—No se planta a la novia, pringado. —Se volvió y gritó —¡Ilsa! ¿Te quedas con Molly este fin de semana?

—Claro, no tengo nada que hacer —dijo con segundas—. Es lo que pasa cuando una ya no tiene novio.

—Preciosa, era una operación importante.

—¡Me da igual! —dijo antes de volverse y sonreír a un cliente—. ¿Qué vas a tomar, guapo?

—Uy, que te está provocando...

Henry apretó los labios y se volvió para ir hacia el grupo de sus amigos. Preocupada se acercó a Ilsa que servía al nuevo cliente. —¿Qué haces?

—Ya estoy harta, siempre me deja tirada, esta vez se acabó. —Miró hacia el grupo de reojo. —Además, para lo que le importo. Ni siquiera me llamó.

—Fue una emergencia y al fin ha conseguido que le dejen operar, ¿por qué eres tan rígida con él?

—Míralos, todos son doctores con unas especialidades que ni sé pronunciar. —Triste apartó la mirada. —Mejor dejarlo así.

Impresionada porque pensaba alejarse de la persona que amaba por eso, la cogió del brazo. —Deja escapar a ese hombre y te arrepentirás toda tu vida.

—¡Tú dejaste escapar al hombre de tu vida cuando podías haberle atado a ti, pero decidiste huir!

Palideció dando un paso atrás. —No puedo creer que hayas dicho eso.

Ilsa la miró arrepentida. —Erica, lo he dicho sin pensar. Yo...

—Déjalo. —Salió de la barra y fue hasta el almacén. Su amiga la siguió corriendo. —Vuelve al trabajo Ilsa.

—No, escúchame.

—¡Vuelve al trabajo! —ordenó furiosa.

—Eh, eh... ¿Qué pasa aquí? —dijo Henry entrando en el almacén—. Chicas, intentar no decir cosas que os hagan daño.

—Cállate —dijo Ilsa—, esto no es cosa tuya.

—Todo lo que tenga que ver contigo es cosa mía.

Los ojos de Ilsa se llenaron de lágrimas. —Será mejor que te vayas.

—No me voy a ir a ningún sitio, preciosa. E insistiré lo que haga falta para que me perdones.

—¿Por qué? —le gritó a la cara.

—Porque te quiero y eres la única persona que me hace feliz.

Ilsa sollozó tapándose la cara con las manos y Henry la abrazó. —Lo siento preciosa, la próxima vez te llamaré.

Le abrazó con fuerza y Henry vio que Erica salía del almacén. —¿Qué le has dicho para mosquearla tanto?

Ilsa se apartó. —Le he dicho que no luchó por él, que podía haberle atado, con lo de Molly, ya sabes.

—No, ¿en serio?

—¡Estoy cabreada!

—Discúlpate ahora mismo.

—Ahora la cabreada es ella. —Miró hacia la puerta cerrada. — Mejor lo hablo después.

Ilsa se acercó a Erica que estaba haciendo la caja. —Ahora no quiero hablar, se me van las cuentas y me pierdo. —Miró los billetes que tenía en la mano y juró por lo bajo antes de unir el fajo y empezar de nuevo.

—Yo pensé en hacerlo, ¿sabes?

No pudo disimular su sorpresa y Ilsa hizo una mueca. —Sí, pensé en embarazarme para que no pudiera dejarme después.

—Y no lo hiciste.

Los ojos de Ilsa se llenaron de lágrimas y Erica dejó caer los billetes de la impresión. —¿Estás embarazada?

Arrepentida dijo —Soy lo peor.

—Eh, eh... ¿Se lo has dicho?

—¡Si se lo digo ahora, querrá casarse y no quiero que quiera casarse porque esté embarazada, quiero que quiera casarse por mí!

—Tú estás fatal, ¿sabes?

Ilsa parpadeó. —¿Eso crees?

—Se va a cabrear cuando se entere.

Muy nerviosa se apretó las manos. —Ya no sé qué hacer. Si se lo digo, le atrapo. Si no se lo digo y espero, se me va a notar el bombo. Se va a dar cuenta, que no es tonto. ¿Qué hago?

—¿Ahora quieres que te lo pida porque te quiere?

—Pues sí —dijo como si fuera lo más obvio—. Es lo que cualquiera sueña desde siempre. Que venga el novio y arrodille una pierna para decirte lo maravillosa que eres y que quiere compartir su vida contigo porque te ama más que a sí mismo.

—¿Entonces por qué te quedaste preñada a propósito? ¡Es que no tiene sentido! ¡Tía, estás fatal, ni sabes lo que quieres! ¡A ver cómo le dices lo del bebé ahora!

—¿Qué?

Se volvieron de golpe y allí estaba Henry con cara de susto. —¿Qué has dicho? —preguntó casi sin voz.

—Cielito... —Ilsa dio un paso hacia él forzando una sonrisa. —Tengo las hormonas de lo más alteradas y era por algo...

—¿Has dejado de tomar la píldora? —preguntó él con una seriedad comparable a la de un juez del tribunal supremo.

—Bueno...

—¡Habla! —gritó sobresaltándola.

—Sí, pero solo cinco, luego me arrepentí.

—La madre que te parió —dijo entre dientes—. ¡Y encima te pones chula por un plantón de nada!

—¡Oye, majo, que me dejaste tres horas esperando en el cine, creí que te había pasado algo!

Pasmado miró a Erica. —Voy a ser padre.

—Y serás un padre estupendo —dijo con una sonrisa.

—¡Voy a ser padre! —Cogió a Ilsa loco de contento y la volvió haciéndola reír. No, Carl no habría reaccionado así, de eso estaba segura.

Capítulo 4

Bajó del coche en la gasolinera y cogió la manguera del surtidor de autoservicio. Sí que habían cambiado las cosas en cinco años, qué modernidades. Metió la manguera en el depósito y pulsó el gatillo mirando a su alrededor. Los Maldonado habían pintado su casa de azul, estaba muy bonita. Y la iglesia había sido restaurada, porque tenía la pintura impecable.

—¿Erica?

Miró sobre su hombro para encontrarse con Bernie Thompson mirándola sorprendida. —Dios mío, eres tú.

—Hola Bernie. ¿Cómo te va?

—Muy bien, ¿y a ti?

—He venido para la boda, ya sabes.

—Oh, claro, claro que sí. No sabía que estabas invitada —dijo extrañada.

—Me llamó el novio en persona.

—Vaya... Eso sí que es pasar página con lo mal que lo pasó el pobrecito, estuvo yendo mucho tiempo a rehabilitación por algo de unas vertebras.

—No lo sabía —dijo preocupada.

—Bueno, pero su prometida está muy pendiente de él. Es fisio, ¿sabes? Una muy buena. Ya te lo contará él. ¿Y qué es de tu vida?

—Tengo un bar en San Antonio.

—Vaya... —dijo como si eso no le sorprendiera.

—¿Y tú? ¿Te has casado con James?

—¿No lo sabes? James está en prisión.

Le miró sorprendida. —¿Por qué?

—Falsificó un documento o algo así, era algo de unas multas de hacienda. Se montó una bien gorda el año pasado con ese tema. Si hubiera pagado las multas no le hubiera pasado nada, pero falsificó una especie de recibo y quiso engañar al fisco, por lo que ahora cumple cinco años de prisión.

—Vaya.

—Pero ya lo habíamos dejado, siempre se metía en líos. Ahora estoy con Steve, el hijo de Steve.

—¿De Steve el tuerca?

—Sí, su padre se ha jubilado y mi chico lleva ahora el taller. Le va muy bien, tanto que ya nos hemos comprado una casa a las afueras y nos casamos el año que viene. Oye, tienes que venir a la boda para que todos los del instituto estemos allí.

Se sonrojó. —Bueno, ya veremos que...

—No puedes faltar. —Sacó su móvil. —Dame tu número, que así te ficho.

Mierda. —¿Así me fichas? —Forzó una sonrisa y se lo dio cambiando el número final, pero para su sorpresa le hizo una llamada perdida. —Uy, no suena. ¿Lo tendré apagado?

Incrédula rio. —¿Me has dado otro número?

—No, claro que no —dijo abriendo la puerta del coche y sacándolo del bolso. Mostró la pantalla en negro—. ¿Ves? Está apagado. Qué despiste.

—Pues enciéndelo, monina, que así tienes mi número.

Menuda vergüenza estaba pasando. Lo desbloqueó sin que ella lo viera y frunció el ceño como si estuviera sorprendida. —Pues no tengo ninguna llamada perdida, qué raro...

—¿A ver? —Bernie estiró el cuello. —Me lo has dado mal.

—Repítemelo.

Ella lo hizo mirando su teléfono.

—Claro, es que el último número es un seis no un tres.

—Ah, lo habré oído mal. —Su teléfono sonó y Bernie sonrió.
—Ahora ya tienes mi número. —Le dio un beso en la mejilla. —Nos vemos en la boda.

—Claro, nos tomaremos un copazo —dijo viendo cómo se alejaba hacia su coche. Mierda, ese fin de semana iba a ser una tortura. —Gracias Christian. —Sacó la manguera del depósito y al volverse se quedó de piedra porque Carl estaba frente a ella. Estaba tan guapo que era como para dejar sin aliento. Ya había cumplido los treinta y tres, pero estaba mucho más hombre que antes y seguramente era así porque estaba más fuerte, lo que demostraba que nunca le había temido al trabajo y que se dejaba la piel para tener el mejor rancho del condado. Su corazón se aceleró como loco demostrándole que siempre sería el amor de su vida. —Mierda.

—Sí, es una auténtica mierda. ¿Qué haces tú aquí? —preguntó de malas maneras.

Le miró sorprendida porque la verdad es que esa pregunta no se la esperaba después de casi seis años sin verse. Ni un hola, cómo estás ni nada. Se notaba que estaba contento de verla, pensó con ironía. Levantó la barbilla porque ella no tenía nada de lo que avergonzarse. —Pues venir a la boda.

Él parpadeó. —¿Cómo has dicho?

—Tu hermano me llamó personalmente para que viniera todo el fin de semana —dijo con chulería antes de coger la cartera del bolso—. Ahora si me disculpas, voy a pagar. —Se alejó de él sintiendo un nudo en la garganta por las ganas de gritar.

—¿Y dónde piensas quedarte? Porque en mi casa no.

Se detuvo en seco y apretó los labios antes de volverse. —Si crees que yo quiero pasar por esta situación, estás de lo más equivocado. He venido obligada, te lo aseguro, tu hermano dijo que se lo debía y he sentido que es así. Si vas a hacerme la vida imposible durante estos días, te aconsejo que primero hables con tu

hermano porque no voy a consentir tus tonterías, ¿me has entendido? Será mejor que ni me hables, porque es evidente que no tenemos nada que decirnos. —Sintió un nudo en la garganta pensando en su hija e inmediatamente se arrepintió de sus palabras porque le estaba negando algo que era vital en su vida y no era justo.

Apretando los puños como si estuviera frustrado, dio un paso hacia ella. —Vas a amargarnos la boda a todos, joder. ¡Lárgate al cubil de donde hayas salido y déjanos disfrutar de este día!

—¿Cubil? —preguntó asombrada—. ¿Pero tú de qué coño vas? Me gano muy bien la vida, ¿sabes? Mi casa no es ningún cubil.

Él miró su nuevo cuatro por cuatro y levantó una ceja. —Ya veo que te van bien las cosas, me pregunto a quién le sacarías la pasta para que te vaya tan bien.

Dio un paso atrás de la impresión y pálida como la nieve dijo —¡No me puedo creer que hayas dicho eso, no soy ninguna puta!

Carl la miró a los ojos. —A mí me pediste pasta, ¿no lo recuerdas?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y asintió. —Lo recuerdo muy bien. Me había ido de casa y te pedí dinero para abrir el bar. Tres mil dólares, ¿no es cierto? ¿Te recuerdo a todas las cenas y cervezas que te invité durante el año que estuvimos juntos?

—Nunca estuvimos juntos —dijo con desprecio—. Follábamos. Y las deudas se pagan.

—¿Sí? Igual tendría que reclamarte a ti todo el dinero en mercancía que tuve que dejar en el bar cuando me echaste del pueblo.

—Yo no te eché del pueblo —dijo con desprecio.

—¡Lo hiciste! ¡Te aseguraste de que el dueño me echara! ¡Ni me dejaste estar los dos meses que ya había pagado de alquiler!

—Teniendo en cuenta que me debías pasta, quedamos a la par —dijo con una sonrisa que ponía los pelos de punta—. Escúchame bien... como hagas algo que ensombrezca el día de

Christian, te juro por mis muertos que lo vas a pagar. Si tuvieras decencia habrías puesto una excusa para no aceptar la invitación, pero es evidente que como tu padre no tienes decencia.

No entendía por qué la atacaba así y dolía, Dios, dolía muchísimo. —¿No tengo decencia?

—¿Sabes? Cuando te largaste del pueblo, me enteré de algunas cosas muy interesantes.

—Sí, ¿cómo qué? Venga, suelta todo tu veneno.

—¿Recuerdas a Ed?

Separó los labios de la impresión.

—Pues vino a ver a Christian al hospital y estuvimos hablando. Y resulta que también te acostabas con él. Estaba muy enfadado, claro, porque la noche antes de que tu padre intentara matar a mi hermano, le habías echado de su trabajo sin ningún miramiento y... ¿Cuáles fueron sus palabras? Espera que las recuerde... Ah, sí, ¿crees que me voy a comprometer contigo cuando tengo al hombre más rico de la zona comiendo de mi mano?

Pálida negó con la cabeza. —Yo jamás he dicho eso, Ed nunca fue mi amante.

—Claro, y voy a creerte.

En ese momento se dio cuenta de que por mucho que hablaran nunca llegarían a un entendimiento y el rencor que Carl tenía hacia ella, ya fuera por culpa de su padre ya fuera por Ed, nunca desaparecería. —Me da igual que me creas o no. Ya no eres nada para mí.

Él se tensó. —Ni tú para mí.

Sonrió con tristeza. —Nunca lo fui. Era un entretenimiento que te venía bien.

—Exacto.

—Pues entonces no sé por qué lo de Ed te importa tanto —dijo antes de volverse y dejarle con la palabra en la boca.

Entró en la gasolinera y se acercó a Bill, que lo había visto todo desde el escaparate. —Hola, viejo.

—No tienes buena cara, niña —dijo poniéndole el datáfono delante.

Hizo una mueca. —Va a ser un fin de semana duro.

El viejo miró por la ventana para ver como Carl se subía de malas maneras a la camioneta. —Ten cuidado, niña... —Le miró sorprendida. —En estos años ha cambiado mucho.

—¿Qué quieres decir?

La miró a los ojos. —Es más serio, alguno diría que es huraño y ya no se relaciona con los del pueblo como antes. Es más, ha marcado distancias con los vaqueros y ya no sale a tomar cervezas después del trabajo. Muchos dicen que ahora va de jefe y es de los duros, te lo aseguro. Algunos comentan que se enteró de algunas burlas que hicieron sus empleados en privado sobre Ed y él, ya me entiendes y se las tomó muy mal.

Se llevó la mano al pecho. —¿La gente sabía que estábamos juntos?

—Niña, era un secreto a voces. Siempre se quedaba en el local cuando se iba todo el mundo. Algunos vieron su camioneta en la parte de atrás del bar demasiadas veces antes del amanecer... Cosas así. Cuando tu padre hizo lo que hizo, medio pueblo ya sabía que estabais juntos.

—Christian no lo sabía.

—Christian tenía veintiún años y era un crío. Ahora se hubiera dado cuenta. Ha cambiado muchísimo, ¿sabes? Es todo un hombre.

—¿De verdad?

—Y esa novia suya es un ángel.

Sonrió, se alegraba mucho por él. —Tengo entendido que era su fisio.

—Lo es todavía, porque aunque está bien le vigila como un halcón.

Suspiró metiendo la tarjeta en la cartera. —No sé por qué me quieren aquí.

—Será para poner las cosas en su sitio. —Erica le miró sin comprender. —A veces pagan justos por pecadores y Christian sabe muy bien que tú no tuviste la culpa de lo que le ocurrió. De hecho, todos lo saben.

Suspiró alejándose del mostrador. —¿Irás a la boda?

—Por supuesto, no pienso perderme el espectáculo, viene un grupo de Austin que dicen que es muy bueno.

—Resérvame un baile.

Él le guiñó un ojo. —Te reservaré dos.

Forzó una sonrisa antes de salir e ir hacia su cuarto por cuatro. —Menuda bienvenida vas a tener en el rancho, porque este ya está avisando a su madre. —Se sentó ante el volante y suspiró deseando largarse a San Antonio, pero algo le impidió irse. Seguramente el orgullo le hizo arrancar el coche, pero presentía que aquello iba a ser un desastre. —Christian, con lo tranquila que vivía yo ahora... —dijo entre dientes. No dejó de repasar su discusión con Carl todo el camino hasta el rancho. Ese mamón de Ed... Con lo bien que se había portado con él, incluso le dio dinero cuando cerró el bar y eso que tenía pensado despedirle, pero como se iba del pueblo no quería más malos rollos. Para que te fíes de las personas. Pero ya le vería la cara, porque era amigo de Christian y seguro que estaba invitado a la boda. Le iba a decir tres cositas bien dichas. Ya las pensaría, porque ahora estaba tan de los nervios que ni pensar podía.

Cuando llegó a la entrada del rancho frenó en seco. —Ay, madre... Bienvenida a la boca del lobo. —Aceleró entrando en el camino de tierra y pasó por debajo del letrero de forja que ponía Driscoll. Se notaba que lo habían cambiado hacía poco, demostrando que era el rancho más rico de los contornos. Se mordió el labio inferior porque nunca había estado allí. Las cenas que ofrecían los Driscoll siempre eran para los más adinerados de la zona o el alcalde. A la hija de un vaquero borracho, que además trabajaba de

camarera, nunca la habían invitado. Sintió un nudo en la garganta porque en el pasado deseó que la invitaran miles de veces. Recordó el cumpleaños de Carl, cumplía veintisiete años y ella le había comprado con toda la ilusión unas botas de piel que le habían costado todos sus ahorros, pero merecía la pena. Después de hacer el amor le entregó la gran caja y él la miró sorprendido porque no se lo esperaba. —Vamos, ábrelo.

—Nena, no tenías que regalarme nada, acabas de empezar con el bar, no puedes malgastar el dinero.

—Es tu cumpleaños y te lo mereces —dijo algo incómoda.

Él abrió su regalo y dijo —Son preciosas.

—¿Te gustan? En cuanto las vi me dije que eran para ti.

—Me gustan mucho. —Dejó la caja a un lado y la cogió por la cintura pegándola a él. —Pero me gustas más tú. —La besó en el cuello haciéndola reír.

En el presente recordó como esa noche en el trabajo se enteró de que en el rancho estaban de fiesta. Habían invitado a medio pueblo, pero ella no estaba invitada. Fue un mazazo que intentó digerir como muchos otros desplantes que Carl le hizo en el año que estuvieron juntos. Como en su cumpleaños, él ni se acordó y ni fue por allí para felicitarla después de su fiesta de Navidad. Navidad que ella pasó sola cenando en su habitación encima del bar. Una lágrima recorrió su mejilla recordando lo sola que se sintió. Pero la culpa era suya, claro, no tenía que haberse hecho ilusiones con él cuando tenía a medio pueblo tras sus faldas. Y ahora estaba sola. Bueno, sola no, tenía a Molly, que era la luz de sus ojos. Frenó el coche y se miró al espejo. Se limpió las lágrimas a toda prisa y se pintó los labios. —Al menos que te vean decente. —Aceleró de nuevo y subió una ligera colina para frenar de golpe separando los labios de la impresión por lo enorme que era el rancho. —La leche... —dijo mirando la gran casa blanca de una planta que tenía una puerta central que le recordaba a la de la casa blanca. —Y yo invitándole a todo, es que es para que te den de leches hasta San Antonio. —Gruñó acelerando de nuevo y se acercó a la casa. La

puerta principal se abrió mostrándole a Christian, que con una sonrisa se acercó a los escalones del gran porche. Frenó ante él y sonrió sin poder evitarlo alegrándose muchísimo de verle tan bien. Bajó del coche y lo rodeó sin quitarle ojo.

—Sigues tan preciosa como siempre, chica. A ver si me arrepiento de casarme este domingo...

—¿A ver si tengo que sacar la escopeta? —Una chica rubia preciosa apareció en la puerta y se acercó a su novio cogiéndole del brazo. —Vaya, me habían advertido sobre tu belleza, pero dejas con la boca abierta.

Se puso como un tomate. —Venga ya...

Se echaron a reír y bajaron los escalones. —Me alegro de verte —dijo Christian abrazándola.

—Yo sí que me alegro de verte tan bien.

—Y todo gracias al amor de mi vida. —Se apartó guiñándole un ojo. —Después de ti.

—Ja, ja —dijo su novia sonriendo.

—Jessica, te presento a Erica Holder, una buena amiga.

—Exagera.

Jessica la abrazó. —Bienvenida.

Emocionada por ese recibimiento asintió. —Gracias.

—Lo pasaremos genial, ya verás. —Se apartó para mirarla a los ojos. —Esta noche tenemos una cena con la familia y mañana hemos organizado una búsqueda del tesoro.

—¿Una búsqueda del tesoro?

—Sí, como tenemos terreno de sobra, Christian ha hecho algo así como una búsqueda del tesoro con pruebas físicas y acertijos para todos los amigos —dijo ilusionada—. Espero que lo pasemos bien y no haya heridos.

—Yo también —dijo horrorizada haciéndoles reír.

Unos pasos en el porche les hicieron mirar hacia allí. Los años no habían sido generosos con Meredith Driscoll, porque alrededor de

los ojos tenía unas profundas ojeras que estaban oscurecidas, su rictus también había cambiado y estaba mucho más seria que antes, cuando iba por el pueblo saludando a todo el mundo con una sonrisa. Sonrisa que nunca tenía para ella. —Buenas tardes, señora Driscoll.

No le contestó, simplemente se la quedó mirando con esos fríos ojos azules iguales a los de su hijo.

—Bueno, ¿te llevo la maleta? —preguntó Christian sin darle importancia.

—Oh, no, puedo yo.

—Déjale a él —dijo su novia—. Tiene que mantener esos músculos. —La cogió por el brazo y subieron los escalones. —¿Estás hambrienta? Mary Anne ha hecho chuletas de cordero.

—Me encantan —dijo mirando de reojo a la señora Driscoll que parecía a punto de lanzarse sobre ella.

—No se lo tomes en cuenta —dijo Jessica de la que se alejaban hacia la enorme escalera doble que la dejó con la boca abierta—. Ha estado enferma y no está de buen humor. Además, está algo disgustada porque ya queda menos para que nos vayamos del rancho.

Eso captó totalmente su atención. —¿Os vais? ¿A dónde?

—Después de la luna de miel nos mudamos a Ohio. Mi padre tiene un rancho allí ¿sabes? Y adora a Christian, quiere que lo lleve él, confía plenamente en su criterio.

—¿Un rancho? ¿Tendrá su propio rancho?

—Sí, además a mí me han ofrecido trabajar en un hospital que está a veinte minutos de casa —dijo ilusionada mientras subían las escaleras—. Christian tiene muchas ideas para el rancho.

No le extrañaba que su madre estuviera disgustada, se quedaba sin su pequeño. Pero la vida era así. —¿Así que ha estado enferma?

—Tuvo una obstrucción intestinal que terminó en el quirófano. Justo estábamos de viaje en Ohio y Christian se disgustó muchísimo

cuando se enteró. Ya sabes cómo es Carl siempre quiere protegerle y no nos avisó para que no se preocupara. Mi suegra salió hace un mes, pero su recuperación está siendo más dura de lo que pensábamos porque se complicó todo con una neumonía. Íbamos a cancelar la boda, pero se negó en redondo, ¿sabes?

—Menos mal que te tienen a ti.

—Si Carl estuviera casado, igual no sentiría tanto nuestra ausencia, pero las cosas son así. —Abrió una puerta. —Espero que estés cómoda aquí.

—Si necesitas algo —dijo Christian entrando en la habitación con una maleta y una bolsa de viaje—, no dudes en pedirlo.

—Mis padres también están al llegar y varios invitados por mi parte se alojan en el pueblo, pero vendrán a cenar. Ah, excepto Joy, que sí se aloja aquí. Ya verás a mi primo Joy, es un encanto, estoy segura de que os llevaréis muy bien —dijo maliciosa.

—No me lées, no me lées —dijo haciéndoles reír mientras ella miraba a su alrededor. Jamás había visto una habitación tan bonita. La cama hasta tenía un dosel con una tela de flores a juego con las cortinas. Le recordaba a la habitación que había visto una vez en una película inglesa.

—Te dejamos para que te refresques después del viaje —dijo Christian yendo hacia la salida.

Jessica sonrió y salió antes que él. Christian se la quedó mirando. —Me alegro muchísimo de que estés aquí, ¿sabes?

Emocionada susurró —¿De veras?

—Tenía que haberte llamado hace mucho tiempo.

Ella no sabía qué decir a eso. —Nunca es tarde.

—Cierto. —Le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta. —¡En veinte minutos abajo!

—¡Vale! —Suspiró volviéndose y a toda prisa cogió la maleta para abrirla y sacar sus cosas. Bueno, no había ido tan mal. Igual podía aguantar todo el fin de semana sin demasiados dramas.

Capítulo 5

Como se había dado una ducha rápida, se cambió de ropa y se puso un ligero vestido verde agua con unas sandalias. Aquella era una casa fina y por el vestido de Jessica, sabía que no podía ir en pantalones cortos y camiseta. Bajó las escaleras y al llegar al hall estiró el cuello para ver que todos estaban en el salón. Se acercó sintiéndose algo incómoda y forzó una sonrisa para perderla de golpe al ver a Carl ante la chimenea con una cerveza en la mano. Dios, estaba guapísimo con esos pantalones de vestir negros y esa camisa blanca que resaltaba su moreno.

—Oh, ya estás aquí —dijo Christian captando su atención. Su amigo se levantó—. Como puedes ver, ya ha llegado parte de la familia. —Sonrió a la pareja que se levantaba del sofá en ese momento. —Estos son mis suegros. Alicia Clark y Benjamin Clark.

—Es un placer conocerles —dijo dándole la mano a la mujer.

—El placer es nuestro —dijo ella admirando su largo cabello ahora suelto—. Qué preciosidad y que largo lo tienes.

Soltó una risita. —Solo me lo corto una vez al año y no más de cuatro dedos.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros. —No sé, cuando era pequeña la madre de Ilsa me lo cortaba y ponía cuatro dedos, así que siempre lo he hecho así.

—Pues es muy hermoso como toda tú —dijo Benjamin sonrojándola.

—Es muy amable.

—Cuando estaba en el pueblo todos los chicos queríamos una cita con ella, suegro. Pero a mí nunca me la dio.

—Cállate canijo —dijo sonrojada haciéndoles reír.

—¿Y tú, Carl? ¿Le pediste una cita a esta hermosura? —preguntó Benjamin.

—No —dijo tenso—. Nunca se la pedí.

Cierto, nunca le había pedido una cita porque la primera vez que se enrollaron fue de casualidad. Estaban en el baile del pueblo y de camino al aparcamiento para volver a casa ella se cayó ante su camioneta y por poco la atropella. La ayudó a levantarse y cuando se miraron fue tan electrizante que no pudo evitar mirar esos labios que terminaron sobre los suyos antes de darse cuenta. Perdió la virginidad en la parte trasera de su camioneta apenas diez minutos después y se sintió la mujer más feliz de la tierra.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Alicia sorprendida sacándola de ese recuerdo—. ¿No te habías fijado en ella?

—No éramos del mismo círculo.

Christian apretó los labios por lo avergonzada que estaba. —No sabía que en este pueblo había círculos.

—Pues los hay —dijo su hermano antes de mirar su reloj—. ¿Pasamos a comer? Por la tarde tengo que....

—Cuñado, no digas que tienes algo que hacer, porque hasta el lunes eres todo nuestro. Tienes que ayudarnos a atender a los invitados —dijo Jessica maliciosa—. Eres un caballero de honor pésimo.

—¿Pésimo yo? —preguntó divertido cambiando totalmente el semblante, lo que demostraba que su cuñada tenía toda su aprobación—. Si he hecho todo lo que me has pedido.

—Aún queda lo más importante por hacer. —Se levantó y cogió a Erica del brazo. —Vamos a comer, me muero de hambre. Desde que me pidió matrimonio he adelgazado diez kilos de los nervios, pero estos últimos días no hago más que comer. Ya verás como no entre en el vestido.

—Seguro que estarás preciosa. ¿Dónde te lo han hecho?

—Oh, tengo una amiga en Dallas que trabaja en un atelier y quedamos varias veces para elegir el diseño y cosas así. Y después de cinco pruebas, arriba está al fin. —Le mostró una silla. —Mira, siéntate aquí, a mi lado.

Christian se sentó al otro como si quisieran protegerla y no era para menos porque la matriarca se sentó ante ellos con una cara de funeral que no podía con ella, mientras que su anfitrión se sentaba a la cabecera. Forzó una sonrisa a la madre de Jessica que dijo —Así que eres amiga de Christian desde hace tiempo.

—No tan amiga —dijo Carl antes de asentir a su ama de llaves para que sirviera la comida.

Mary Anne le guiñó un ojo antes de irse por una puerta abatible que debía ser por donde se iba a la cocina.

—Una amiga lo bastante buena como para querer llevarme a casa cuando se dio cuenta de que no podía conducir.

—¿Y te fuiste del pueblo? —preguntó Benjamin.

—Sí, a San Antonio. —Miró de reojo a Carl. —Allí tengo más trabajo.

—Claro.

—Erica tenía el mejor bar de la zona para pasarlo bien —dijo Christian—. Y bailaba mejor que nadie.

Muerta de la vergüenza por la mirada de Meredith susurró —Exagera.

—¿Exagero? Yo fui pocas veces porque acababa de cumplir veintiuno, pero un día la vi bailar y se quedó sola en la pista con Ed, que prácticamente no hizo nada porque ya lo hacía ella todo.

Gimió por dentro cogiendo a toda prisa la copa de agua.

—Sí —dijo Carl con ironía—. Ed es un gran bailarín.

Su hermano le miró sin comprender. —Pero si acabo de decir... Bueno, da igual. El Rinley era un sitio genial. ¿Ahora trabajas en lo mismo?

—Sí —respondió tímidamente—. Tengo un bar en San Antonio.

—¿De veras? —preguntó Jessica—. Cielo, tenemos que ir antes de trasladarnos.

—Será una excursión de lo más interesante —dijo Carl.

—Seguro que lo pasaremos bien —replicó su hermano.

—Sí, Erica es de lo más divertida. Sabe hacer que te lo pases estupendamente.

Fulminó a Carl con la mirada. —Pues eso deben pensar muchos, porque tengo el bar lleno cada noche.

—Entonces te va muy bien —dijo Jessica contenta.

—En estos años he comprado y pagado el local, así que sí, me va muy bien, tan bien que estoy pensando en comprar el local de al lado.

Carl levantó una ceja. —Seguro que alguien muy generoso te ayudó a financiarlo. ¿A que sí?

—Claro que sí, el banco.

—Para que el banco te dé dinero debes tener alguien que te abale, y que yo sepa cuando te fuiste de aquí no tenías nada, así que a no ser que hayas heredado del borracho de tu padre...

Apretó los dientes con fuerza porque era evidente que quería avergonzarla y dejarla mal ante los Clark. Y eso sí que no, porque había trabajado como una cabrona para tener un futuro para su hija. —El primer año alquilé el local y su dueño falleció. Su viuda habló conmigo por si quería comprarlo y con los ahorros que tenía, los resultados del bar y rogar lo que no está escrito, el banco me financió. ¿Tengo que dar alguna explicación más?

—Claro que no —dijo Christian molesto—. Es impresionante que hayas conseguido tanto en tan poco tiempo. ¿Cómo está Ilsa?

—Muy bien, está embarazada y a punto de casarse con un médico que en poco tiempo será cirujano.

—¿Y tú? —preguntó Jessica con picardía—. ¿Tienes novio?

—No, no tengo tiempo para eso. —Mary Anne le sirvió un plato enorme de chuletas y apretó los labios. —Tenía hambre, pero no sé si tanta. Con la mitad...

—Come, que estás muy delgada —dijo la mujer sirviéndole el plato a Jessica.

—¿Cuidas la línea? —preguntó Alicia.

—No, la verdad es que nunca he hecho dieta.

—Qué suerte, yo he hecho dieta desde los dieciséis —dijo la madre de Jessica—, pero estos días pienso desmelenarme que no se casa una hija todos los días.

—Eso es, cielo —dijo su marido mirándola con cariño—. Tú disfruta, que estás preciosa en cualquier talla.

Erica sonrió porque se notaba que se querían mucho. —¿Llevan mucho casados?

—Uy, toda la vida, niña —dijo Alicia haciendo que sonrieran—. Le conocía desde siempre porque era de mi pueblo. Y cuando llegué a la adolescencia le eché el ojo, aunque se me resistió un poco, era un pendón.

Rieron mientras Benjamin carraspeaba. —No, mujer...

—Ah, ¿que no?

Erica empezó a comer mientras seguían hablando. —Te ligabas a todas, ¿y a mí? A mí me dejó esperando hasta los dieciséis. Él es algo mayor y no me pidió una cita hasta que cumplí los dieciséis. Yo toda contenta porque al fin lo había conseguido y llega mi padre y me prohíbe salir con él.

—¿Por qué?

—Porque aparte de tener mala fama con las mujeres, tenía veinte años. Pero yo me escapé para ir al cine con él. Al final de la película salimos del cine y allí estaba mi padre con los brazos cruzados y cara de mala leche.

—La verdad es que el viejo intimidaba.

—¿Y? —preguntó interesada—. ¿Les permitió salir?

—Qué va, ahí se le cruzó más todavía, aunque toda la culpa había sido mía. Pero ya le había enganchado y nos veíamos a escondidas hasta que cumplí los dieciocho. Mi padre lo sabía, claro, pero se hacía el tonto y a los dieciocho me permitió salir con él por primera vez, dos semanas después nos casamos y hasta ahora.

Suspiró. —Debe ser increíble encontrar al amor de tu vida y que te corresponda. Son muy afortunados.

Los Clark se miraron. —Sí, por eso cuando nuestra Jess nos presentó a Christian nos alegramos tanto. Porque nos dimos cuenta enseguida de que eran el uno para el otro.

Los novios se sonrieron y ella en medio. Decididamente estaba mal sentada. Miró a Christian. —¿Quieres que te cambie el sitio para que os achuchéis a gusto?

Todos rieron y Christian carraspeó. —Creo que tendremos tiempo para eso, no te preocupes.

Ella sonrió y al mirar al frente perdió la sonrisa poco a poco porque aquella mujer no dejaba de mirarla como si fuera una de las siete plagas de la biblia. Incómoda cortó la carne y al mirar de reojo a Carl se dio cuenta de que tampoco le quitaba la vista de encima como si fuera a estropear la boda en cualquier momento. —¿Y tú, Carl, qué tal te va el rancho?

Por su reacción se dio cuenta de que no se esperaba la pregunta. —Bien, como siempre.

—Pues los ranchos que hay cerca de San Antonio están cerrando. Siempre me lo dicen en el bar, los precios de la carne no dejan de subir y los ganaderos cada vez ganan menos.

—Nos acribillan con impuestos —dijo Benjamin.

—Y los precios de los piensos... —dijo la madre de Carl como si estuviera indignada.

—No, por favor —dijo Alicia—. No hablemos de trabajo. Os enfadáis y estamos de celebración.

—Tienes razón, cielo. Pero es que me ponen de una mala leche...

—Pues eso, hablemos de otra cosa.

—Sí, como de la luna de miel —dijo ella a toda prisa para que no sacaran otro tema—. ¿A dónde vais?

—A las Maldivas —dijo Jessica suspirando de gusto—. Después de la boda solo quiero descansar y tomar el sol.

Bueno, al parecer aquel tema no daba para mucho, porque nadie dijo ni pío.

—Cuéntanos Erica, ¿qué tal se vive en San Antonio? ¿Tienes muchos amigos allí? —preguntó Christian afable.

—Seguro que sí —dijo Carl por lo bajo antes de meterse el tenedor en la boca.

Erica le fulminó con la mirada y él sonrió de esa manera cínica que la sacaba de quicio. —Bastantes —respondió—. La verdad es que me acogieron muy bien.

—Seguro que sí —dijo Meredith con ironía—. Tú como tu padre, eres una mujer de recursos.

Que mencionara a su padre hizo un silencio en la mesa y los padres de Jessica carraspearon incómodos demostrando que ya le habían hablado de él. —¿Mi padre un hombre de recursos? —preguntó sin cortarse—. Mi padre era un borracho que fue despedido de todos los ranchos en los que trabajó y que en sus últimos meses vivió de mi dinero. No sé a qué te refieres con eso de los recursos, Meredith —dijo tuteándola lo que la tensó, porque en las pocas ocasiones que había hablado con ella siempre la había llamado de usted.

—Me refiero a sobrevivir aprovechándose de los demás. Como tú has dicho él lo hacía y tú vas por el mismo camino, de eso estoy segura. —Apoyó los codos sobre la mesa. —¿En casi seis años ya eres dueña de un bar? ¿Cuando no tenías donde caerte muerta? No me hagas reír.

—Madre, no creo que sea un tema apropiado para hablar en la mesa —dijo Christian—. Y no puedo creer que hables así cuando no tienes ni idea de su vida.

Erica dolida miró a Carl de reojo que sonreía satisfecho como si se esperara el ataque de su madre. —No, Christian, déjala, deja que saque todo su veneno —dijo con ironía.

—Tú no estuviste allí —dijo Meredith con rabia—. No viste durante meses como mi hijo sufría.

—¿Y de quién es la culpa? Fui dos veces al hospital y una me echó Carl y la otra usted, hizo que me sacaran los de seguridad.

—¡Tú fuiste responsable! —gritó poniéndose en pie—. ¡Provocaste a tu padre y fue mi hijo quien pagó las consecuencias!

—Es cierto —dijo haciendo que los Clark la miraran asombrados—. Quería matarme a mí y Christian estaba allí, eso no puedo negarlo. —Apretó los labios intentando contener las lágrimas. —Y es algo con lo que tendré que vivir toda mi vida.

—Tú no fuiste culpable de nada —dijo Jessica—. Ocurrió así, son cosas de la vida. No hagas caso a mi suegra, ella solo quiere culpar a alguien y eres tú la que está viva para pagar las consecuencias.

—No ha sido buena idea que viniera —dijo levantándose—. Mi presencia les está amargando la celebración y...

—Ella intentó sacarme de la camioneta arriesgando su vida cuando podía haberse alejado mucho antes —dijo Christian haciendo que todos le miraran asombrados. Todos menos su novia que era evidente que lo sabía.

—¿Pero qué dices? —preguntó su madre con desprecio—. ¡Esta mujer se salvó y te dejó dentro de la camioneta!

—No, madre. Tiró de mí incluso durante el impacto. Por eso salvé la vida. —Suspiró levantándose mientras Erica le miraba asombrada. —Sí, estaba tan borracho que no sabía lo que ocurría, pero pude ver lo que hiciste.

—¿Pudiste verlo?

—Preciosa, ¿puedes traerlo? —Jessica se levantó de inmediato y corrió fuera del comedor. Christian sonrió con tristeza. —Perdóname Erica, tenía que haberlo mostrado mucho antes, pero

creía que era mejor dejar las cosas así, porque te habías ido, ¿entiendes? Ellos necesitaban un culpable y tú ya no estabas, pero Jessica me ha hecho ver que no es justo.

Sin entender nada vio como Jessica entraba en la habitación con un portátil y lo ponía delante de ellos. —Erica por favor, ponte detrás de mis padres para que lo veas bien.

Con curiosidad rodeó la gran mesa y se puso tras los Clark. Sorprendida vio el perfil de Christian en una imagen, pero el Christian de hace seis años. —¿Recuerdas que iba a mostrarte un video? —preguntó su amigo.

Ella asintió. —Recuerdo aquella noche muy bien.

—Debí darle al botón de grabar. Esto no lo vi hasta tres meses después de lo que ocurrió. Ya es hora de mostrarles a ellos lo que pasó aquella noche.

Jessica dio al play y el video empezó. Christian reía y de repente su rostro se iluminó por la luz de los faros. —¿Qué coño hace ese...? —preguntó ella antes de gritar —¡Christian sal! —Le agarró de una mano para sacarle y en el video se vio como tiraba de él, pero apenas le inclinó a un lado mientras Christian se reía mirando hacia el móvil. —¡Sal, corre! ¡Ese loco viene hacia aquí! —gritó desesperada.

—¿Qué? —Christian levantó la vista hacia la luna delantera y su rostro se iluminó por completo. Se escuchó el grito de Erica que le agarró de la camisa para tirar de él con fuerza, pero Christian miraba hacia la luz sin moverse. El impacto le hizo inclinarse hacia delante con fuerza y el móvil cayó sobre la gravilla enfocando hacia Erica que quedó tirada en el suelo. Sorprendida vio que no se levantaba. Confundida miró hacia Christian. —Sé por tu declaración que crees que te levantaste de inmediato, pero el golpe te dejó inconsciente veinte minutos. Jessica acelera el video. Veamos qué ocurre cuando vuelve en sí.

Su novia hizo lo que le mandaba y vieron cómo se sentaba desorientada. Vio los vehículos destrozados y gritando de miedo se levantó tambaleándose a un lado y al otro cayendo sobre la gravilla

varias veces hasta que llegó hasta la camioneta llamando a Christian con la camiseta desgarrada llena de sangre. Se le escuchó decir —Mierda, el móvil. —Y todos vieron como intentaba correr hacia el bar cayéndose varias veces en el camino.

Carl a su lado apretó los labios antes de levantar la vista hacia Christian que dijo —Intentó salvarme la vida a riesgo de perder la suya. Y lo hizo incluso después. He hablado con un especialista que me dijo que ella tenía también un golpe en la cabeza pues la puerta abierta impactó contra su cuerpo. Eso me hizo hablar con los sanitarios que nos atendieron. Todo el tiempo Erica decía que estaba bien y que me atendieran a mí. Tuvieron que sedarla porque no dejaba de repetir lo mismo. Como pensáis que a ella no le ocurrió nada, os voy a enseñar lo que le pasó. Jessica les mostró unas fotos de su cuerpo amoratado, las había hecho la policía. En ellas se veía como toda su parte derecha estaba llena de golpes y los puntos que le habían puesto en el brazo.

—Dios mío... —dijo la madre de Christian mientras Carl palidecía.

—Sus contusiones habrían postrado en una cama a cualquiera —dijo Jessica emocionada—. Pero ella al día siguiente fue al hospital a interesarse por Christian, pero no se atrevió a hablar con vosotros, sí lo hizo con un administrativo del hospital que le dijo que aún estaba en cuidados intensivos y que no se le podía ver. Fue cada día a preguntar por él hasta que le subieron a planta. Según me han dicho varios colegas a los que he consultado no se le hicieron las pruebas necesarias para saber si tenía un hematoma subdural o alguna lesión en la cabeza. Ella pidió el alta y lo único en lo que pensaba era en Christian.

Una lágrima cayó por la mejilla de Erica que susurró —Yo no lo recuerdo así, creí que me había levantado, pudiste haber muerto...

—Pero no ocurrió —dijo él con una sonrisa—. Y gracias a ti, porque cuando me cogiste impediste que saliera despedido como tu padre, lo que hubiera sido mortal. Tú no eres responsable de lo que hacen otros, tú no eres responsable de lo que hizo tu padre y por

eso quiero darte las gracias porque por ti tuve la oportunidad de conocer a Jessica y saber realmente lo que es el amor, el amor verdadero. Si esta boda se produce es gracias a ti, porque salvaste mi vida.

Carl apretó los labios. —Si me disculpáis...

Salió del comedor dejando el silencio tras él. Meredith impresionada levantó la vista hacia ella. —No sé...

—No diga nada, da igual.

—No, niña, no da igual, siempre he creído que tú te apartaste sin importarte lo que le pasara a mi hijo y...Dios mío, estoy tan avergonzada... Lo siento muchísimo.

Forzó una sonrisa. —No te preocupes, eso ya pasó. —Sonrió a los novios sinceramente. —Gracias por enseñármelo.

—Tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo, discúlpame —dijo Christian arrepentido.

Ella negó con la cabeza. —Tendría que haber hecho mucho más.

—Hiciste lo que pudiste, Erica.

Sollozó apretando los labios. —Perdonad... —Salió corriendo y subió las escaleras para encerrarse en su habitación. Sollozó por lo generoso que era Christian. Cualquier otra persona la culparía a ella por su mala suerte, pero él le había dado las gracias por conocer el amor verdadero. Se sentó en la cama con la mirada perdida. El amor verdadero. En los pocos minutos que llevaba en la casa lo había visto en los ojos de Jessica y Christian. Se apoyaban, se comprendían y se amaban por encima de cualquier cosa. Habían planeado un futuro juntos. Pensó en su relación con Carl e hizo una mueca mientras las lágrimas no dejaban de rodar por sus mejillas. Siempre esperando que él tuviera un hueco en su vida para ella, siempre queriendo agradarle, noches sin dormir pensando en si estaría con otra porque no la había llamado en días... Le había entregado su corazón en aquella feria y él no había sabido apreciarlo. No, eso no era amor. Y aun así, después de cómo la

había tratado aún había noches en las que se preguntaba dónde estaría y con quién. Muchas veces se preguntaba si se acordaba de los momentos que habían pasado juntos. Una tontería, pero su corazón le anhelaba. Si lo de Christian había sido horrible, perderle a él había sido el mayor dolor de su vida y por cómo se sentía desde que había llegado, por cómo su corazón latía cuando estaba a su lado, su amor no había desaparecido. Y era algo que tenía que remediar porque Carl solo le provocaría dolor. Su relación era imposible después de lo que había ocurrido, con él jamás conseguiría el amor verdadero y después de haberlo visto, era lo único que quería en la vida.

Capítulo 6

Bajó las escaleras sintiéndose algo incómoda y cuando llegó al salón vio que estaba allí toda la familia hablando del tema. Christian en cuanto la vio se levantó y al ver su rostro congestionado por las lágrimas preguntó —¿Estás bien?

Forzó una sonrisa. —Sí, estoy bien. —Miró de reojo a Carl que estaba mirando por la ventana con las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba muy tenso y era evidente que no sabía cómo reaccionar a esa situación porque no quería ni mirarla. —He estado pensando que me voy a ir.

—Pero ahora que hemos aclarado las cosas, empieza lo bueno —protestó Jessica—. Tienes que quedarte.

Dio un paso hacia ella. —Es tu boda y aunque agradezco mucho que me enseñarais ese video, todos estaríamos muy incómodos si me quedo. Y tienes derecho a tener la mejor celebración posible. Lo más apropiado es que me vaya para que todos podáis disfrutar de vuestro momento.

—Yo también quiero que tú lo disfrutes —dijo Christian firme—. Quiero que lo disfrutes con nosotros.

—¡Ya estoy aquí! —gritó un hombre desde fuera—. ¿Qué pasa familia, no me vais a hacer ni caso?

Jessica sonrió. —Es mi primo Joy, ya verás, os llevaréis muy bien.

Meredith se levantó y se acercó a ella mientras todos salían. Esta sonrió con tristeza. —Tienen razón, ¿sabes? Si alguien merece estar aquí esa eres tú, porque si no fuera por ti mi hijo no estaría vivo.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. —¿Eso crees?

Carl se volvió y la miró a los ojos. —Al menos danos la oportunidad de disculparnos —dijo molesto.

Le miró sin comprender. —No tenéis que...

—Joder, ¿quédate e intenta pasarlo bien, es mucho pedir? ¿Quieres disgustar a Christian?

Se sonrojó. —No, claro que no.

—Pues no hay más que hablar.

Se escucharon unas risas y se volvieron hacia Joy que entraba del brazo de Jessica. Él se detuvo en seco. —¿Pero quién es esta preciosidad y por qué la estáis torturando hasta las lágrimas? —Se acercó a ella y cogió su mano sorprendiéndola. —No sé quién eres, pero aquí está tu caballero andante al rescate, mi bella dama.

Confundida porque la miraba como si realmente quisiera ligársela preguntó —¿Qué?

Los demás rieron. —Disculpa a mi primo —dijo Jessica—. Es un Don Juan de medio pelo.

—Oye bonita —dijo él aparentando estar ofendido—. Soy un Don Juan de primera. —Besó su mano. —Pero contigo voy muy en serio, he sentido la punzada.

—Seguro que es un retortijón, apuesto a que en este casoplón tienen un baño por aquí cerca —dijo apartando la mano haciendo que los demás rieran a carcajadas.

—Una chica con carácter, como a mí me gustan. —Le guiñó un ojo. —Me costará un poco más, pero caerás rendida en mis redes.

—No tengo redes sociales.

Christian se partía de la risa. —Erica es una dura texana, Joy. No la camelarás con esas tonterías que les dices a las de Nueva York.

—Pues tendré que mimetizarme con el ambiente. ¿Te van duros, preciosa? —Ella se puso como un tomate. —Oh, hablando de

tipos duros, Carl es una alegría volver a verte. —Se acercó y le dio la mano perdiendo algo la sonrisa porque estaba muy serio. —¿Ha ocurrido algo? ¿Me he perdido algo importante?

—No, qué va —dijo Jessica—. Es que hemos recordado el accidente de Christian y nos hemos puesto demasiado ñoños. Ven, que te enseñe tu habitación. —Le guiñó un ojo a Erica. —Está al lado de tu dama.

—Estupendo, así la tengo a mano.

Erica dejó caer la mandíbula del asombro mientras los demás reían. —¡Venga, ya está bien! —protestó haciéndoles reír aún más. Se volvió sin saber por qué y se encontró con Carl de frente. Carraspeó dando un paso a un lado. —Disculpa.

Él no se movió mirándola fijamente. —Como ha dicho es un Don Juan.

—¿Y? —preguntó importándole un pito.

—No te tomará en serio.

Ofendida levantó la barbilla. —Porque yo no valgo nada, ¿no es cierto?

Carl se tensó. —No quería...

Christian mirando el móvil pasó entre ellos interrumpiéndoles. —Genial, varios de mis amigos ya han llegado al hotel. Vendrán a cenar, madre.

Meredith dijo preocupada —Pero hoy es la cena con la familia.

—Cuanto más mejor.

Su madre salió del salón. —¡Jessica, ven a controlar a tu novio que está cambiando todos los planes!

—¡Ah, no! —gritó ella desde arriba—. ¡Christian, ya lo habíamos hablado!

—¡Preciosa, ya han llegado al hotel!

—¡Me da igual! ¡Hoy es la cena en familia y no hay más que hablar! ¡Si quieres les vemos después en el bar del pueblo!

Christian suspiró antes de mirarla. —Es muy mandona, pero me gusta.

Erica sonrió. —Siempre te han gustado mandonas.

—Cierto. ¿Recuerdas a Betsy Johnson?

Rio. —Sí, tu primera novia formal, ibais de la manita al cine, ¿qué fue de ella?

—Se fue a estudiar fuera.

—Es arquitecta —dijo Carl—. Sus padres están tan orgullosos de ella que no dejan de decírselo a todo el mundo.

Volvió la cabeza hacia él levantando una ceja como preguntándole por qué se metía en la conversación. —¿No tienes nada que hacer?

—Pues no —dijo entre dientes—. No me dejan largarme a ningún sitio.

—Debe ser frustrante cuando estás deseando irte.

Gruñó molesto y en ese momento llegó Joy y dio una palmada. —Bueno, ¿qué hacemos hasta la cena? —La miró como si quisiera pasárselo muy bien con ella. —Ya lo tengo, ¿jugamos al strip póker?

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Estás seguro de que quieres cenar en gayumbos?

Christian le miró malicioso. —Joy, a ver dónde te metes, es una jugadora estupenda.

—Estoy dispuesto a arriesgarme. —La miró con picardía. —Además, así puede ver la mercancía...

Erica le miró de arriba abajo como a los que intentaban ligarla en el bar. —He visto cosas mucho mejores, te lo aseguro, así que no te molestes.

Los Clark se echaron a reír y Benjamin se levantó. —Nosotros nos vamos a la piscina.

—¿Piscina? —preguntó confundida—. ¿Tenéis piscina?

—Mi hermano la mandó construir hace cuatro años —dijo Christian—. Era buena para mi rehabilitación.

—Ah... —Le miró de reojo y aún seguía allí. ¿Por qué seguía allí?

Jessica llegó en ese momento. —¿Tarde de piscina para relajarse? Perfecto, me apunto.

Se sonrojó. —Yo no he traído bañador.

—Seguro que tengo alguno que te valga —dijo Jessica.

Mierda, ahora tendría que depilarse ahí abajo. —Vale.

—Genial, le diré a Mary Anne que te saque unos sándwiches ya que no has podido comer.

—Que me saque a mí también —dijo Joy comiéndosela con los ojos—. Estoy hambriento.

—Qué pesado es este hombre —dijo Erica yendo hacia la escalera.

—¡Me terminarás adorando! —Cuando ella no respondió hizo una mueca y miró a Carl. —Es dura de pelar, ¿no? ¿Alguna sugerencia para camelármela?

Carl sonrió malicioso. —Sí, claro. Decían por el pueblo que le encanta que le saquen fotos. Es una apasionada de la fotografía.

—¡Mi especialidad! Es que somos el uno para el otro.

Cuando salió de la habitación tan contento Christian levantó una ceja. —¿Fotos?

—Le encantan.

—Jamás había oído algo así. ¿Erica no le rompió el móvil a uno en un bar porque no dejaba de darle la plasta con los megapíxeles que tenía y no dejaba de sacarle fotos?

—¿De veras? No lo recuerdo —dijo yendo hacia la puerta.

—Hermano...

Carl se volvió y Christian se acercó a él. —Quiero que este fin de semana se lo pase bien.

—Ya me ha quedado claro.

—Aléjate de ella.

Se tensó. —Por supuesto, ¿qué pensabas?

—Vamos, no te hagas el tonto que te conozco muy bien. Estabais liados, lo sabía todo el mundo. Déjalo estar.

Apretó los labios. —¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que salí del hospital. —Christian suspiró. —Y sé lo que hiciste cuando vino a verme, me lo contó mamá. Tuviste que hacerle mucho daño, tío. Déjalo estar.

—¿Crees que quiero retomar lo que teníamos?

—Pues es lo que parece, joder. Hasta pareces celoso de Joy.

—Pues estás equivocado, cuanto antes se largue de aquí mejor.

Pálida en la escalera se detuvo en seco y en ese momento salieron los dos mientras Christian decía —Pues será después de la boda. —Sorprendido se detuvo. —Erica, ¿necesitas algo?

—Esperaba ver a Jessica, necesito unas chanclas o...

—No te preocupes. —Jessica salía de la cocina en ese momento. —Cielo, ¿tienes unas chanclas?

—Claro. —Sonrió a Erica. —Precisamente me compré dos pares ayer, ven conmigo y así te doy también el bañador.

—Gracias.

—Bah, no es nada.

Carl apretando los labios la vio subir a toda prisa demostrando lo incómoda que estaba. Christian le palmeó el hombro. —Si tenía alguna duda, se la acabas de resolver, hermano, bien hecho.

—Cállate —dijo entre dientes.

Tumbada en la piscina con un libro que Jessica le había prestado, no podía leer una sola palabra porque Carl no paraba de dar vueltas de un lado a otro con un bañador negro, revisando los filtros de la piscina y mil cosas más. Mierda, menudos abdominales tenía ahora. ¿O siempre habían estado allí y lo había olvidado? Qué va, eran para que se le quedaran grabados a fuego en su memoria.

—Casi no se te nota la cicatriz del brazo —dijo Jessica sentándose a su lado.

Sonrió. —Es que Henry es un cirujano de primera.

—¿Henry?

—El prometido de Ilsa, es mi mejor amiga desde siempre. Trabajamos juntas.

—¿Es tu socia?

—No, ella es mi mano derecha pero el bar es solo mío. Quise ir al cincuenta por ciento con el bar, pero dijo que pasaba de líos. — Sonrió. —Es como mi encargada.

—Entiendo. Así que os conocéis desde siempre.

—Desde el jardín de infancia, somos como hermanas.

—Me hubiera gustado tener una hermana.

Se la quedó mirando. —¿Es algo que echas de menos?

—Bueno, tengo a Joy que casi nos criamos juntos, pero no es lo mismo porque el a cierta hora se iba a casa y había días que no nos veíamos. Ser hija única a veces es... solitario.

Pensó en su niña y apretó los labios. —Yo también soy hija única, pero tenía a Ilsa y muchas noches dormía en su casa.

La miró sorprendida. —¿En su casa?

—Sí, mi madre murió cuando yo tenía doce años y la madre de Ilsa me cuidaba cuando mi padre trabajaba o cuando salía, que era casi todas las noches.

—Así que la familia de Ilsa te crio.

—Prácticamente. Desgraciadamente la madre de Ilsa murió hace ocho años y su padre se largó del pueblo porque le hicieron

una oferta de trabajo fuera del país. Ilsa acababa de terminar el instituto y no quiso irse, así que nos quedamos solas.

—Lo siento mucho, yo no sé qué haría sin mis padres.

—Te acostumbras.

Jessica se la quedó mirando. —Has tenido que lidiar con la vida tú sola.

—Bueno, la tengo a ella. —Sonrió. —Es fantástica.

—Seguro que sí. Me gustaría conocerla, ¿por qué no le dices que venga a la boda con su novio?

Oh, no. Ni de broma, ¿y qué hacía con Molly? —No puede. El bar, ya sabes —dijo a toda prisa—. No podemos cerrar. Si tenemos que ir a algún sitio nos turnamos.

—Vaya, qué pena, en otra ocasión será.

—Sí, claro.

Christian se tiró al agua haciendo una bomba que las salpicó y las hizo reír. Le encantaba verle tan bien y con ganas de vivir. Escuchó un click y volvió la vista para ver a Joy con una cámara en la mano. —¿Qué haces?

—Sacar unas fotos para recordar el momento en que te vi reír por primera vez.

Se puso como un tomate y Jessica se echó a reír a carcajadas. —De veras, habla con él, que yo no...

—Uy, a mí no me metas, guapa. Por lo que me ha dicho Christian, eres más que capaz de defenderte tú sola.

—A tu primo no puedo romperle la crisma para que lo pille —siseó.

—Tú no te cortes.

Parpadeó mientras su nueva amiga bebía de su refresco. —¿De veras?

—No te reprimas, te queremos como eres.

Escuchó otro click y gruñó volviendo la cabeza como la niña del exorcista. —Joy, guapo, ¿por qué no lo dejas?

—Pero si estáis preciosas. —Sacó otra foto. —Sonríe.

—Ahí estás muy cerca.

Dio un paso hacia atrás.

—No, vete más hacia atrás que no quiero que se me vea la cicatriz del brazo.

Dio otro paso hacia atrás. —¿Estoy bien aquí? Te aseguro que la imagen se ve estupenda.

Christian salió de la piscina de golpe y le agarró por el bañador tirando de él hacia abajo. Las chicas se echaron a reír al verle como Dios le trajo al mundo, pero Joy puso los ojos en blanco sin tomárselo a mal y se volvió mientras su tía gritaba escandalizada desde el otro lado de la piscina. —¡Tápate, por Dios!

—¡Tía, el cuerpo desnudo es lo más natural del mundo!

—¡Tápate o se lo digo a tus padres! —gritó Benjamin haciéndolas reír aún más.

Se lo subió a toda prisa y Carl que pasó tras él con una manguera le dio un pequeño empujón que le desestabilizó haciéndole caer al agua con cámara y todo.

Las chicas gimieron cuando salió a la superficie levantando el brazo que llevaba la cámara. —¡Mierda! —Miró la pantalla trasera y sonrió. —¡Funciona! —Levantó la vista hacia Carl. —Tranquilo, que funciona.

—Menos mal —dijo antes de seguir tirando de la manguera.

Erica le observó con los ojos entrecerrados y Jessica dijo —
Uy, uy...

—¿Qué?

—Este teme la competencia.

—Qué va —dijo incrédula—. Si no quiere ni verme.

—No te creas todo lo que oigas...

—Te lo ha contado Christian.

—¿Que les pillaste hablando? Claro, y las sospechas de mi novio creo que tienen fundamento. —Se acercó para susurrar —Te

mira de reojo.

—Si Christian te lo ha contado, te habrá dicho que está deseando que me largue —dijo incómoda.

—¿Tú querías?

—¿Es broma?

Jessica la miró fijamente. —No, en serio, ¿le has olvidado?

Apartó la mirada hacia el libro y siseó —Eso es agua pasada, no le daría ni la hora.

—Pues es una pena, me gustaría que os llevarais bien y si hay algo más, yo encantada. Está muy solo.

Levantó la vista. —¿Carl? —preguntó incrédula—. Si tenía a todas detrás de sus pantalones.

—Pues desde que le conozco no es que salga mucho. Trabaja y trabaja, pero se divierte poco.

—Pues sí que ha cambiado. Antes se divertía bastante.

—Estuvo muy pendiente de Christian, ¿sabes? Buscando los mejores médicos, fisios, todo lo que pudiera ayudarle.

Apretó los labios. —Pues lo siento mucho.

—Cuando nos vayamos lo pasará mal. La casa se quedará muy vacía sin nosotros. Además, Meredith... —Hizo una mueca. —Necesita nietos correteando por aquí cuanto antes.

Volvió la cabeza como un resorte. —¿Por qué me dices eso?

Jessica la miró maliciosa. —Le gustas.

—¿Solo lo dices por eso?

Parecía que no entendía la pregunta. —¿Por qué lo iba a decir sino?

—No sé —dijo con desconfianza—. Pero te digo desde ya que ni con tu primo ni con tu cuñado, yo me largo a San Antonio después de la boda a seguir con mi vida.

—¿Tan maravillosa es tu vida allí?

—Te aseguro que es mil veces mejor que la que llevaba antes.
—Se levantó queriendo acabar con aquella conversación. —Voy a bañarme.

—Sí, hace mucho calor —dijo mirándola pensativa.

Fue hasta los escalones de obra de la piscina y empezó a descender sintiéndose observada por todos. Para olvidarse de ellos se zambulló en el agua y buceó hasta llegar al final. Al salir a la superficie se cogió en el borde y Joy silbó aplaudiendo. —Menudos pulmones tienes.

Sonrió y al mirar al frente sus ojos se encontraron con los de Carl, que apartó la mirada a toda prisa como si no soportara ni mirarla, provocándole un nudo en la garganta. Apretó los dedos en el borde pensando que era idiota. ¿Qué más daba lo que pensara? Como había dicho, se largaría en cuanto se terminara la boda.

Meredith salió de la casa con un amplio caftán de colores y una bandeja en la mano con bebidas. Detrás de ella su ama de llaves llevaba una bandeja enorme de sándwiches. —Te dejo los tuyos al lado de la tumbona —dijo su anfitriona amablemente.

—Gracias. —Se puso a nadar hasta el otro extremo de la piscina y dio la vuelta sobre sí misma para impulsarse y seguir nadando.

Carl entrecerró los ojos al ver que llegaba al final y giraba de nuevo.

—Hostia, es toda una nadadora olímpica —dijo Christian a su lado.

—No sabía nadar —dijo pensativo.

—Pues es evidente que lo ha superado, ahora podría competir.

Se detuvo en el borde opuesto y salió de la piscina escurriendo el agua de su hermoso cabello.

—¡Una sirena, eso es lo que eres! —dijo Joy sentado en su tumbona con un sándwich en la mano.

Carl gruñó mientras ella divertida se sentaba a su lado.

—Hermano, he hablado con Jessica de esto y me ha hecho ver que todavía estás a tiempo. Así que olvida lo que te dije antes.

Le miró a los ojos. —¿A tiempo de qué?

—De recuperar eso que tanto anhelas. Y no me digas que no, joder, no puedes dejar de mirarla.

—Estoy sorprendido por todo lo que nos contaste, eso es todo.

—Miéntete a ti mismo si quieres, pero cuando se suba a su coche y se largue de aquí no volverá, será entonces cuando la habrás perdido para siempre. Aún estás a tiempo de arreglar las cosas.

Le miró como si estuviera loco. —¿Después de lo que hice?

—No es lo que hiciste, es lo que estás haciendo ahora. La estás cagando, hermano. —Escucharon su risa y Carl sorprendido miró hacia allí. —Ese es Joy, insiste e insiste divirtiendo a su víctima. No se le resiste ninguna. —Le dio otra palmada en la espalda. —Yo que tú me daba prisa, solo tienes dos días y ya te llevan mucha ventaja. Él por lo menos puede sentarse allí.

Le fulminó con la mirada. —A mí no me interesa sentarme allí —dijo entre dientes.

—Hijo, ¿tienes hambre? —preguntó Meredith acercándose con las bebidas.

Mary Anne se acercó con los sándwiches. —¿Pero qué haces, muchacho? Te están adelantando por la derecha.

—¿Qué?

—Te conozco de toda la vida y nunca fuiste más feliz que cuando estabas con ella.

—Joder, ¿es que lo sabía todo el mundo?

—Yo no —dijo Meredith indignada—. Y la echaste del hospital, pobrecita.

—Madre, te recuerdo que no la querías allí.

—Es que no sabía muchas cosas, porque me las ocultabais. Pero Jessica me ha puesto al día. Hijo, ¿cómo se te ocurre dejar a una mujer como esa? Con las agallas que tiene. ¿Pero a ti qué te pasa? ¿Crees que mujeres así crecen en los árboles? Ahora ve allí y conquístala, que es lo que tienes que hacer.

—¿Que la conquiste? —preguntó espantado.

—Uy, madre, que este está cagado.

—¿Mi hijo? ¿Un Driscoll? —preguntó pasmada—. Mi hijo no le teme a un toro de setecientos kilos, no va a temer a una mujer.

Christian rio por lo bajo. —A esta sí.

—Cállate —dijo a su hermano entre dientes.

—Vamos hermano, ¿vas a dejar que Joy te gane la partida?

Apretó los labios antes de volverse y salir de la piscina de mal humor. Meredith entrecerró los ojos. —Dios mío, ¿me estoy imaginando cosas o la ha mirado como si estuviera enamorado de ella?

—Apostaría todo mi dinero a que lo está, madre —dijo Christian divertido—. Y está tan cagado después de fastidiarla tanto, que lo único que quiere es que se largue para seguir estropeándolo.

Sorprendida dijo —¡Tenemos que hacer algo!

Christian se volvió para mirar a Erica que se reía de una imitación de Joy. —Tenemos que hacer algo y cuanto antes mejor.

Capítulo 7

Erica bajó a cenar con un vestido rojo. Estaba cruzado en el pecho y resaltaba su cintura. Llevaba su cabello suelto hasta debajo de su trasero y solo se había pintado los labios porque había cogido algo de color esa tarde. Al llegar al salón sonrió más relajada porque increíblemente había pasado una tarde estupenda con Joy y sus bromas.

Este se levantó mostrando su camisa azul y sus pantalones negros. La verdad es que estaba muy guapo con su cabello castaño repeinado. —Buenas noches, preciosa —le dijo cogiendo su mano como si tuviera todo el derecho del mundo—. ¿Quieres una copita de jerez?

—No, gracias, pero una cerveza sí me la tomaría.

—Marchando. —La sentó en el sofá al lado de Meredith, que le hizo un gesto a Carl con la cabeza como si quisiera que hiciera algo. Por inercia miró a Carl que se hizo el loco, pero pudo ver por el rabillo del ojo que Meredith repetía el gesto.

Jessica rio por lo bajo y la miró sin entender. Su amiga le hizo un gesto para que no le diera importancia.

—Cuéntame Erica, ¿qué tipo de gente va a tu bar? —preguntó Meredith con una sonrisa en los labios—. ¿Son vaqueros como los clientes que tenías aquí?

—Sí, algunos son vaqueros que van a la ciudad a pasar el fin de semana, pero también tengo otro tipo de clientes. Tengo muchas despedidas de solteras. Pero no con striptease y cosas así, vienen después a desmelenarse. Tengo una pista de baile enorme y dos animadores que bailan country.

—¿Animadores? —preguntó Meredith—. ¿Les sacan a bailar?

—Sí, y a veces hacen coreografías. Me animan mucho el local, procuran que nadie se aburra y así beban más.

—Muy inteligente —dijo Carl sorprendiéndola porque la había halagado.

—Gracias —dijo mirándole con desconfianza esperando el hachazo, pero no llegó, simplemente se quedó callado.

—Niña...

Confundida miró a Meredith. —¿Qué?

—Te preguntaba si no echas el pueblo de menos —dijo con una dulce sonrisa en sus labios—. ¿No echas de menos vivir aquí?

—¿Aquí? —preguntó incrédula—. Pero si aquí no hay nada que hacer. En San Antonio tengo todo tipo de diversiones y nadie me juzga por quien fue mi padre. Allí simplemente soy Erica. —Sonrió divertida. —Que si echo de menos vivir aquí, dice... —Miró a Christian que la observaba muy serio y perdió algo la sonrisa. —Vamos, que no —dijo sinceramente—. Allí estoy mejor que nunca.

Christian miró a su prometida que apretó los labios como si su respuesta no le hubiera gustado.

—Además tengo a Ilsa conmigo.

—Y si Ilsa se trasladara, ¿la seguirías? —preguntó Jessica mirándola como si la estuviera analizando.

—No se mudaría ni loca —dijo divertida—. Si le gusta San Antonio más que a mí y su futuro marido trabaja allí. Además... —Al darse cuenta de lo que iba a decir se detuvo en seco. —Vamos, que no, no me mudaría de nuevo.

—Entiendo —dijo Meredith como si estuviera decepcionada.

¿Pero qué le pasaba a esa mujer? Esa mañana no podía ni verla y ahora parecía triste porque no quisiera mudarse de nuevo. Empezaba a pensar que en esa familia estaban de atar.

—¿Y si encontraras el amor? —preguntó Christian sorprendiéndola—. ¿Y si tu marido fuera de Canadá, por ejemplo?

¿Te mudarías a Canadá?

—Bueno... Supongo que tendríamos que valorar muchas cosas, como quien tiene un trabajo mejor...

—Así que estás abierta al amor —dijo Joy encantado—. Yo me mudo a donde tú quieras.

—Por favor, no vayas haciendo las maletas.

Joy rio mientras los demás le miraban como si fuera idiota. Confundido miró a sus tíos. —¿Qué?

—Déjalo —dijo Benjamin por lo bajo.

—¿Que lo deje?

—Este niño es tonto —dijo Alicia entre dientes.

Joy no entendía nada y Erica tampoco. Parecía que querían ocultarle algo por la cara que ponían. ¿Y a qué venía ese interrogatorio sobre si se mudaría o no?

—Yo lo dejé todo por amor —dijo Meredith antes de darle una palmadita en la mano—. Y no me arrepentí de nada.

—¿Qué dejaste exactamente?

Meredith se sonrojó. —Pues mis estudios, cuando conocí a mi Carl estaba en la universidad, ¿sabes?

—¿De veras? ¿Y qué estudiabas?

—Psicología. —Suspiró. —Qué años más locos, pero conocí a mi ranchero y todo se acabó.

—¿Seguro que no te arrepientes?

Se sonrojó. —Bueno, algunas cosas las hubiera cambiado, pero básicamente todo hubiera sido igual. Quizás hubiera tenido más hijos. ¿Cuántos te gustaría tener a ti? —preguntó ilusionada.

—Pues...

—¿Cuatro, cinco?

—Madre mía, no, con el trabajo que dan.

—¿Y si tuvieras ayuda? —preguntó Jessica.

—Los hijos son una responsabilidad enorme. Sufres si les pasa algo, sufres si no les pasa, siempre estás preocupado. Cuando están enfermos, que es a menudo cuando están en la guardería porque les pegan mil cosas, te pasas noches sin dormir. Buscar colegios, que si comen, que si no comen, vacunas, pediatra. Uff, deja, deja...

Christian entrecerró los ojos. —Parece que sabes muy bien lo que es tener hijos. No te lo hemos preguntado, Erica, ¿tienes hijos?

Se quedó de piedra porque no se esperaba la pregunta, aunque era lógico por todo lo que había soltado la lengua. ¡A ver si te controlas, leche!

Carl dio un paso hacia ella. —¿Por qué has puesto esa cara? ¿Tienes hijos?

¿Y ahora qué decía? Si mentía, malo, porque estaría mintiendo sobre su hija y si no mentía, se iba a montar la mundial.

Jessica dejó caer la mandíbula del asombro. —Uy, que esta no quiere responder porque es algo muy gordo. —Todos miraron a Carl y que no dejaba de mirarla como si quisiera leer su mente.

—¿Es que nadie va a decir nada? —preguntó Meredith poniéndose de los nervios—. Niña, ¿tienes hijos o no?

—¿En plural?

—¡O en singular, leche!

Cerró los ojos tomando aire y gimió antes de decir —Bueno, algo tengo.

—¿Algo tienes? —preguntó Joy sin comprender.

—Se llama Molly.

Christian dejó caer la mandíbula del asombro antes de mirar a su hermano que muy tenso preguntó —¿Y cuántos años tiene?

—Cumplirá seis años el día de Navidad. Nació el día de mi cumpleaños.

Fue como si una bomba cayera en el salón porque todos se quedaron de piedra. Carl apretó los labios antes de decir —¿Es mi

hija?

Le fulminó con la mirada. —¡Es mi hija!

—¿Soy su padre o no?

—No —dijo haciéndole palidecer—. Un padre es otra cosa que tú no has sido nunca.

Meredith se tapó la boca con las manos. —¡Una nieta, tengo una nieta!

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Carl furioso.

Sonrió irónica. —¿Cuándo te lo iba a decir? ¿Cuando me colgaste el teléfono veinte veces? ¿Cuando me echasteis del hospital después de que me enterara? ¿Cuándo, Carl? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —El día en que nació te llamé por teléfono, aquí al rancho, porque me habías bloqueado en el móvil. Estabais celebrando una fiesta y te pusiste, ¿recuerdas lo que dijiste en cuanto te diste cuenta de que era yo?

Él apretó los labios. —No sabía...

—¡Tú al parecer no sabes muchas cosas! —gritó levantándose—. ¡Vas de listo por la vida y estas son las consecuencias! ¿Qué dijiste, Carl? ¡Cuéntaselo a todos, ya que están tan interesados!

—No lo recuerdo.

—¡Mientes! ¡Pero ya que no tienes los huevos para decir la verdad, la diré yo! —Se volvió hacia Meredith. —¿Sabes lo que me dijo tu hijo? ¡Pues estas fueron sus palabras! ¿Qué coño haces llamando a mi casa? ¡Ni se te ocurra volver a hacerlo, zorra! No quiero saber nada más de ti en mi vida, ¿me oyes? —Sollozó recordando lo que sintió con cada palabra. —Para mí estás tan muerta como el cabrón de tu padre. Como comprenderás después de esas alentadoras palabras ya no insistí más.

Jessica jadeó llevándose la mano al pecho. —Dios mío...

—Creo que deberíamos dejarles solos —dijo Benjamin muy incómodo.

—No, claro que no —replicó Erica—. ¡Tenéis derecho a saberlo todo, que lo sepa todo el mundo! Sí, tuve una hija yo sola y

la he sacado adelante yo sola todos estos años, ¡así que no, Carl, tú no eres el padre y no lo serás nunca! —Miró a Christian. —Lo he intentado, de verdad que sí, he puesto todo de mi parte, pero no puedo más.

Christian atónito asintió. —Lo entiendo perfectamente.

—Gracias. Os deseo toda la felicidad del mundo. —Corrió escaleras arriba y todos miraron a Carl que parecía tallado en piedra.

—Hijo, ¿no piensas hacer nada?

Se volvió lanzando el vaso que tenía en la mano contra la pared.

—Alicia, creo que vamos a ir a cenar al pueblo —dijo Benjamin muy incómodo.

—Sí, sí... —Jessica se levantó del sofá. —Vamos cielo, tu hermano tiene mucho en que pensar y...

En ese momento escucharon pasos en la escalera y vieron pasar a Erica tirando de su maleta. Carl corrió tras ella. —¡No sabía lo que había pasado!

—No quiero hablar de ello —dijo bajando los escalones del porche.

—Joder, Erica, después de lo del video y esto... ¡No lo sabía!

Sin ser capaz de hablar dejó la maleta al lado del maletero para buscar la llave del coche. Mierda, ¿dónde estaba?

—¿Por qué no te quedas y hablamos de esto?

—No hay nada que hablar, soy una zorra que se acuesta con cualquiera y que voy pidiendo dinero a la gente. No tenía que haber dicho nada, tú sigue con tu vida que yo seguiré con la mía.

—¡Ahora sé la verdad!

Le miró sin entender. —¿Y eso en qué cambia mi vida?

Pulsó el botón del mando y se abrió el capó. Agarró la maleta para subirla, pero él se la arrebató. —¡Joder, escúchame!

Se le quedó mirando.

—¡No lo sabía!

—Exacto, no lo sabías porque no quisiste escucharme y me sacaste de tu vida, ¡me trataste como a una mierda! ¡Pero tengo que dar gracias a Dios porque me abriste los ojos respecto a ti, porque descubrí como eras realmente y me di cuenta de que mi amor nunca hubiera sido suficiente porque tú nunca me tomaste en serio! ¡La hija del borracho que solo da problemas! ¡Me tratabas como una amante que había que ocultar y lo permití un maldito año! Me odiaba a mí misma por eso, ¿sabes? —Sollozó. —Pero te quería tanto, que hubiera dado cualquier cosa por un segundo más a tu lado. Y tú...

Pálido dio un paso hacia ella. —Nena...

Le dio un tortazo que le volvió la cara. —Jamás se te ocurra llamarme así de nuevo —siseó con rabia—. ¡Olvídate de mi hija y de mí! Esta conversación nunca ha tenido lugar, ¿me oyes? ¡Ahora soy yo quien no quiere saber nada más de ti! —Le arrebató la maleta y la tiró en el portaequipajes cerrando la puerta con fuerza. Le miró con rabia mientras lloraba sin darse cuenta y abrió la puerta del coche. —Adiós, Carl. No te deseo que te vaya bien, porque me da absolutamente igual.

—Hijo, no dejes que se vaya, nunca podremos conocerla —dijo Meredith antes de levantar la escopeta. Al ver el arma Erica gritó arrancando a toda prisa.

—¡Madre no! —gritó Carl.

—Quiero conocer a mi nieta. —Disparó a la rueda del cuatro por cuatro.

Erica gritó del susto y aceleró pisando a fondo mientras aquella loca disparaba de nuevo dándole en la ventanilla. —¡Ay, Erica, que la vieja te quiere matar! —gritó mirando por el espejo retrovisor.

Carl corría hacia ella gritando algo que no llegó a oír porque le zumbaban los oídos. —¡Qué te den! ¡Qué os den a todos los Driscoll, putos chiflados! —El impacto fue tan fuerte que la tiró sobre el volante. Confundida ni sintió como se abría la puerta. ¿Esa loca le había dado?

—¡Erica! —Alguien empujó su cuerpo para incorporarla y escuchó la voz de Jessica gritando que no la moviera.

—¡Joder, llamad a emergencias!

—¿Molly? —susurró Erica con el rostro lleno de sangre antes de perder el sentido.

—Sí, fue directa al coche de los Clark que habían venido para la boda —dijo Carl por lo bajo para que no les escucharan los de la sala de espera—. Algo debió pasar con la dirección del coche.

—Qué raro —dijo el sheriff—. Es un coche nuevo.

—Igual no lo entendía bien, no sé.

—¿Crees que pudo hacerlo a propósito? Su padre...

—No, seguro que fue un accidente —dijo Christian molesto—. Joder, ¿por qué tardan tanto los médicos? Llevamos aquí horas.

En ese momento Ilsa entró en urgencias del hospital de San Antonio con una preciosa niña en brazos que estaba medio dormida. Clark separó los labios de la impresión porque era morena como él.

—Oh, Dios mío —dijo su madre levantándose de su asiento—. Es igualita a mí de pequeña. Tiene mis rizos.

Ilsa hablaba con una chica que estaba tras el mostrador y de repente vio a Carl. Le miró con rabia antes de decirle algo a la recepcionista que levantó el teléfono. Él se acercó e Ilsa siseó —Ni se te ocurra tocarla.

La niña levantó la cabeza de su hombro y le miró medio adormilada. Tenía sus mismos ojos. —¿Tita? ¿Quién es este señor?

—Nadie cielo, sigue durmiendo, no es nadie.

En ese momento Henry salió de urgencias y su cara la hizo palidecer porque parecía muy preocupado. Ilsa corrió hacia él. —¿Qué tiene?

—En este momento le están haciendo una tomografía porque se ha roto la nariz y la fractura no tiene buena pinta, parece que se

le ha hundido el hueso.

—Dios mío, dime que se pondrá bien.

—Habrá que operar esa fractura y espero que solo sea eso.

—¿Puedo pasar? —preguntó angustiada.

—No, cielo. Urgencias es un caos, un autobús ha volcado en la autopista y estamos a tope. Cuando sepa algo más vengo y te lo digo.

—Está bien. —Se volvió y se detuvo en seco al ver que Carl estaba allí. —¿Qué haces escuchando? —preguntó indignada.

Él la ignoró mirando al médico. —¿Qué puede pasar si esa fractura ha afectado a algo más?

—¿Qué puede pasar? De todo, joder —dijo molesto antes de dar un paso hacia él—. ¿Qué pasa, que no tuviste bastante con joderle la vida que vuelves a rematarla? Sal de mi vista antes de que llame a seguridad.

Christian preocupado le cogió del brazo. —Ven, hermano, siéntate.

Carl apretó los labios antes de alejarse. Henry miró a Ilsa y a la niña. —Pasa, no quiero que te quedes con esos. Te quedarás en el vestuario hasta que la cosa se calme.

Le siguió mirándoles de reojo. —¿Sabes cómo ha sido? Cuando me llamaste...

—Cuando te llamé acababa de llegar, cielo. Los de emergencias dicen que fue un accidente de coche.

—¿Un accidente de coche? —preguntó incrédula—. Si es muy prudente al volante.

La cogió del brazo y la apartó. —Uno de los sanitarios —dijo por lo bajo—, me ha dicho que piensa que la herida que tiene en el brazo es de una bala, que ha visto muchas así como para que no las reconozca.

—¿Una bala?

—Sí, es un rasguño, pero se dio cuenta enseguida. Además, fueron ellos los que la sacaron del coche, me dijo que una de sus ruedas estaba reventada y que debía ir a muchísima velocidad para darle ese golpe al coche.

—¿Crees que le dispararon?

Henry asintió. —Ahora voy a ver cómo está y a asegurarme de que la opere Emerson. Afortunadamente me ha cogido el teléfono y ya viene de camino. Después pienso ir a ese maldito rancho a ver el coche y más vale que no encuentre nada raro, porque sino te juro que todos esos van a acabar en prisión.

Henry apretó los labios al ver el coche aún empotrado en el otro. El golpe había sido brutal, el cuatro por cuatro de Erica había destrozado el otro coche y prácticamente lo había partido por la mitad. Se bajó de su BMW y cerró la puerta sin dejar de mirarlo. Los Clark y Mary Anne salieron al porche. —¿En qué podemos ayudarle?

Miró hacia allí y la luz del hall no dejaba que viera bien las caras. Se acercó queriendo gritar de la frustración. —Soy Henry Wagner, uno de los mejores amigos de Erica.

—Oh... —Alicia bajó los escalones y le dio la mano. —Encantada de conocerle, soy la madre de Jessica, la novia.

Benjamin también bajó y le tendió la mano que apretó, aunque no tenía ninguna gana. —Supongo que usted es su padre.

—Benjamin Clark. Ella es Alicia, mi mujer no se lo ha dicho por los nervios. Y ella es Mary Anne, el ama de llaves de la casa.

Miró hacia la mujer que pálida se apretaba las manos como si estuviera muy nerviosa, que no bajara le indicaba que quería marcar distancias. Él inclinó la cabeza en señal de saludo y la mujer de repente se echó a llorar entrando en la casa a toda prisa.

—Discúlpela, ha sido un shock todo lo que ha pasado —dijo Benjamin muy incómodo.

—¿Y qué ha pasado exactamente?

—Los chicos discutieron y Erica quiso irse. Cuando me refiero a...

—A Carl, se refiere a Carl, no hace falta que me lo diga.

—Sí. Ella estaba disgustada y... —Miró de reojo a su esposa. —En realidad yo no lo vi, estábamos en el salón. Escuché el impacto contra mi coche y cuando salimos vimos lo que le había pasado a Erica.

—¿Sabe cómo está? —preguntó Alicia ansiosa—. No se morirá, ¿verdad?

—En este momento le está operando la nariz el mejor cirujano de Texas. Afortunadamente no tiene lesiones más graves.

Alicia suspiró del alivio. —Menos mal, creía que se moría.

—¿Les importa si le echo un vistazo al coche? —preguntó para comprobar si se negaban.

—No, claro que no —dijo Benjamin muy incómodo.

Henry se alejó y pudo ver como por el rabillo del ojo los Clark se miraban antes de cogerse la mano. Algo le llamó la atención y miró hacia el suelo donde el acelerón del coche había dejado una marca en la gravilla. Levantó la vista hacia la dirección del coche y antes del impacto vio unos cristales. Se detuvo ante ellos y se agachó para ver una bala. Apretó los labios siguiendo el rastro y vio la rueda reventada. Se llevó la mano a la espalda y sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón. —¿Ilsa? Llama a la policía, que no se acerquen a ella.

—Dios mío, ¿qué has encontrado?

—Pruebas de que esto fue un intento de asesinato. Ahora llamaré al sheriff, aunque no es que me fie mucho de él. Ha aceptado la versión de la familia y no se ha molestado en recopilar pruebas. Y hay bastantes, te lo aseguro. —Se levantó mirando de reojo a los Clark que estaban de lo más asustados. —No dejes que se acerquen a Molly.

—No, no, claro que no. Ten cuidado.

—Tranquila, estos a mí no me van a hacer nada. Te quiero.

—Y yo a ti —dijo emocionada.

—No te preocupes, todo irá bien. Tengo que dejarte.

—Vale, te quiero.

Colgando el teléfono se volvió y miró a Benjamin a los ojos.
—Creo que aquí ha pasado mucho más de lo que dicen.

Alicia se echó a llorar. —Meredith perdió los papeles al enterarse de que tenía una nieta, no quería que Erica se fuera y...

—¿Le disparó? Eso es muy difícil de creer, señora.

—Es una buena mujer, se lo juro —dijo Benjamin—. Pero desea tanto tener un nieto que al ver que Erica se iba después de discutir con Carl... ¡Solo quería retenerla!

—Pues han conseguido todo lo contrario porque esto va a acabar en juicio por intento de asesinato.

—Oh, Dios mío... —dijo Alicia mientras Henry se ponía el móvil de nuevo al oído.

—Lewis, sí, hace tiempo que no nos vemos... Necesito un favor y lo necesito de la policía de San Antonio porque no me fío del sheriff de aquí. Han intentado matar a una buena amiga, a Erica. Necesito que vengas a Farm Falls. No me jodas con eso de la jurisdicción, búscate la vida, me debes mil favores y quiero que vengas a encargarte de esto. ¡Ya!

Una hora después la casa prácticamente estaba llena de policías de la ciudad, después de llamar a la policía estatal para que se hiciera cargo de la investigación. Lewis observaba como los de criminalística sacaban fotos y Henry se acercó. —¿Qué opinas?

—No hay mucho que opinar, los testigos han confesado lo ocurrido. Joder, esta familia esta de atar, prácticamente la invitan a la boda para torturarla por un pasado que ella no pudo remediar. No tenía que haber venido, joder.

—Sentía que se lo debía a Christian.

—Seguro que él tenía buenas intenciones, pero esto era un polvorín y después va y les confiesa lo de Molly.

—No pueden acercarse a la niña.

—Conseguiré una orden de alejamiento, no te preocupes.

En ese momento escucharon el motor de un coche y se volvieron para ver como un mercedes se acercaba a toda velocidad.

—Ahora empieza el espectáculo —dijo Lewis mientras el coche frenaba en seco al lado del cordón policial.

Carl se bajó del coche. —¿Qué pasa aquí?

Lewis se acercó. —¿Su nombre?

—¡Soy Carl Driscoll, el dueño de este rancho!

—Perfecto. Soy el teniente Lewis Smith, y queda detenido por el encubrimiento del intento de asesinato de Erica Holder. Dese la vuelta.

Mary Anne en el porche se tapó la boca con la mano de la impresión y Benjamin se acercó.

—¡Pero él no ha hecho nada! —gritó el ama de llaves.

—¡Señora, tenemos la declaración que hizo al sheriff Potter y es una mentira tras otra! —La señaló con el dedo. —Ni se le ocurra bajar del porche porque sino la detendré a usted también. —Se volvió hacia Carl que apretó los labios. —Tengo aquí a varios policías ¿quiere que le esposemos a la fuerza?

Carl se volvió y él le empujó por la espalda hacia el coche. — Las manos sobre el capó.

Henry vio como le cacheaba y Lewis cogió las esposas que tenía en el cinturón a su espalda para ponérselas en sus muñecas. —Carl Driscoll queda detenido, tiene derecho a guardar silencio, cualquier cosa que diga puede ser utilizada en su contra en un tribunal, tiene derecho a un abogado, si no puede pagar un abogado, se le proporcionará uno de oficio.

Carl levantó la vista hasta Henry y mientras Lewis le preguntaba si había entendido sus derechos él dijo —En el hospital no me dicen nada. ¿Podrías decirme cómo está?

—Como si te importara, ya puedes dejar tu actuación de anfitrión preocupado, todo esto es culpa tuya, joder.

Él apartó la mirada asintiendo. —Sí, todo es culpa mía. Todo debería haber sido distinto y la jodí.

Henry frunció el ceño mientras tiraban de él hacía el coche patrulla y lo sentaban detrás. Y al ver su rostro a través del cristal tuvo una mala sensación, como si hubiera metido la pata, porque parecía realmente afectado.

Capítulo 8

Le dolía la cara horrores y movió los párpados inquieta, antes de elevarlos apenas para ver una rendija de luz. —Vamos, vamos... —dijo alguien encima de ella. Abrió más los ojos para ver a una joven que no conocía—. Aquí estás, Erica. Perfecto. No te preocupes porque no puedas abrir bien los ojos, es que los tienes hinchados del impacto.

¿Impacto?

—Soy la doctora Patterson. Han revisado tu coche y al parecer el airbag no saltó como debería, ¿sabes? Estaba desconectado. Henry me ha dicho que al ser un coche nuevo debiste tocar un botón que lo desconectó, no sé. Pero esa es la causa por la que hemos tenido que operarte la nariz.

Asustada susurró —¿Y Molly?

—¿Molly?

—Mi hija...

—Oh, estabas sola en el coche.

Suspiró del alivio.

—Estabas en Farm Falls, ¿no lo recuerdas?

—¿En Farm Falls? —preguntó molesta por el esparadrapo que tenía pegado al labio.

Miró hacia abajo para encontrarse un gran apósito que le impedía ver más allá y quiso llevar la mano allí para tocarse la cara, pero la doctora lo impidió. —Sí, los servicios de emergencia te trajeron en helicóptero porque pensaron que las lesiones eran mucho más graves, pero ahora todo está bien. En un mes estarás

como nueva. —Hizo una mueca. —Al menos nueva será tu nariz porque hemos tenido que realizarte una septoplastia, pero tranquila que no tendrás cicatrices visibles porque el doctor Emerson es un experto en incisiones internas desde donde ajusta el cartílago y el hueso, que por cierto estaba bastante dañado. Si todo va bien, en un par de días estarás en casa. Ahora a descansar. —Se alejó y Erica escuchó que decía —¿Quién es el siguiente?

Salieron de la habitación y Erica confundida miró hacia ella que se iba con otra chica de su edad. Cuando cerraron la puerta pensó en lo que había dicho. —¿En Farm Falls? Esta me ha confundido con otra.

La puerta se abrió de nuevo y apareció su mejor amiga. Ilsa le sonrió. —Buenos días, dormilona.

Sonrió aunque le dolió bastante. —Hola.

Ilsa cogió su mano mirándola emocionada. —Al parecer has tenido un fin de semana movidito.

—¿Qué ha pasado? ¿Se calentó la cosa en el bar y alguien me ha arreado?

Ilsa la miró asombrada. —¿No lo recuerdas?

—Me he quedado en blanco.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Entrecerró los ojos. —No sé. Iba a recoger a Molly al cole. ¿Mi niña está bien?

—Sí, muy bien, no te preocupes. Cielo, ¿no te acuerdas de la boda?

—¿Qué boda? —Apretó su mano. —¿Te casas? —preguntó ilusionada.

—Hablo de la boda de Christian.

Perdió la sonrisa poco a poco. —Así que se casa, me alegro mucho por él.

—Dios mío, voy a avisar al médico.

—¿Dónde está Molly? —preguntó asustada porque era evidente que Ilsa estaba de los nervios.

—Está bien, está con Henry.

Suspiró del alivio.

—No te preocupes por la niña, yo me encargo de todo hasta que te recuperes.

—Tiene el cumpleaños de un amigo este fin de semana. — Confusa se llevó la otra mano a la frente. —No sé si he comprado el regalo.

—Cielo, el cumpleaños es hoy y la ha llevado Henry vestida de india como quería.

Separó los labios de la impresión. —Pero eso no puede ser, era martes, tocaba peli y pizza antes de ir al trabajo...

—Tú no te preocupes, ¿vale? Voy a llamar al médico.

Su amiga salió de la habitación a toda prisa y empezó a angustiarse porque si la habían encontrado en Farm Falls, a saber lo que había hecho.

—El fiscal no quiere presentar cargos contra todos y más con los daños que te causaron —dijo Henry muy serio a los pies de su cama—. Dice que por una fractura de nariz no va a enchironar a toda la familia. Ha llegado a un trato con el abogado de Meredith Driscoll y esta cumplirá dos años de libertad condicional. Además, deberá indemnizarte con doscientos mil dólares por los daños.

—A ese le han untado— dijo Ilsa molesta—. Al menos mantienen la orden de alejamiento.

—Sí, eso sí, nadie de los Driscoll se puede acercar a ti a trescientos metros.

Impresionada susurró —Saben lo de Molly.

—Sí, al parecer se lo dijiste tú en una conversación. Según lo que me han contado, esa conversación desencadenó en una

discusión que provocó que acabaras aquí. —Henry rodeó la cama. — Pero no tienes que preocuparte, he llamado a un amigo abogado y no tienen ningún derecho sobre Molly y con la orden de alejamiento aún menos. Si se acercan a la niña o a ti habrán metido la pata hasta el sobaco, porque entonces sí que irán a prisión. Así que olvídate de los Driscoll para siempre, porque no volverán a molestarte.

Suspiró del alivio e Ilsa cogió su mano. —Es lo mejor.

—Sí... Después de lo ocurrido no quiero que se acerquen a mi hija jamás.

Se bajó del coche y sonrió a una de las mamás que esperaban. Blair se acercó. —Te veo bien...

—Qué va, todavía está muy hinchada. —Sin darse cuenta se llevó la mano allí. —Pero al menos quedará igual, eso me ha dicho el médico.

—Sí, seguro que no se notará nada. —Miró hacia su coche nuevo. —¿Rojo?

—Lo eligió Molly —dijo divertida—. Era rojo o rosa.

Blair se echó a reír. —Buena elección. Vas a venir al baile, supongo.

—¿Desde cuándo los niños de cinco años van a bailes?

—Desde que tu hija ha insistido tanto. Desde hace un mes ha reivindicado su derecho a baile como los mayores —dijo divertida sonrojándola—. La profesora se dio por vencida cuando le sacó el tema por enésima vez y dijo algo de discriminación. La mujer ni sabía cómo había dicho esa palabra. Es tenaz.

—No lo sabes bien. —Miró hacia la puerta y allí salía su niña loca de contenta con un dibujo en la mano.

Johnny llegó hasta ellas primero. —Mira mamá, Molly ha dibujado a su papá.

A Erica se le cortó el aliento agachándose al lado de su hija.

—Mira mami. —Volvió la cartulina y se vio a sí misma tras una barra, a Ilsa a su lado secando un vaso y a Henry sentado en una mesa hablando con un hombre de pelo negro. —¿Te gusta?

—Es muy bonito —dijo mirando los ojos del hombre pintados exactamente de su color, pero lo que le llamó la atención fue que había puesto en sus botas de cowboy unas espuelas. —¿Quién es?

—¿Quién va a ser, mami? Papá... Se ha dejado el caballo fuera porque no lo podía meter en el bar.

—Así que el caballo —dijo Blair levantando una ceja—. Qué interesante, ¿no?

Ella iba a decir algo, pero su hija la interrumpió. —Es ranchero y es muy rico, ¿sabes? Me regala caramelos.

Se quedó de piedra. —¿Cómo que te regala caramelos?

—Sí.

Cogió a su hija del brazo. —¿Quién te regala caramelos? ¿Dónde le has visto?

—En el recreo, mami. Papi vino en el recreo.

Preocupadísima miró a Blair, que apretó los labios. —Habla con la directora, ya.

Cogió a su hija en brazos y entró en el colegio esquivando a los niños que salían corriendo. —Mami quiero ir a casa, hoy hay peli y pizza.

—Enseguida vamos, cielo. Hablaré con la señora Montgomery cinco minutos y nos vamos.

Pero la directora estaba en una reunión con otros padres y no podía atenderla. Así que agendó una cita con ella cuanto antes, que era al día siguiente a las nueve de la mañana. Viendo como su hija dibujaba ante la televisión donde veía la sirenita se apretó las manos.

—Debes llamar a la policía —dijo Ilsa desde la puerta de la cocina.

Se volvió y fue hacia ella sin decir palabra. Entró en la cocina a ver como estaba la pizza. Encima de la mesa estaba la bolsa de caramelos que le habían dado a Molly. —No sé si es él.

—Vamos, por supuesto que es él. Quieren a la niña, Erica. Harán lo que sea por conseguirla. —Se acercó. —Por Dios, si casi te matan.

—Meredith lo ha pasado muy mal y...

—¡No les excuses! Estamos hablando de la seguridad de tu hija, ¿en serio quieres...?

En ese momento sonó el timbre de la puerta y Erica fue a abrir. Se quedó de piedra al ver ante ella a Christian, que sonrió de una manera que le recordó al Christian de hacía casi seis años. —Hola —dijo él—. ¿Puedo pasar?

Ilsa tras ella jadeó. —¡Pero menuda cara tenéis, largo de esta casa!

Christian levantó las manos en son de paz. —Solo he venido a hablar y a disculparme por todo lo que ocurrió, aunque tengo entendido por nuestro abogado que tú no te acuerdas de nada.

—¡No se acuerda porque casi la matáis!

—Ilsa por Dios, habla más bajo —dijo entre dientes mirando sobre su hombro.

Su niña se había puesto de pie en el sofá agarrada al respaldo mirando hacia ellos y parecía asustada. —¿Mami?

—No pasa nada, cielito. —Se volvió hacia Christian. —Mira, me alegra mucho verte tan bien, pero tienes que irte.

—Pero no me he disculpado —dijo mientras ella cerraba la puerta—. ¡Te he traído un video que deberías ver si no te acuerdas de nada! ¡Toda mi familia lo siente mucho!

Abrió la puerta y siseó —No grites, leche. —Vio en su mano un pendrive y se lo arrebató. —Ahora largo.

—Pero tengo que explicarte muchas cosas que pasaron antes de la boda.

—¿Te casaste? —preguntó Ilsa asombrada.

—Anda esta, pues claro. Mi novia llevaba preparando la boda casi un año y teníamos allí a todos los invitados.

—Pues debiste pasarlo genial —dijo ella con ironía.

—Pues si te digo la verdad sí, porque sabía que todo se arreglaría.

—Mientras Erica estaba en el hospital, tenéis una sensibilidad que es como para daros de comer aparte.

—Oye, maja, que mi novia y su familia no tienen la culpa de nada. —Miró a Erica a los ojos. —Y mi familia se arrepiente muchísimo de lo que pasó, te lo aseguro.

Dio un paso hacia él. —Dile a Carl que como se vuelva a acercar a mi hija le voy a denunciar.

Él miró su mano. —Cuando vio ese video sintió muchísimo cómo te había tratado, ¿sabes? Está arrepentido. Todo cambió a raíz de esa noche y...

—¿Qué video? No sé de qué hablas, pero estoy segura de que no cambió nada. ¡Para él nunca fui nada! ¡Después de que mi padre muriera, solo demostró lo poco que le importaba, así que dejadme en paz! —gritó antes de cerrar de un portazo.

Christian apretó los labios disgustado. —¡Mira el video hasta el final, por favor! ¡Solo te pido eso, es importante!

Al otro lado de la puerta Ilsa miró el pen-drive que tenía en la mano. —No lo mires —susurró.

—Por supuesto que no. —Se lo metió en el bolsillo del pantalón y sonrió a su hija. —Princesa, vamos a cenar.

—¿Ese es un hombre malo?

—No, claro que no —dijo cogiéndola por la cintura para cargársela en brazos—. Christian es un buen hombre.

—¿Estás enfadada con él?

—Un poquito.

—Pues yo también me enfadaré con él, mamá —dijo abrazándola por el cuello—. Y con papá, si no quieres que les quiera, no querré a ninguno, solo a ti.

Se le puso un nudo en la garganta. —¿Solo a mí?

Su niña sonrió. —Claro. —Hizo un gesto para que la soltara y Erica la sentó en su silla. —Pizza mami, tengo hambre.

—Sí, cielo, ahora mismo te la pongo.

Pensativa miró el pen-drive en su mano, Ilsa había querido que lo destruyera, pero no se sintió capaz. Christian se lo había pedido. Ilsa se acababa de ir al trabajo y la niña ya estaba dormida, así que sentada en el salón ante el ordenador lo puso en el USB. La imagen que apareció fue el perfil de Christian y supo inmediatamente que era una grabación de aquella noche que cambió sus vidas para siempre. Tomó aire por la nariz y con el ratón pinchó en reproducir. Su corazón se encogió escuchando como gritaba que saliera del coche. Mientras las luces se acercaban ella sintió el terror que la recorrió en ese momento y hasta sintió el impacto de la puerta sobre ella. Se vio tendida en el suelo y frunció el ceño cuando no se levantó de inmediato, en ese momento salió la cara de Christian sonriendo a la cámara. —Sé que en este momento no entiendes nada, que crees que tú te habías levantado al instante, pero no fue así, Erica. Tardaste veinte minutos en volver en ti. Este video os lo enseñé en el fin de semana que estuviste aquí y mi familia se enteró de todo lo que luchaste por salvarme la vida, incluso poniendo en riesgo la tuya. Lo que vas a ver ahora es tu desesperación por salvarme y te pido que veas el video hasta el final, por favor. Es importante que lo hagas. Puede que no nos perdones igualmente, puede que quieras odiarnos el resto de nuestras vidas, pero al menos merecemos darte una explicación a todo lo que pasó, ¿no crees?

Inmediatamente ella volvió a aparecer en la imagen y no se levantaba. Y estuvo sin hacerlo esos veinte minutos que dijo

Christian. Vio cómo se caía de un lado a otro intentando llegar a él, lo que indicaba que no estaba bien en ese momento. Confundida vio el video hasta que la imagen cambió y vio una mesa de despacho antigua y un sillón de cuero. Escuchó unos pasos y alguien apareció en la imagen rodeando el escritorio. Se le cortó el aliento cuando Meredith Driscoll se sentó en ese sillón y miró a la pantalla. Alguien dijo —Ya puedes hablar.

Apretó los labios antes de decir —Te odié desde el mismo momento en que me dijeron que mi hijo Christian estaba contigo esa noche. No estoy orgullosa de cómo me comporté, pero en aquel momento yo no sabía que tenías una relación con Carl, creí que tenías relaciones con mi hijo menor y que casi había perdido la vida porque estaba enamorado de ti.

Separó los labios de la impresión atenta a la pantalla.

—Nunca me gustaste, debo reconocerlo. Cuando tu madre murió no fui de esas del pueblo que pensó pobrecita. Nunca nos llevamos bien. Una vez estaba en la tienda y drogada se burló de mí ante mis hijos cuando yo nunca había provocado su desprecio. Tardé en darme cuenta de que lo había hecho por envidia. Hubo más episodios que me sentaron mal como una vez que fui a desayunar con mi marido a la cafetería de Greg, ahí insinuó que mi marido le había pedido al suyo que debía acostarse con él para seguir conservando el empleo. Me sentí humillada cuando era mentira. Mi esposo sufrió su primer infarto esa misma noche —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento niña, pero era mala persona como lo era tu padre y creía... —Tomó aire por la nariz. —Que tú eras igual, que tenías mala sangre. Si hubiera estado de mi mano mis hijos jamás se hubieran acercado a ti, siempre tuve un mal presentimiento al respecto y así se lo hice saber a mis hijos. Les dije que se alejaran de ti todo lo posible, que darías problemas.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Por eso cuando a mi hijo le pasó lo que le pasó, la tomé contigo convencida de que eras la responsable. —Meredith se miró las manos. —Qué equivocada estaba, a mi hijo le hirieron porque estaba tan borracho que no se podía tener en pie prácticamente y tú intentaste ayudarlo.

He sido muy injusta. —Una lágrima recorrió su mejilla y se la limpió a toda prisa. Miró a la pantalla. —Pero ya no podemos cambiar el pasado, ¿no? Debemos vivir con lo que hemos hecho. Entiendo perfectamente que no insistieras en decirle a mi hijo que iba a ser padre después de cómo te tratamos. Lo entiendo, de verdad que sí y no te lo reprocho. Te echamos del pueblo sin nada y embarazada, además. Yo fui tan responsable como los demás, porque me encargué de decirle a todo el que quisiera escucharme, que si algún conocido mío iba a tu bar, dejaría de tener la amistad de los Driscoll. Lo hice y en ese momento no me arrepentí, te quería fuera del pueblo. Por eso cuando llegaste a mi casa me sentí atacada.

—Madre, ella no se acuerda de eso —dijo la voz de Carl.

—Es cierto, lo siento. Te atacué, intenté que te fueras de nuevo. Y debo reconocer que tuviste mucho valor al venir solo para hacer feliz a Christian y a Jessica. Yo no hubiera sido capaz de hacerlo. —Se mordió el labio inferior. —Llevo viuda doce años, los más terribles de mi vida porque amaba a mi marido por encima de todo. —Erica se emocionó. —Y cuando dijiste que tenía una nieta, algo en mi pecho brincó haciéndome sentir de nuevo una dicha que hacía mucho que no sentía, te lo aseguro. Mi único deseo en ese momento era conocer a mi nieta, así que intenté evitar que te fueras del rancho, pero nunca quise hacerte daño. Sentí la necesidad de verla crecer y necesitaba tiempo para convencerte de que somos buena gente. Cuando la vi en el hospital... —La mujer sollozó. —Lo siento, no es justo para ti, pero es que debo decírtelo, necesito conocerla. Probablemente no querrás que eso suceda mientras viva y lo entiendo, pero necesito que lo sepas. Te juro por mi sangre que nunca sufriría ningún daño si me permitieras verla, aunque sea unos minutos a la semana.

—Madre no insistas más —dijo Carl desde detrás de la cámara.

—Lo siento, lo siento... —Se levantó de su sillón y salió de la imagen.

Escuchó los pasos de unas botas y se le cortó el aliento cuando vio el brazo de Carl rodeando el escritorio. Se volvió mostrando su camiseta gris y ella se lo comió con los ojos. Hacía casi seis años que no le veía y fue impactante que su corazón saltara en su pecho como cuando estaban juntos. —Hola, nena. —Él se sentó y miró a la cámara sonriendo con tristeza. —La que hemos liado, ¿eh?

Sollozó cerrando la tapa del ordenador sintiendo que no tenía fuerzas para eso. Cerró los ojos con fuerza y escuchó como en su mente Christian le decía que lo viera hasta el final. Temiendo lo que le fuera a decir, miró el portátil durante tanto tiempo que se hizo de noche. La luz de la farola de enfrente que se filtraba por la ventana, le permitía ver el contorno del ordenador mientras su mente no dejaba de recordar todos aquellos momentos que habían pasado juntos en el año más feliz de su vida porque estaba al lado del hombre que amaba, aunque sabía de sobra que él nunca la querría. Se moría por saber lo que tenía que decirle y eso la hizo sentirse terriblemente mal porque significaba que nunca dejaría de amarle. Y no era justo. Él la había echado de su vida, es más nunca le había dado una sola oportunidad, ¿y aun así quería saber lo que tenía que decirle?

El teléfono sonó sobresaltándola y lo cogió sin mirar. —¿Diga?

Hubo un silencio al otro lado de la línea. —Diga —dijo exasperada.

—Soy yo.

Se le cortó el aliento al darse cuenta de que era Carl. —No puedes llamarme.

—¿Lo has visto?

—No, ni lo voy a hacer, así que deja de presionarme —dijo molesta.

Él no le contestó, pero tampoco colgó. —¿Carl?

—¿Recuerdas aquella noche que te esperé en el bar hasta que cerraste y después fingí que me iba para regresar después?

—Eso lo hacías siempre —dijo con desprecio.

—Me refiero a la noche que celebraste la fiesta después de la Navidad. Aquella noche tenía un regalo para ti por tu cumpleaños. No pude dártelo el día antes por...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Mientes.

—Lo tenía, nena, te juro que sí, estaba en mi camioneta, pero no fui capaz de dártelo.

—Fingiste que no sabías que había sido mi cumpleaños, ni siquiera me llamaste ese día.

—Lo sé.

—Me hiciste daño a propósito.

—Joder, ya no sabía qué hacer.

El sonido de que había colgado la sorprendió y miró el teléfono para cerciorarse de que era cierto. A toda prisa levantó la pantalla del ordenador y le dio al play de nuevo.

Carl suspiró. —En la feria no fue la primera vez que me fijé en ti, te conocía de toda la vida, te había visto ir al colegio, al instituto, te vi con tu primer novio... Lo de aquella feria fue intencionado, nena, no salías de mi cabeza. No sé si era porque me gustabas o porque tú me ignorabas. Nunca me mirabas, pasabas a mi lado y nunca me saludabas a no ser que yo te saludara a ti. Y cuando ocurrió lo de la feria... Joder, cuando ocurrió me sentí como si hubiera encontrado a mi otra mitad. —Erica sollozó porque ella había sentido lo mismo. —Eras perfecta, divertida, valiente, preciosa, y muy lista. No pude evitar seguir viéndote, pero no podía enterarse mi madre y que le diera un disgusto. Suena a calzonazos, pero no quería hacerle daño. Y mientras no le hacía daño a ella, te lo hacía a ti. ¿Crees que no me daba cuenta, nena? Claro que sí, tus miradas de decepción cuando me iba, tu voz congestionada cuando te sentías rechazada y todo era culpa mía. No podía dejar de verte, te necesitaba y nunca fui sincero sobre lo que ocurría, así que es lógico que pensaras que me avergonzaba de lo que teníamos. Y no era así. Mi relación contigo fue tan increíble que nunca la olvidaré, de hecho,

no la he olvidado. Aunque eso ya da igual. Ahora que me estoy sincerando, me he dado cuenta de que puede que esto a ti te importe una mierda. De todas maneras quería disculparme, te merecías más y no fue justo cómo te tratamos. —Se quedó en silencio mirando al vacío. —Lo de la niña es otro cantar, nena. —Miró fijamente a la cámara. —Voy a luchar por verla, creo que entenderás mi postura. Puede que no consiga nada después de lo que hemos hecho, pero al menos pienso intentarlo. —Suspiró. —Seguramente lo que te diga ahora te va a cabrear aún más, pero ya no tengo nada que perder, así que ahí va. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas y no dudes que si no llegamos a un acuerdo acudiré a los tribunales. No quiero hacerlo, pero lo haré si es necesario. —Le rogó con la mirada. —Quiero estar con mi hija. Quiero que ella me conozca. Sé que nunca podré criarla, pero al menos quiero tener trato con ella. Es una Driscoll y como bien sabes luchamos por los nuestros. Si me das una oportunidad, juro por mi vida que no os decepcionaré.

La imagen se puso en negro y Erica se dejó caer en el respaldo de la silla.

—¿Mami?

Se volvió de golpe para ver a Molly con la muñeca en la mano y cara de sueño. —Tengo sed.

Se levantó de inmediato y encendió la luz. —Tienes agua al lado de tu cama.

—No, se te ha olvidado.

—¿Dónde tendrá mamá la cabeza? —dijo cogiéndola en brazos. La llevó a la cocina y cogió uno de sus vasos para llenarlo de agua.

—¿Veías una peli? —preguntó dejando caer al suelo la muñeca antes de coger el vaso con sus manitas.

—¿Sin ti? Ni hablar.

Sonrió antes de beber. Cuando terminó Erica dejó el vaso sobre la encimera y se agachó a coger la muñeca antes de llevarla a

la cama. —Mañana tienes un gran día de cole.

—Sí, es el cumple de Anne.

—Sí, es el cumple de tu amiguita Anne. —La tumbó y miró el termostato de la habitación para asegurarse de que no hacía demasiado calor. Al mirar hacia ella se sorprendió porque había pegado el dibujo de su padre en la cabecera de la cama. —¿Y esto?

—Para verle cuando quiera, no tengo foto.

Palideció. —¿Y quieres una foto?

—Sí, para enseñársela a todo el mundo. Tengo papi como todos los demás.

Forzó una sonrisa. —¿Te gustaría verle?

—¡Sí! ¿Puedo mami?

Esa pregunta le rompió el corazón y asintió. —Claro que sí. ¿Quieres verle este fin de semana?

—¡Sí! —La abrazó por el cuello y Erica la pegó a ella. —¿Me querrá, mami?

—Claro que sí. —Se apartó para mirarla a la cara. —¿Por qué piensas que no?

—Como no ha venido hasta ahora...

Siempre le había dicho que su papá no sabía dónde estaban porque habían perdido el contacto antes de saber que Molly iba a nacer. Para ella tenía que ser muy chocante que apareciera de repente cuando se suponía que ni sabía que había nacido. —¿Por qué no ha venido hasta ahora, mami?

—Bueno, consiguió localizarme y le dije a qué cole ibas. ¿A que te dio una sorpresa?

—Sí —dijo ilusionada—. ¿Podré montar a caballo? Porfi, ¿podré?

—Claro que sí, y serás la mejor ranchera de la zona y tu papá estará muy orgulloso de ti. Ahora mismo le voy a llamar para que venga a buscarte en el fin de semana y conocerás a la abuela y a tu tío...

Molly frunció el ceño. —¿Vendrá a buscarme? No mami, que venga aquí. Puede dormir contigo, la cama es muy grande.

Sí, lo que le faltaba. —¿No quieres conocer a tu abuela? —Por la cara que ponía en ese momento la abuela le daba lo mismo. Era evidente que no quería separarse de ella porque estaba algo asustada con la situación. —Además los caballos están allí.

—No, que venga aquí. Iremos a comer un helado. —Se tumbó dando por terminada la conversación. —Hasta mañana, mami.

—Hasta mañana, cielo. —La besó en la sien y salió de la habitación cerrando la puerta. Fue hasta su ordenador y gruñó por lo que tenía que hacer. Cogió el móvil de mala gana y fue hasta la ventana poniéndoselo al oído. Él descolgó de inmediato. —Espero que este viernes no tengas nada que hacer porque tienes que venir a San Antonio. La niña no tiene colegio por el centenario del centro, así que podrás verla.

—Joder, nena, gracias.

—No me des las gracias, ha sido la niña quien insiste en conocerte. Pero como le hagas daño ya puedes huir del país, ¿me has entendido? —dijo entre dientes—. Acabaré contigo y con toda tu puñetera familia.

—Nena, no amenaces.

Gruñó antes de mirar hacia la puerta de su hija. —Aquí el viernes a las diez de la mañana. No llegues tarde. —Colgó sin esperar respuesta y bufó dejando el móvil sobre la mesa. —Lo que te faltaba, ahora le verás a menudo, genial para alimentar tus puñeteros recuerdos.

Capítulo 9

El viernes por la mañana Erica estaba más nerviosa que la niña. Le puso unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de Dora la exploradora. Estaba calzándole unas zapatillas de deporte cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Es papá! —La niña corrió descalza fuera de su habitación y abrió la puerta principal, aunque le había dicho mil veces que nunca lo hiciera.

Carl estaba allí con varias bolsas y se agachó sonriendo. —Hola, princesa.

—Hola, papi. —Con naturalidad le abrazó del cuello y le besó en la mejilla. A Erica se le encogió el corazón cuando vio como él cerraba los ojos como si fuera el mejor regalo del mundo. —¿Me has traído caramelos?

Él sonrió incorporándose. —Te he traído otra cosa aún mejor.

—¿Mejor? —Dio palmas encantada mientras él entraba en la casa. —¿Qué es mejor?

—Antes deja que salude a tu madre. —La miró a los ojos. —Hola, nena.

—Molly tienes que calzarte —dijo molesta porque la llamara así.

—Jo, mami, que me ha traído un regalo.

—De hecho, os he traído regalos a las dos. —Dejó las bolsas sobre el sofá como si nada y sacó una caja envuelta en papel de regalo para la niña. Tensa vio como sacaba otro paquete y se lo tendía a ella. —Espero que te guste.

—A mí no tienes que traerme nada, no soy tu hija, devuélvelo.

—Es tu regalo de cumpleaños. Te lo debía.

Se le cortó el aliento porque lo hubiera conservado todo ese tiempo. Sin poder creérselo cogió el paquete y la niña chilló porque ya había rasgado el papel y vio que era la muñeca que quería. —Me han dicho que es la muñeca que quieren todas las niñas, no sé si ya la tienes.

—No, bueno ahora sí. —Rio intentando abrir el paquete. —Mami...

—Espera, que romperás toda la caja. —Se acercó y se agachó a su lado para abrirla. En cuanto la sacó su hija la abrazó con fuerza. —¿Qué se dice?

—Gracias, papi.

Carl sonrió. —De nada, cielo. Ahora hay que calzarse, nos espera un duro día de zoológico.

—¡Bien!

La niña corrió hacia la habitación y ellos se miraron a los ojos. —¿No abres el tuyo?

—Lo abriré después —dijo incómoda yendo hacia la habitación de la niña. Molly estaba intentando calzarse sola y no lo estaba haciendo nada mal, aunque los cordones se le resistían—. Espera, que te ayudo.

—Mami, tengo que aprender yo.

—Cierto. —Esperó a que cogiera las dos orejitas del conejo y las cruzó. —Muy bien, cielo. —Se agachó para asegurárselas.

—¿Has visto, papi? Ya me visto sola.

—Muy bien, y en nada de tiempo serás una gran ranchera.

—Claro. —Se puso de pie con muñeca y todo. —Vamos, vamos...

Se volvió hacia Carl. —Aquí a las cinco.

Molly se detuvo en seco. —Mami, ¿no vienes? —Era evidente que eso no le gustaba nada. —Tienes que venir.

—Tengo que trabajar, cielo.

—Jo, hoy no.

—Es viernes, ya sabes lo que ocurre los viernes.

—¿Qué ocurre los viernes? —preguntó Carl intrigado.

—Trabajo, trabajo... —dijo la niña como si él no hubiera preguntado nada—. ¡Quiero ir al zoo!

—E irás con tu padre —dijo con firmeza—. Así que pásatelo bien. ¿O prefieres quedarte castigada por caprichosa?

La niña entrecerró los ojos como si lo estuviera pensando. — ¿Si me quedo me quitas la muñeca?

—Por supuesto, señorita.

—Jo, mamá, tú siempre ganas. ¡Y no es justo!

Carl sonrió y Erica le advirtió con la mirada haciendo que perdiera la sonrisa de golpe, entonces carraspeó antes de decir — ¿No puedes venir al zoo?

—No, no puedo porque Ilsa ya me ha cubierto mucho, es hora de que descanse. Iré a comprobar que todo esté en orden en el bar para la apertura a las seis, así que aquí a las cinco porque solo tendré esa hora libre.

—¿Y a qué hora cierras?

—A las tres —respondió con desconfianza.

—¿Y quién cuida a la niña?

—Su niñera de toda la vida. Alguien que la conoce mucho mejor que tú ¿algún problema?

—No, claro que no, solo era una pregunta.

—Mamá está enfadada.

—Sí, hija, pero se le pasará.

Padre e hija se cogieron de la mano y fueron hasta la puerta. —¿Algo que deba saber?

—Que no le dé de comer a ningún animal, hablo en serio. Como mi hija vuelva sin un dedo porque no me hayas hecho caso, arderá Troya.

—No hay problema.

—Y que no se moje, se resfría enseguida. —Cogió su cazadora vaquera.

—Nena, ahí fuera estamos a treinta grados.

—Por la tarde refresca —dijo entre dientes.

Él gruñó cogiendo la cazadora. —¿Come de todo?

—¡No! —dijo su hija con cara de asco—. No me gustan las salchichas.

Fueron hacia la puerta. —Eso es porque no has probado las de la abuela.

—¿Son especiales?

—Y tanto que son especiales. Están hechas con la carne de nuestros cerdos.

La niña se detuvo en seco. —¿Qué?

Erica gimió por dentro y él la miró sin comprender, pero la niña dijo —¿Las salchichas salen de los cerditos?

—Sí —dijo él—. Y son las mejores de todo Texas.

—¿Pero les salen como los bebés?

—Claro que sí —dijo Erica a toda prisa.

—¿Nos comemos los bebés de los cerditos?

—No, no son bebés —dijo Carl—. Matamos al cerdo para sacarle la carne.

Molly le miró con los ojos como platos antes de mirar a su madre y de repente se puso a llorar como una descosida. La cogió en brazos. —Mami, nos comemos a los cerditos.

—Ya, ya...

—¿Pero qué pasa? —preguntó Carl sin entender nada.

—Hay muchas cosas que aún no entiende y hay que explicárselo todo con delicadeza. ¿No querrás que la niña tenga un trauma o algo así y nos salga vegetariana? —Acarició la espalda de su hija. —No pasa nada, cielo. ¿De qué crees que vive tu padre?

—¿De matar cerditos?

—Y reses, cielo —dijo él—. Las mejores del condado. Y si quieres ser ranchera harás lo mismo porque esa carne alimenta a muchos niños. La carne es importante para crecer, ¿sabes?

—Mira papá lo grande que es.

La niña le miró y sorbió por la nariz. —¿Es importante?

—Claro que sí. Además, mi rancho da trabajo a veinte familias.

Molly entrecerró los ojos. —Pero los cerditos...

Carl la cogió de sus brazos y la sentó en el sofá sentándose él al lado. —Escúchame bien, esos cerditos no nacerían si no fuera para la cría, ¿entiendes? Tienen un propósito.

—Carl, no sé si vas por buen camino.

—Es mejor decirle la verdad desde el principio.

—¿Haces que nazcan para matarlos?

—Ese es el trabajo de cualquier ganadero, dar de comer a cientos de personas.

La niña separó los labios intentando comprender. —Si no fueran para vender...

—No los tendría. Nadie los tendría y no habría que comer. Los supermercados estarían vacíos.

—Mamá no podría comprar.

—No, nadie podría y nadie comería carne. Y lo mismo pasaría con los agricultores, nadie trabaja para nada, hija. Todo el mundo espera ganar dinero con su trabajo.

—Ah... ¿Y por qué no te dedicas a otra cosa?

La cara que puso fue tan cómica que Erica no pudo evitarlo, se echó a reír a carcajadas. Carl la miró. —¿No lo ha entendido?

—Sí que lo ha entendido —dijo entre risas—. Pero no quiere entenderlo, que es distinto.

—Hija, no me vengas con tonterías de no comer carne, que a tu abuela le da algo. Hace el mejor pavo en Navidad de todo el contorno.

—Y hay que hacerle caso a la abuela —dijo Erica con ironía.

—Me gusta el pavo —dijo la niña queriendo contentarle.

—Perfecto, pues ahora vamos al zoo. —Pasaron ante Erica y susurró —Pues no, no hay que hacerle caso en todo.

—Ja, ja.

—Papi, ¿me compras una cebra?

—Conténtate con un pony.

—La cebra es más chula —dijo ella saliendo por la puerta.

Él la miró. —Espero que te guste.

Erica no respondió y él asintiendo cerró la puerta. A toda prisa cogió el regalo y rasgó el papel, pero la caja era de cartón normal y no indicaba nada. La abrió rompiéndose una uña en las prisas y al ver el interior le dio un vuelco al corazón. Sacó la delicada bola de Navidad de cristal que en su interior tenía una escena de una pareja esquiando. El cristal era tan fino que había sido un milagro que no se hubiera roto. Cogió el cordoncito que había en la parte superior sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas recordando aquella conversación una noche años antes.

—¿Cómo no vas a celebrar la Navidad? —preguntó él tumbado a su lado después de hacer el amor.

Ella se encogió de hombros. —No sé, nunca la he celebrado.

—¿Nunca poneis árbol ni os dais regalos?

—¿Mi padre darme un regalo? —preguntó divertida levantándose de la cama—. No debe ni saber lo que es eso. — Cuando salió del baño vio que él tenía el ceño fruncido. —¿Qué?

—Todos los niños deberían tener un regalo en esas fiestas.

Se arrodilló a su lado. —¿Incluso los budistas?

—Muy graciosa. —Cogió su mano enrojecida de trabajar en el bar y apretó los labios. —Quedan dos semanas para Navidad.

Y para su cumpleaños, pero eso no pensaba decirlo. —Espero que lo pases muy bien con tu familia —dijo deseando que él dijera algo, porque si no lo hacía pasaría de nuevo las navidades sola, ya que Ilsa como siempre se iría a Houston para pasarlas con la hermana de su madre.

Él la miró a los ojos y no dijo palabra simplemente tiró de su mano para que se tumbara sobre su pecho. Recordó su risa, pero en su interior lloraba porque él no la había invitado a pasar las fiestas a su lado. Ahí se dio cuenta de que nunca estarían juntos de veras. Mirando aquella bola de Navidad una lágrima cayó por su mejilla y con rabia la tiró contra la pared haciéndola añicos. Viendo los cristales en el suelo se arrepintió, pero como muchas de las cosas que habían pasado desde que había puesto sus ojos en Carl, ya era tarde para arrepentirse.

Estuvo todo el día inquieta pendiente del móvil y aunque tenía mil cosas que hacer que pudieran entretenerla, no dejaba de pensar en cómo estaría Molly. A las cuatro y media ya estaba en casa esperándoles impaciente. Nerviosa caminó de un lado a otro. —¿Dónde estarán? —Su teléfono sonó y al ver que era Ilsa descolgó de inmediato. —No, no han llegado.

—A ver si te la han secuestrado, que estos están muy locos.

—Eso, tú anímame. —Se acercó a la ventana y apartó la cortina. Al ver que bajaban de la camioneta de Carl suspiró del alivio, pero entonces se dio cuenta de que había una mujer dentro del coche. Parpadeó. —Ya han llegado.

Su amiga suspiró del alivio. —Menos mal.

—No, menos mal no, que ese se ha llevado a mi hija con una tiparraca que no tengo ni idea de quién es.

—¿Cómo has dicho?

—¡Una tía está dentro del coche! —Se volvió rabiosa. —No me lo puedo creer.

—¿Tiene novia?

—¿Y yo que sé? ¿Te recuerdo que tengo amnesia?

—Qué inoportuna eres.

—Vaya, muchas gracias.

—¿Llamo a alguien del pueblo y le pregunto?

—Ni de coña. —Escuchó algo y se detuvo. —Espera, que ya están aquí.

—Si averiguas algo me lo dices.

—Sí, para que me pongas verde por retrasada mental.

—Ya que lo dices tú...

—Sí, papi. —escuchó que decía su hija al otro lado de la puerta.

Pulsaron el timbre y Erica siseó —Te llamo luego.

—Eso, eso, que me tienes en ascuas.

Fue hasta la puerta y abrió de golpe sonriendo de oreja a oreja, pero perdió la sonrisa al ver que su hija tenía las piernas raspadas desde la rodilla hasta el empeine. Al ver la sangre que había manchado las zapatillas chilló llevándose la mano al pecho. Le entraron los siete males y levantó la vista lentamente para mirar a ese hijo de su madre que carraspeó incómodo. —En el zoo había ponis.

—¿No me digas? —dijo con ganas de pegarle cuatro gritos.

—Ella corrió hacia uno y la zona estaba húmeda, se resbaló e hizo aquaplaning.

—¿Y frenó con las rodillas?

—Algo así.

—¿Y qué estabas haciendo tú mientras mi hija se despellejaba viva?

—Nena, se te está poniendo una cara que asusta un poco. Cielo, dile a mamá que estás bien.

—Lloré mucho, mami.

—No me extraña —dijo entre dientes cogiendo a su hija en brazos—. Ven que te cure.

—No, si ya la han curado, para evitar infecciones y eso, con tanto animal.

Le miró como si quisiera sacarle los ojos. —Sí, hay mucho animal suelto.

Carl carraspeó. —Hasta el fin de semana que viene, cielo. Que me parece que no voy a poder verte antes porque a tu madre no se le va a pasar el cabreo.

—Un momento —dijo ella suavemente—. Espera aquí mientras dejo a la niña viendo unos dibujos, que tú y yo tenemos que hablar.

Él gruñó por lo bajo y Erica le fulminó con la mirada. —¿Algo que decir?

—No, no, aquí te espero.

—Adiós, papi —dijo la niña agotada.

—Adiós, nenita.

La sentó en el sofá en menos que cantaba un gallo, le puso la televisión y fue hacia él como si fuera a la batalla. —Sal conmigo que tengo alguna preguntita que hacerte.

—Mierda —dijo él por lo bajo saliendo al hall. Erica salió tras Carl y entornaron la puerta—. Nena, sé que estás cabreada, pero fue un despiste, es muy rápida.

—¿Quién es esa que está en el coche? ¿La que te distrae mientras tienes que atender a tu hija?

—Ah, que ahora es mi hija, menos mal que hemos avanzado algo.

Le señaló con el dedo. —Oye, conmigo no te hagas el gracioso que estoy a esto de impedirte ver a la niña de nuevo.

Él apretó los labios. —Ha sido un despiste.

—Pues con ella no puedes despistarte, ¿me oyes?

—Ya me he dado cuenta, me ha pegado un susto de la hostia, joder.

—¡Pues la próxima vez deja a tu novia en casa y encárgate de tu hija exclusivamente!

—¡No es mi novia!

Intentó ignorar la alegría que la recorrió, pero se dijo no te creas ni una palabra. —¿Entonces quién es?

—Pues...

—Tengo derecho a saber con quién está mi hija, ¿quién es? No te lo pregunto más.

—Es una mujer que conocimos en el zoo.

Parpadeó. —¿Cómo has dicho? ¿Ligas estando con mi hija?

—No es un ligue, joder, estábamos en el aparcamiento y se le había estropeado el coche. Me ofrecí a llevarla.

—¿Pero tú eres tonto? —Entró corriendo en casa y miró por la ventana. Adiós ranchera. —¿Cómo puedes ser tan pardillo?

Asombrado miraba por la ventana. —No me jodas.

—¡Controla esa boca delante de la niña!

—¡Me han robado la camioneta!

—Merecido lo tienes por meter a una desconocida en el coche con mi hija —dijo sintiendo una satisfacción enorme.

Él entrecerró los ojos. —Nena, ¿estás celosa?

—¿Yo? ¿Has bebido? —preguntó aparentando estar muy indignada.

—No, pero te aseguro que ahora mismo alguna copa va a caer. —Miró de nuevo por la ventana y juró por lo bajo. —Tengo que ir a poner una denuncia.

—Pues buena suerte un viernes por la noche, vas a estar horas para que te atiendan.

—¿Se puede? —dijo la niñera que acababa de llegar.

—Hola Gretel, ¿puedes llevarla a la cama?

Al ver a Molly dormida en el sofá sonrió. —Creo que no voy a tener mucho trabajo.

—Nena, tendré que quedarme a dormir.

—Hay muchos hoteles.

—¿En serio me vas a hacer eso?

—¿Pero tú de qué vas? Arreando para un hotel, leche. —Le empujó por el hombro para que caminara hasta la puerta. —Venga, que tengo que ir a trabajar.

—Yo lo haría por ti.

—Pues será ahora, porque antes no me dabas ni la hora. —Le cerró la puerta en las narices y miró a Gretel sonriendo. —Le acaban de robar la camioneta.

—¿Y eso es bueno?

—Yo me siento genial.

Capítulo 10

Dio un par de cervezas al tipo que tenía delante y se acercó al siguiente. —¿Qué te pongo?

—Me pones a mil.

—No tienes ni idea de cuantas veces he oído eso —dijo con aburrimiento—. Venga, que tengo mucha gente esperando. ¿Qué quieres?

—Dos whiskies con cola, preciosa.

Miró de reojo a Lisa que servía dos chupitos y vio cómo se metía el dinero en el bolsillo trasero de su provocativo pantalón corto. Lo que le faltaba. Sirvió lo que le habían pedido. —Veinte pavos.

—Joder, qué precios para lo poco que has echado.

—Este es un sitio con clase. —Cogió el dinero que tiró sobre la barra y levantó una ceja porque se lo había dado justo. —Gracias generoso.

Se volvió para meter el dinero en la caja y vio que Carl estaba al final de la barra mirándola fijamente. Puso los ojos en blanco y se acercó a él pasando de todos los que le gritaban pidiéndole algo —¿Qué haces aquí?

—Acabo de salir de la comisaría. Malas noticias, no saben dónde está.

—Pues es una pena, ahora largo.

—Sírreme una copa, nena. Te aseguro que la necesito.

—Yo ya no emborracho a ninguno de los Driscoll, fuera.

Para su sorpresa él sonrió y apoyó los codos en la barra acercando su cuerpo. —Es preciosa, nena. Lista, cabezota y preciosa.

Sonrió sin poder evitarlo. —Sí que lo es, es todo eso y mucho más.

—Mucho más que estoy deseando conocer.

—Eh, tú, ¿me sirves o no?

Ella tomó aire antes de girar la cabeza hacia aquel tipo. —¿No ves que estoy hablando?

—Me importa una mierda, yo solo quiero mi cerveza.

—¡Pues tómatela en otro sitio! ¡En este local se tienen modales! ¡Largo!

—¿Pero tú de qué coño vas? ¡Qué salga el dueño!

—¡La dueña soy yo! —Le hizo un gesto a Ramón, que se acercó de inmediato. Cuando se puso al lado de aquel enano, el tipo forzó una sonrisa. —Sácalo de aquí.

—Enseguida jefa. —Lo cogió como si fuera un muñeco y se lo llevó hacia la salida.

Carl sonrió. —Veo que no has cambiado nada.

—Te aseguro que sí. —Abrió la nevera y le puso una cerveza delante. —Después te largas.

Se volvió y escuchó. —¿Me das las llaves?

Parpadeó volviéndose. —¿Pero tú estás sordo?

—Nena, tenía la cartera dentro del coche.

Separó los labios de la impresión. —Me estás metiendo una trola.

—Te aseguro que no, he llegado hasta aquí con los veinte pavos que tenía en el bolsillo.

Gruñó y metió la mano en el bolsillo del pantalón sacando cien dólares. —¡A un hotel!

—Puede abrirme Gretel.

—Y te puede sacar la policía, ¿o te tengo que recordar la orden de alejamiento? ¿Qué decides?

—Un hotel, un hotel.

—Eso pensaba.

Él sonrió con esa sonrisa de medio lado que la volvía loca y bebió de su cerveza mientras Erica intentaba recuperarse de la impresión. Mejor seguir trabajando.

Veinte minutos después la barra estaba más tranquila, así que decidió darse un descanso porque le mataban los pies. Se acercó a la camarera y le dijo —Vuelvo en diez minutos.

—¡Vale!

Sonrió para sí saliendo de la barra por lo encantada que parecía, esa se iba a enterar. Entró en el almacén y pasó detrás de unas cajas hasta la puerta de su despacho. Encendió la luz y se sentó en la silla de su escritorio para quitarse las botas.

—¿Te duelen los pies?

Miró sorprendida hacia la puerta. —¿Te he invitado a entrar?

—Antes no necesitaba invitación.

—Eso era antes. —Tiró la bota al suelo. —Hace siglos. ¿Me dejas unos minutos?

—¿Sabes que la camarera pelirroja te roba?

—Claro que sí, pero no podía echarla con toda la gente que hay ahí. Cuando cerremos, haré que se despelote para sacarle la pasta. —Juró por lo bajo dejando caer la otra bota. —Ilsa no se fija en esas cosas, seguro que en este mes me ha robado una fortuna.

—¿Y la dejas sola?

—Para que se confíe. Cuando se confían son más descuidados, seguro que no sacará el dinero del bolsillo hasta después del cierre porque cree que no me entero de nada. —Apoyó los codos sobre la mesa y se pasó las manos por la cara.

—Estás agotada.

—Han sido días sin trabajar y se nota. Pero volveré a coger el ritmo.

—¿Durante cuánto tiempo, nena?

Apartó las manos para mirarle a los ojos. —No te entiendo, espero que para siempre.

Él apretó los labios y dio un paso hacia ella sentándose en la silla de enfrente. —Te deseo.

Se quedó de piedra y no solo por el cambio de tema. —¿Qué has dicho?

—Joder, me sigues volviendo loco y me muero por acostarme contigo.

Se puso como un tomate. —Pues...

—Y tú me deseas a mí, joder. Si nos casamos...

—Eh, eh... que me parece que esa cerveza te ha sentado fatal.

—¿Recuerdas cómo era, nena? —dijo comiéndosela con la mirada—. ¿Recuerdas lo que sentías cuando estábamos juntos?

—Es hora de que te vayas.

—Sueño contigo, joder, desde hace años!

A Erica se le cortó el aliento. —Lo que hiciste...

—¡Fui un cabrón de la peor clase, pero eso no impide que te siga deseando como la primera vez que te toqué!

—¡Mira, me estás poniendo muy nerviosa! Si te llamé fue por la niña y tú estabas de acuerdo en que esto no iba a prosperar.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—Pues en el video. Dijiste algo así como que lo que había pasado, ahora daba igual, que lo importante era la niña. —Al ver su cara de incredulidad exclamó —¡Bueno, he hecho un resumen, pero dijiste algo así!

Él rio por lo bajo. —Nena, hubiera dicho cualquier cosa por acercarme a vosotras. Pero ya que hablas del video, ¿recuerdas cuando te dije que sentí que eras mi otra mitad?

No salía de su asombro. —Uy, uy, que voy a tener que llamar a la policía.

—Quiero hacerte el amor, ¿les vas a decir eso?

Le estaban entrando unos calores que no eran normales.

—¿Cuánto llevas sin un hombre, preciosa?

—¿Cuánto llevas tú sin una mujer?

—Te aseguro que las pocas que tuve después no me hicieron vibrar como tú. —Se levantó y rodeó el escritorio mientras ella le miraba con los ojos como platos.

—Carl, que lo vas a estropear todo —consiguió decir mientras su corazón iba a mil.

Se agachó apoyando las manos en los reposabrazos y tiró de su silla hacia él. —Yo creo que lo voy a arreglar. —Acercó sus labios lentamente. —Haré lo que sea por arreglarlo, nena, te juro que sí. —Acarició su labio superior con una suavidad que le hirvió la sangre. —Como si me va la vida en ello. —Atrapó su boca con tal pasión que Erica solo pudo separar sus labios para que entrara y saborearle con las mismas ganas que él. Le había echado tanto de menos, que rodeó su cuello con los brazos y Carl tiró de ella cogiéndola por la cintura para volverla y sentarla sobre el escritorio. Todo en su ser se encendió de manera abrasadora y la invadió la impaciencia llevando las manos a su pantalón. Carl apartó sus labios y la ayudó a abrirse los pantalones. —Preciosa, date la vuelta.

Con agilidad se bajó del escritorio tirando parte de lo que había en él y se abrió los pantalones volviéndose desesperada por tenerle en su interior. Apoyó las manos sobre la superficie del escritorio y gimió de anticipación.

Él acarició sus glúteos con pasión haciéndola gemir de gusto. —Joder, esto va a ser rápido, pero te juro que te compensaré.

—¡Hazlo de una vez!

Sentir su miembro entre sus piernas la hizo gemir de placer inclinando su cabeza hacia atrás y cuando entró lo hizo con una contundencia que casi la hizo llegar al éxtasis. Se deslizó en ella y

fue maravilloso, pero Erica necesitaba llegar y llevó su mano hacia atrás para agarrar su cuello. Miró hacia él y Carl la besó con ansias justo antes de llenarla de nuevo. Gritó en su boca y sintiendo que ya no podía más se apoyó de nuevo en el escritorio inclinándose hacia adelante para que la llenara del todo. Cuando entró en su ser de nuevo rozó el paraíso. —¿Te vas a correr, preciosa? Córrete conmigo. —Su embestida fue tal que todo su ser estalló en un orgasmo increíble que la dejó sin aliento, sin fuerzas y casi sin sentido. Medio tumbada sobre el escritorio él acarició su espalda y cuando Carl sintió que se recuperaba dijo —Te he echado de menos, mi amor.

Esas palabras la espabilaron de una manera que se tensó con fuerza y sintió rabia por no haber tenido la fuerza de voluntad necesaria para rechazarle. Que ahora la llamara mi amor cuando nunca lo había sido, la enfureció como nunca antes en su vida. Se apartó a toda prisa y se subió los pantalones mientras él apretaba los labios. —Nena...

—¡Cállate!

Carl se subió los pantalones. —Sé que no me crees, pero...

—¡No, no te creo! Me has follado a ver si la imbécil de Erica es lo bastante estúpida como para olvidar la orden de alejamiento y así quedarte con la niña. —Se puso una de las botas. —Pero no me la vas a quitar.

—No haría eso jamás.

—¿No? De ti me lo espero todo. —Le señaló con la otra bota. —Aléjate de mí, verás a la niña si te portas bien y sino esto se acabó, ¿me has entendido? —gritó muy alterada.

Carl asintió porque jamás la había visto así. —Entendido.

Se puso la bota y fue hasta la puerta. —¡Ahora lárgate de mi bar, joder!

Cuando cerró de un portazo Carl suspiró sentándose en su sillón. Miró al suelo durante unos minutos y negó con la cabeza porque no solo estaba enfadada, la había asustado y por haberse precipitado ella se había alejado más. Escuchó gritos en el bar y

frunció el ceño. Cuando los gritos aumentaron se levantó de golpe y salió corriendo. Al llegar al bar aquello era una batalla campal, pero él solo buscaba a Erica que estaba tras la barra pegándose con la camarera. Carl sonrió. —Esa es mi chica. —Se acercó apartando a empujones a unos cuantos y cuando llegó a la barra le gritó —Nena, ¿te estás desahogando?

Le pegó un puñetazo a Lisa que la tiró al suelo. Furiosa se agachó para sacarle el dinero de los bolsillos mientras gritaba —¡A mí no me roba nadie! —Le arreó otro puñetazo que la dejó inconsciente y gruñendo se incorporó para ver el desastre que le estaban haciendo en el bar. Bueno, tampoco era para tanto. Cogió el bate y se subió a la barra con agilidad antes de tocar la campana. Todos se detuvieron para mirarla. —¡El que quiera bronca que venga aquí! —gritó amenazante.

—Nena... —dijo Carl poniéndose en guardia—. Aquí hay gente que te saca medio metro.

Un gorila empujó a uno hasta tirarle al suelo. —¿Quieres bronca tú?

—Vaya, el chulito de turno. Acércate... —El tipo caminó hacia ella mientras varios se alejaban para dejarle espacio. Erica sonrió. —Si tumbas a este, te doy mil pavos.

Carl se enderezó. —¿Qué has dicho?

Sonrió maliciosa. —Por mil pavos le va a poner ganas. Además, la gente quiere ver pelea de la buena, ¿a que sí?

Todos gritaron con ganas de sangre. Ella le miró levantando una ceja. —¿Te vas a echar atrás? ¿No has dicho que harías lo que fuera por arreglarlo?

Entrecerró los ojos y asintió.

—¿Entonces a qué esperas?

Carl suspiró volviéndose hacia aquel tipo y le dijo —¿Tienes seguro médico?

Rio. —No lo voy a necesitar.

Le dio un puñetazo a Carl que le tiró sobre la barra haciéndola gritar porque no se lo esperaba. —¿Pero qué haces, idiota? ¡Has dejado que te pegue!

—Nena, estoy desentrenado.

—¡Pues ponte las pilas, que te machaca!

Carl dio un paso hacia ese tipo mostrando sus puños. —¿Vas al gimnasio?

—Cuatro horas al día. ¿Duele?

—Más te va a doler lo que te haga yo, te lo aseguro. —Le dio una patada entre las piernas que le dobló haciéndole caer de rodillas y entonces Carl le pegó dos puñetazos que le tiraron hacia atrás. La gente se puso como loca al ver que le había noqueado. —Sacadle de aquí —dijo con desprecio antes de volverse. Ella estaba sentada en la barra como si estuviera dispuesta a bajar a ayudarle, lo que le hizo sonreír.

Erica sonrió sin poder evitarlo. —Muy bien, vaquero.

—¿Mis mil pavos?

—Para ti no hay nada.

Él se acercó y la abrazó por la cintura. —¿Pero he pasado la prueba?

—Con nota.

La besó en los labios y apoyó su frente en la suya. —Nena, te juro que esto va en serio.

Erica cerró los ojos abrazándole. —No puedo más.

Carl la pegó a él sintiendo su dolor. —Lo sé —susurró a su oído—. Y te juro que no te defraudaré. —Se apartó para mirar sus ojos llenos de lágrimas. —Nunca más, preciosa. Esto va en serio. Tan en serio... —Se apartó y arrodilló una pierna ante ella mostrando en su mano ensangrentada una caja de terciopelo negro. Sin aliento Erica no podía dejar de mirarla. —Nena, ya va siendo hora de que seamos felices, ¿no crees? Ya hemos sufrido bastante, después de todo lo ocurrido me he dado cuenta de que ganarme tu amor es lo único que me importa en la vida, así que te pido, te ruego que te

cases conmigo y formemos la familia que debimos formar hace casi seis años. Erica Mary Holder, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Las lágrimas corrieron por sus mejillas mirando aquel maravilloso anillo sin decir palabra. Él nervioso carraspeó. —¿Nena? Aquí hay más de cien personas esperando tu respuesta.

Erica le miró a los ojos. —Antes del accidente de Christian hubiera dado cualquier cosa por ese anillo, ¿sabes?

Carl apretó los labios. —Lo sé.

—Ahora necesito tiempo.

Se escucharon murmullos de la decepción y una dijo —¡Me lo quedo yo, menudo pedrolo!

Erica negó con la cabeza. —No, no me casaré contigo.

Carl asintió. —Volveré a pedírtelo, ¿sabes?

—Quizás entonces haya más suerte. —Saltó de la barra y gritó —Bueno, ¿estáis aquí para beber o qué? ¡Tengo que hacerme rica antes de los cuarenta!

La música empezó a sonar de nuevo y varios se acercaron a la barra mientras Erica se ponía tras ella. Al primero que sirvió fue a Carl y le puso un chupito de whisky. Él le guiñó un ojo antes de bebérselo de un trago. Erica miró a Lisa que aún estaba sentada en el suelo limpiándose la sangre del labio. —Oye, ¿a qué esperas para largarte?

—Te voy a denunciar.

—Claro que sí, monina. —Se agachó a su lado. —Entonces yo enseñaré las imágenes que tengo de la cámara de encima de la caja y te enchironarán por robo. ¿Cuántos delitos tienes encima? ¿Quieres que llame a la policía?

La miró con odio y se levantó antes de largarse de allí furiosa. Ella le hizo un gesto al de seguridad que asintió antes de seguirla.

Erica fue hasta un cliente y después a otro, durante la siguiente media hora no tuvo tiempo ni a respirar. Estaba sirviendo un vodka cuando vio que una rubia muy mona se acercaba a Carl. Él sonrió, pero cuando esa descarada pasó su dedo por su pecho su

chico apartó su mano de inmediato haciendo que esa estúpida pusiera los morros como si hiciera pucheros. —¡Eh, tú! —Todos miraron hacia la rubia. —Es mío, ¿te enteras? ¡Así que vete con la música a otra parte si no quieres que tengamos dos palabritas en el callejón!

La gente rio mientras la rubia levantaba una ceja con descaro mirando a Carl. —Lo siento chica, pero como ha dicho soy todo suyo.

Erica se sonrojó de gusto y siguió trabajando mientras la tía se alejaba. Atendió a uno cerca de Carl que gritó para que la oyera —Nena, ahora no piensas cortarte, ¿no?

—Pues no.

—Todavía recuerdo la cara que pusiste cuando Stephanie intentó ligarme en el bar. Pero no dijiste ni pío.

Le fulminó con la mirada porque aquella noche él no la había rechazado tajante, sino que había estado hablando con ella una hora de reloj, lo que la cabreó muchísimo y cuando se quedó en su casa esa noche, dijo que le dolía la cabeza y que no le apetecía hacerlo. Él para su sorpresa sonrió y se quedó a dormir, fue la única vez que lo hizo. —¿En serio quieres sacar eso? ¿Lo discutimos? ¿Estás buscando que me cabree?

—No, nena, ni se me ocurriría. —Cogió la cerveza que tenía en su mano y le dio un sorbo.

—Es la última, Driscoll.

—Nena, no seas rígida, estoy celebrando tu rechazo.

Se sonrojó. —Muy gracioso.

Siguió trabajando, pero ese tema no dejaba de darle vueltas. —Sabías que estaba celosa, ¿no?

Él distraído la miró sin entender.

—Lo sabías. Lo de Stephanie, sabías que me molestaba y lo hiciste para cabrearme. —Separó los labios de la impresión. —Querías comprobar que estaba celosa. ¡Por eso te quedaste a dormir, para disfrutar de mi cabreo!

Él carraspeó. —Bueno, nena, no puedo negar que tus celos me sentaron muy bien.

—¡Si pasabas de mí!

—No tanto. Joder, ya te he explicado...

—¡Sí, lo de tu madre! —Se alejó con mala leche. Es que era alucinante, nunca hubiera tenido nada con ella por lo que pensara su familia y estaba encantado de que estuviera enamorada de él. Era un egoísta de primera.

Carl que sabía perfectamente lo que estaba pensando, juró por lo bajo y esperó a que se acercara a su parte de la barra, pero dolida intentaba evitarlo todo lo posible y si tenía que hacerlo no le daba la oportunidad de decir palabra. Frustrado esperó a que la gente se fuera, tres horas larguísimas en las que se dio cuenta de lo próspero que era ese negocio. Cuando cerró la puerta con llave después de despedir al personal, se volvió hacia él y su mirada decía que no estaba para bromas.

—Nena...

—¡No quiero hablar de esto, en realidad no quiero hablar de nada! —Fue hacia el almacén y Carl se quedó sin saber muy bien qué hacer. ¿La seguía? Valor, Carl, si puedes enfrentarte a un toro de setecientos kilos, puedes con esto. Fue hasta su despacho decidido y allí la tenía sentada tras su mesa contando un montón de dinero. —Hostia, ¿eso es de esta noche?

—Ajá... —dijo sin dejar de contar. Y lo hacía como una auténtica profesional, pasaba billetes a una velocidad vertiginosa—. Cuatro mil —dijo por lo bajo antes de dejar el fajo a un lado y coger otro.

—¡Ganas más que yo! —exclamó asombrado.

Le miró a la cara. —¿Y?

Él carraspeó incómodo. —No, nada.

Gruñó por lo bajo y dejó el fajo de billetes mirándole fijamente. —Ya sé por dónde vas, ¿sabes?

—¿De veras?

—Pretendes que Molly y yo nos mudemos a tu rancho y tengamos una vida allí. Pero nuestra vida está aquí.

—Nena...

—Estás a una hora de camino, puedes venir a dormir a casa todos los días.

—Sabes muy bien que hay que estar allí, el ganado puede necesitarte en cualquier momento. Ayer mismo parió una vaca y tuve que llamar al veterinario.

—Molly tiene aquí a sus amigos.

—Puede hacer amigos allí, es muy sociable no tendrá ningún problema. Lo que pasa es que tienes miedo a dejarlo todo y que yo te dé la patada de nuevo.

—No podría haberlo expresado mejor. No pienso renunciar a todo por lo que he luchado tanto. Me he pasado horas embarazada sirviendo copas para levantar esto, para hacerme un nombre en la ciudad, ni de coña voy a renunciar a ello porque tú ahora hayas decidido tener una familia.

Carl se sentó ante ella y asintió. —¿Qué me estás diciendo, nena? ¿Que nunca te casarás conmigo?

—No. Y seguramente nunca podré perdonarte. Y no hablo solo del comportamiento que tuviste después de que mi padre intentara matarme, sino por todo lo que pasó en el año anterior. —Incrédula preguntó —¿Querías que te amara y no pensabas darme ni una oportunidad? Eso solo demuestra lo egoísta que eres.

—Nena...

—¡Ahora pienso hablar yo! ¡Mi cumpleaños en Navidad, sabías que estaba sola! ¡Sabías que no buscaría compañía porque te amaba más que a mí misma, mientras tú dabas cenas con gente que no te importaba nada! ¡No te importaba hacerme daño!

—¡Eso no es cierto!

—Ni siquiera me diste mi regalo de cumpleaños, ¿por qué? ¿Por qué lo hiciste, Carl? Quiero la verdad.

Él apretó los labios y Erica sonrió con tristeza. —Yo te lo diré, ya que no tienes las agallas de reconocerlo, porque no querías que me hiciera ilusiones, por eso no te pusiste las botas que te regalé, ¿no es cierto? Cuando Christian estaba ingresado fuiste muy claro diciéndome que entre una camarera y tú nunca habría nada.

—Estaba cabreado.

—Ya, tú tienes todo el derecho a cabrearte durante años, pero yo no tengo ningún derecho.

—Tienes todo el derecho del mundo a estar cabreada conmigo, joder. A estar cabreada con todos, ¿pero no te das cuenta de que estamos perdiendo un tiempo precioso?

Los ojos de Erica se llenaron de lágrimas.

—Cuanto más tiempo pase, serán días o semanas que estaremos alejados, que no veremos crecer a nuestra hija, y que no tendremos más hijos. Nena, yo te quiero, puede que nunca te lo haya demostrado, pero es lo que siento.

—Tu amor no es suficiente.

Carl palideció al escuchar esas palabras. —Erica...

—Ya no. Antes hubiera dado mi vida por escucharte decir que querías estar a mi lado, que fuera tu esposa, pero ahora no me basta. He creado una vida aquí con muchísimo esfuerzo, me va muy bien y mi hija es muy feliz. No voy a dejarlo todo por ti ni por nadie. Puede que tenga miedo, no te lo niego, pero eso solo significa que no me fío de ti y esa no es una buena base para que ponga mi vida del revés. —Apoyó los codos sobre la mesa. —Por cierto... —Empujó el fajo de billetes hacia él. —He pensado mucho en eso y aunque tú y tu familia fuisteis los responsables de que tuviera que irme del pueblo, tienes razón, me prestaste el dinero. Ahí lo tienes, no quiero deberte nada.

Él miró el dinero durante varios segundos y entonces se le cortó el aliento mirándola a los ojos. —Lo recuerdas, recuerdas el fin de semana de la boda, nuestra conversación en la gasolinera...

—También recuerdo todo lo demás. Cuando estaba abriendo el bar esta tarde vi una silla en el suelo. Alguno de los proveedores la tiraría y fui a cogerla como aquella noche en la que sucedió todo, de repente los recuerdos estaban ahí. Y recuerdo muy bien tus insultos. Para ser alguien tan enamorado, fuiste muy claro en aquel momento.

—¡Joder, no sabía que le habías ayudado!

—¿Y? ¿Y si hubiera reaccionado de otra manera y hubiera huido, la culpa también sería mía? —preguntó levantando la voz—. ¡Pues no tenía la culpa! ¡No tenía la culpa de que los dos estuvieran borrachos, de que mi padre tomara esa decisión ni de que Christian no pudiera ni moverse! ¡No, la culpa no fue mía y estoy harta de que te excuses en eso para justificar tu comportamiento! ¡Vamos, di la verdad! ¿Crees que no sé que tu madre te metía por los ojos a Christine Matthews?

—Nena, estás desvariando, inunca estuve con ella!

—¿No? ¿Con quién estabas cenando la noche del accidente? ¡Por qué no fuiste esa noche al bar! ¡A lo mejor si hubieras estado, Christian no habría sufrido ningún daño! ¿No lo has pensado?

—Joder, lo he pensado mil veces.

—¿Con quién estabas cenando esa noche, Carl?

Él apretó los labios. —Cené en casa.

Una lágrima recorrió su mejilla. —¿Con quién?

—Mi madre organizó una cena con Christine y su padre.

Asintió dolida. —Y te daba igual lo que yo pensara de eso, ¿verdad?

—Nena, lo siento, joder.

—Dijiste en el video que sabías cómo me sentía, no podías dejar de verme y me necesitabas, ¿hasta dónde estabas dispuesto a llegar?

Él apretó los labios. —Si te preguntas si pensaba dejarte por Christine, la respuesta es no. Ni por ella ni por nadie, no estaba en mis planes dejar de verte.

Sin aliento apoyó la espalda en su sillón. —Dios mío, ibas a tenerme así todo el tiempo que pudieras. —Entonces lo entendió. —Lo que te jodió fue que Ed fuera a decirte que yo te estaba tomando el pelo, ¿no es cierto? ¡Sabías que estaba enamorada de ti y aun así creíste lo que te dijo ese cerdo! ¡Tú podías hacer lo que te viniera en gana, pero si a mí se me ocurría mirar a otro hombre la cosa cambiaba! ¡Me considerabas tuya y que te hubiera puesto los cuernos era intolerable!

—No puedo negar que ese tema me cabreó.

—Y por eso no me cogiste el teléfono cuando te llamaba.

—¿Crees que no sé que lo que ocurrió fue culpa mía? ¡Lo sé muy bien desde que vi ese video que grabó Christian, joder! ¡E intentó arreglarlo!

Sonrió con tristeza. —Esto ya no tiene arreglo.

—No digas eso —dijo desesperado.

—Es la verdad. Todo lo que sucedió provocó que yo creara una nueva vida y no la voy a cambiar por ti. Ahora te sientes culpable, ha aparecido Molly en tu vida y estás desesperado por arreglar las cosas, pero tienes que dejarlo porque ya no hay vuelta atrás.

—Me quieres todavía, sé que me quieres.

Sollozó. —No, cielo, nunca volveré a quererte así.

Carl dio un paso atrás como si le hubiera golpeado.

—Desde que era una cría soñaba con que el hombre que estuviera conmigo no se pareciera en nada a mi padre. —Rio sin ganas. —Y me enamoré de ti, que me demostraste que eras exactamente como él. Un egoísta que solo me utilizaba. Puede que ahora quieras cambiar las cosas, pero no puedes hacer que olvide los golpes que me ha dado la vida por tus decisiones, así que déjalo estar de una vez. —Empujó el dinero de nuevo. —Cógelo y vete a casa.

—Pienso demostrarte que puedo ofrecerte el amor que siempre has querido.

Negó con la cabeza. —Olvídalo.

—Eso es lo que tenemos que hacer, olvidar el pasado y empezar de nuevo. —Apoyó las manos sobre la mesa acercando su rostro al suyo. —Eres mucho más de lo que merezco, pero pienso luchar por ti y por tener una vida juntos, nena. Así que vete haciéndote a la idea de que me vas a ver mucho por aquí. —Él miró sus labios y Erica se enderezó de golpe haciéndole sonreír. —¿Poco a poco? No me importa. Lo que pasa es que te asustado hace unas horas, has sentido lo mismo que hace años cuando estábamos juntos y tienes miedo. Es lógico y pienso esperar lo que haga falta.

—El fin de semana que viene Molly tiene una fiesta de cumpleaños. Ven a buscarla el sábado a las cuatro.

Carl se tensó. —¿No puedo verla antes?

—No, vayamos poco a poco.

—Como quieras. —Fue hasta la puerta. —¿Sabes, nena? Deberías pensar por qué te has acostado conmigo si no pensabas llegar a nada en esta relación. ¿Será porque no has podido evitarlo? —Ella iba a decir algo, pero Carl la interrumpió. —Igual era lo que me pasaba a mí antes de lo de Christian, ¿no crees?

Salió del despacho dejándola con la palabra en la boca y pensó en ello dejándose caer en su sillón. Uff, estaba cansada de pensar en ello. Mejor se iba a la cama.

Capítulo 11

No es que pudiera dormir mucho, porque se acostó casi a las cinco y a las ocho su hija ya se estaba levantando. A pesar de que su niñera estaba allí para hacerle el desayuno, la despertaron. Casi arrastrándose llegó hasta la cocina y se quedó de piedra al ver a Carl sentado frente a su hija desayunando cereales de dinosaurios. —Buenos días, nena.

—¿Qué haces tú aquí?

—Papi ha dormido aquí. En el sofá.

Asombrada le miró porque ni se había dado cuenta de que estaba allí al entrar en casa. —¿Y quién te ha abierto?

—Pues la niñera —dijo como si nada con la boca llena—. Preciosa, vete a dormir que ya me encargo yo de nuestra hija.

Ella volvió la cara hacia Gretel que se hacía la loca metiendo fruta en un táper. —Bonita, ¿no se te ocurrió llamarme?

—Pobrecito, me dio pena, le habían robado el coche.

Gruñó volviéndose, estaba tan agotada que ni podía cabrearse. Se metió en su habitación casi arrastrándose hasta la cama. Se abrazó a la almohada y suspiró, pero las risas en la cocina le hacían imposible dormir. La puerta se abrió de golpe y Carl metió la cabeza. —Nena, me llevo a la niña al parque un rato hasta que te levantes.

—Vale, pero ten cuidado.

—¿Ves cómo te lo pierdes todo con esa vida nocturna que tienes?

Se sentó de golpe fulminándole con la mirada. —¡Largo!

Él suspiró. —Con la vida tan tranquila que podríamos tener...

—Carl...

—Ya me voy, que descanses. Por cierto, ¿esta noche trabajas?

—¡Sí!

Él gruñó cerrando la puerta.

Uy, este, iba a ser como un martillo pilón y le iba a taladrar la cabeza hasta que cediera. Los Driscoll eran cabezones en extremo y era evidente que la conversación de la noche anterior le había entrado por un oído y salido por el otro. Gruñó poniéndose de espaldas y mirando el techo. Dios, sentía que le dolía todo después de lo que había trabajado en el bar, era evidente que se estaba haciendo mayor. Tendría que contratar a más gente porque ya no podía llevar ese ritmo. Además, Carl tenía razón, se estaba perdiendo parte de la vida de su hija y el dinero no lo era todo. Antes quería que su hija tuviera un futuro, que si a ella le pasaba algo tuviera dinero que la respaldara y pudiera estudiar lo que quisiera. Ahora eso no era necesario, los Driscoll tenían mucho dinero y si ella muriera la cuidarían, porque si algo le había quedado claro es que eran una piña. Sí, para ellos su hija ya era una Driscoll. Driscoll, recordó cuando soñaba con llevar ese apellido y sus sueños estúpidos de tener al fin una familia al lado del hombre que amaba. Sueños que ahora podrían cumplirse, pero muchas cosas se lo impedían, sobre todo su orgullo. El orgullo que había hecho que saliera adelante.

Le sonó el teléfono móvil y frunció el ceño porque todas las personas que la conocían sabían que no se levantaba tan temprano. Miró la pantalla, pero no conocía ese número. —¿Diga?

—Ay, menos mal que me lo cojes.

—¿Quién es?

—Soy tu suegra, cielo. ¿Carl está por ahí?

—¡Pues no, y no eres mi suegra!

—Vamos, vamos, ¿todavía estás enfadada?

Parpadeó. —¡Pues sí, que casi me matas!

—Pelillos a la mar. Bueno, lo que te estaba diciendo, acaban de traer la camioneta de Carl y no veas como se la han dejado.

—¿Como tú me dejaste mi coche? —preguntó con ironía.

—Oye, niña, que yo no tengo la culpa de que aceleraras a tope.

—¡Me disparaste!

—Ya, ya... Qué pesada. Bueno, como iba diciendo, que no dejas de interrumpirme, la camioneta esta toda rayada y le falta el parachoques. La policía dice que ha debido usarse en un robo.

Se sentó de golpe. —¿Cómo en un robo?

—Sí, al parecer roban coches para luego empotrarlos contra escaparates y cosas así. Me han preguntado que dónde estaba mi hijo, he intentado llamarle, pero ha debido quedarse sin batería y... Estoy muy preocupada, a ver si le van a meter en un lío encima que le han escacharrado el coche.

—¿Te han dicho algo más?

—Que le tomarán declaración. Christian dice que no me preocupe, pero ya está en Ohio y no va a venir hasta aquí. Estoy sola, niña, y es por tu culpa.

—¿No me digas? Pues dile a tu hijo que vuelva, que no se larga de aquí ni con agua caliente. ¿Me prestas tu escopeta?

—Muy graciosa. Pues para que lo sepas mi chico me la ha quitado.

—¡Faltaría más!

—¿Vais a venir o no?

—Ahora está en el parque con la niña.

—Oh... ¿Y cuándo me traeréis a la niña para que me conozca?

—preguntó con voz de ángel, la muy cabrita.

Entrecerró los ojos. —Ven tú a la ciudad.

—Niña, tengo un dolor de ciática que no me puedo mover. ¡Y mi hijo me ha dejado sola por ir a verte a ti!

—Venía a ver a la niña —dijo entre dientes.

—Ya, ya. Eres una nuera pésima.

—Es que no soy tu nuera.

—Al menos podrías haberme llamado para darme las gracias por el video que te envié.

—Bueno, bueno... ¿Pero tú estás bien de la cabeza? —preguntó alterándose.

—Uy, cómo se pone. Pues que sepas que lo hice de corazón.

—Lo que tú quieres es que te lleve a la niña, por eso hiciste el video, bruja, que nunca has podido ni verme. —Sonrió apoyando la espalda en el cabecero de piel blanca, le estaba empezando a gustar ese rifirrafe. —Ven tú a ver a Molly.

—¿No te he dicho que me duele la ciática? Sino ya estaría ahí, que ningún papelito me va a impedir ver a mi nieta.

—¿Hablas de la orden de alejamiento? ¿Ese papelito por el que te puedo meter en chirona?

—¿Tenías que recordármelo? Menudo disgusto tengo desde que me dijo el juez que no podía ver a la niña. Vamos, ten piedad de esta pobre vieja y tráemela.

—Eres vieja para lo que quieres, que para empuñar un arma te vi muy suelta.

—Ya te pedí perdón.

Sonrió aun más. —Así que quieres ver a la niña...

—¿Me la traes? —preguntó esperanzada—. ¿Por favor?

—Las palabras mágicas. —Suspiró levantándose de la cama. —Pero será más tarde.

Meredith chilló de la alegría. —Os espero para comer —dijo antes de colgar.

Estaba claro que los Driscoll hacían con ella lo que les daba la gana. Mejor no pensar en eso del orgullo que empezaba a cabrearse.

Abrió la puerta a su hija y dejó caer la mandíbula del asombro al verla empapada de arriba abajo. —¿Pero qué ha pasado?

—Mami —dijo su hija muy seria—, tengo que aprender a nadar.

Atónita miró a su padre que carraspeó. —Nena, se ha caído al estanque.

—Te voy a... —dijo entre dientes.

—Mejor la cambiamos que se resfría.

—¡A la ducha!

Su niña salió corriendo dejando sus pisadas húmedas sobre el suelo de parquet que acababa de limpiar. Entonces se dio cuenta de que Carl tenía el vaquero mojado hasta la altura de las rodillas. —Te metiste a sacarla.

—Nuestra niña se ahogaba, joder, menudo susto. —Entró cerrando la puerta y le dio un beso en los morros.

—Mami, ¿me quito la ropa?

—Sí, cielo. —Se volvió hacia él. —Ha llamado tu madre. —Carl la miró fijamente. —Al parecer han encontrado tu camioneta.

—Joder, menos mal, estaba sin pagar.

Ella hizo una mueca y Carl se tensó. —¿Qué?

—Está un poco perjudicada, como tu madre que al parecer tiene ciática y quiere que le llevemos a la niña. Nos espera para comer —dijo irónica.

Carl chasqueó la lengua. —No va a dejar de insistir.

—Sois igualitos.

Él sonrió de oreja a oreja revolucionándole todas las hormonas. —No preciosa, no pienso dejarlo, así que si en algún momento se te pasó por la cabeza que iba a rendirme, estás muy equivocada.

Mejor cambiar de tema. —Me ha dicho algo de que necesitas una coartada porque han usado tu camioneta para robar algo.

—No jodas.

Ella hizo una mueca.

—¡Mami, ya estoy en pelotas!

—Ve a duchar a tu hija.

—¿Qué? —preguntó espantado—. No puedo ir a...

—¿Por qué?

—¡Es una niña!

—Es tu hija y tienes que ducharla, así que arreando.

—Quiere que vayas tú.

—También quiere un unicornio y va a ser difícil que lo consiga.

Date prisa, que tengo que prepararle la ropa y la mochila. ¿No te he dicho que tu madre nos espera para comer?

Él gruñó yendo hacia la habitación de su hija. —Nenita, ¿te ayudo yo? —preguntó bien alto.

—¡No!

Carl suspiró del alivio. —Nena, toda tuya.

Gruñó entrando en el baño y dejando la puerta abierta. — Mami cierra.

—Es tu padre, no pasa nada porque tu padre te vea desnuda. —La cogió por debajo de las axilas y la metió en la bañera para abrir el grifo del agua.

—Ya soy mayor. Papi no mires.

—No, no eres mayor. Yo te diré cuando eres mayor. Cielo, coge una toalla del armario del pasillo que aquí no hay.

Él se alejó sonriendo.

—Mami, es un chico.

—Ya, por eso naciste tú porque él es un chico.

—En el vestuario del cole, los niños no se mezclan con las niñas.

—Porque no son tu padre. —Comprobó que el agua salía templada y empezó a mojarla. Carl entró en el baño y se la puso a su lado. —Gracias.

—Eso es, no debes dejar que te vea así otro chico al menos hasta que cumplas los treinta.

La niña asintió con los ojos como platos y Erica reprimió la risa empezando a enjabonarle la cabeza con su champú. —Ahora cuéntame lo del estanque.

—Seguía a una mariposa, mami.

—Y no miraste.

—No, pero papi me vio enseguida y vino a por mí. ¿Y sabes qué? Todas las mamás le miraban con esa cara.

—¿Qué cara?

—Con cara de querer un helado cuando pasas ante la heladería. Tú siempre sabes cuando quiero un helado. Pues esa.

—Ah...

Levantó una ceja mirando a Carl que carraspeó. —Cómo están los parques...

—¿Llenos de madres?

—Sí, nena, son un peligro.

Reprimió la risa porque debieron alucinar con su vaquero. Enjabonó el cuerpo de la niña y se levantó. —Aclárala, voy a por su ropa.

—Papi...

—¿Qué?

—Me gusta que me lleves al parque.

Erica que estaba cogiendo su ropa de la cómoda se detuvo para escuchar.

—Así que te gusta.

—¿Me llevarás otra vez?

—Claro que sí, cielo. Todas las veces que quieras.

—¿Podemos ir al búrguer a comer una hamburguesa?

—Ahora no, ahora vamos a ver a la abuela al rancho.

—¿Vamos al rancho?

—Sí, y verás mi caballo.

—¡Sí! —dijo con emoción.

Erica entró en el baño con su ropa. —Mami, pantalones largos no.

—¿No vas a montar a caballo?

—Sí.

—Pues los necesitas.

La vistió en un tiempo récord y se la puso en brazos a su padre. —Péinala mientras limpio todo esto.

—No sé muy bien...

—Pues aprende. ¿No querías niña? Pues toma niña.

—Papi es muy fácil, yo te enseño.

Mientras recogía en el baño escuchaba como la niña le indicaba lo que tenía que hacer. —Y ahora pones la goma. —Molly soltó una risita. —Así.

—Joder, qué difícil es esto.

—Shusss, eso es un pecado.

—Tienes razón, hija. ¡Ya! —dijo triunfante.

Erica con curiosidad salió del baño con la ropa para lavar y al ver que su hija tenía la coleta cerca de la frente no lo pudo evitar y se echó a reír,

—¿Qué pasa? ¿No está bien? —preguntó él sorprendido.

—A mí me gusta —dijo su hija encantada moviendo sus rizos de un lado a otro provocando que el cabello le tapara los ojitos. —Nadie la lleva así en mi cole. —Corrió hacia la puerta. —Vamos mami, que quiero montar a Leo. —Entró de nuevo en la habitación y cogió su muñeca nueva. —Se me olvidaba.

Él hizo una mueca viendo como tenía el cabello por la cara y se lo apartaba para ver. —La próxima vez lo haré mejor.

—Seguro que sí, prueba con las trenzas, estás acostumbrado a hacerlas con las cuerdas.

—Eso puedo hacerlo.

Salió de la habitación para ir al cuarto de la lavadora y él miró la mesilla de su hija donde había una foto de Erica riendo a la cámara. Entonces se dio cuenta que en el año que estuvieron juntos nunca se sacaron una foto. Ni una maldita foto le había dado. Joder...

Salió de la habitación y la niña gritó desde la puerta —¿Nos vamos?

—Espera que tu madre no está lista. ¿Nena? —Empujó la puerta de su habitación y no la encontró allí, fue hasta el baño, pero estaba vacío. —Nena, ¿dónde estás?

—¡En la cocina! —Él iba a salir, pero entonces se detuvo en la puerta porque en la pared a su lado había una foto del bar donde habían pasado tantos momentos juntos. En la foto estaban Ilsa y ella ante el local el día de su apertura. Apretó los labios recordando ese día porque decidió no ir a la inauguración con la excusa del trabajo. Salió a toda prisa y Erica llegó hasta ellos con el bolso y la mochila de su hija en la mano. —Tengo que estar aquí a las cinco.

—No hay problema.

—Jo, mami.

Apretó los labios porque su hija perdió parte de su sonrisa. — No puedo llamar a la tía Ilsa, no se encuentra muy bien estos días, además ha trabajado mucho mientras se me curaba la nariz.

—¿Ilsa no se encuentra bien?

—Está embarazada y tiene muchos mareos y náuseas.

—¿Tú tuviste? —Le miró sin entender mientras entraba en el ascensor. —¿Tuviste mareos? Ya me entiendes, ¿fue un buen embarazo?

—Mamá vomitaba mucho, siempre se lo dice a todas las que van a tener un bebé —dijo su hija cogiendo su mano mientras ella se sonrojaba hasta la raíz del pelo—. Pero todo mereció la pena por tenerme a mí.

—Claro que sí. —Miró a Erica. —Lo siento, nena.

Apartó la mirada. —Eso ya pasó —dijo pulsando el botón del bajo.

—¿Las llaves?

Le miró sin entender.

—Las llaves del coche.

—Ja, ja, ni hablar.

—¿No pensarás conducir tú?

—Es mi coche, claro que sí.

—Nena, sabes muy bien que no soporto que conduzca otra persona.

—Porque odias perder el control.

—Pues será eso, pero no lo soporto.

Bufó dándole las llaves del coche. —Hazle un araño y la vamos a tener.

—¿Este tiene los airbags encendidos?

—¿Qué crees que fue lo primero que pregunté? Y no tiene gracia —dijo viendo su sonrisa.

—No, no la tiene.

—Papi, ¿yo puedo conducir?

—En nada de tiempo ya podrás llevar el coche por la finca.

—¡Bien!

—Carl...

—Nena, mi hermano y yo conducíamos la vieja camioneta de mi padre dentro de la finca y no pasaba nada. En el rancho se tiene más libertad, no como aquí que vivís en cajas de zapatos y ni hay ni aire limpio.

—Vale ya.

—Mami, quiero aire limpio.

—Y yo, así que tira para el coche.

La niña corrió hacia su cuatro por cuatro nuevo y Carl sonrió.
—Es una maravilla, nena.

—Sí, pero no le pises mucho, ¿de acuerdo?

—¿Con la niña en el coche? —Lo rodeó para sentarse tras el volante mientras ella se aseguraba de que Molly estuviera bien sentada. Le cerró los enganches de su asiento infantil.

—Esto tiene un montón de botones.

Volvió la cabeza hacia él como la niña del exorcista. —No toques nada.

Él rio por lo bajo. —Tranquila, que yo con encender el motor...

Cerró la puerta y abrió la del pasajero sentándose a su lado. Se puso el cinturón viendo como arrancaba y no le quitó ojo cuando giró para salir a la carretera. —Cuidado, que viene uno. —Se incorporaron a la circulación. —Cuidado que está en rojo.

—Ya lo he visto.

—¿Seguro? Como ibas tan rápido.

—Si acabo de salir del aparcamiento, ¿quieres relajarte?

Bufó mirando el reloj del coche. —Ya son las once, vamos a llegar tarde.

—Estamos a una hora.

—No me gusta hacer esperar a la gente.

—Eso ya lo sé.

—¿De veras lo sabes? —preguntó con ironía—. Pues a mí me hacías esperar un montón y eso también me sacaba de quicio.

—Ya ha salido de nuevo —dijo él por lo bajo mirando por el espejo retrovisor.

Erica apretó los labios mirando al frente y suspiró. —No podré evitarlo, así que tendrás que aguantarte.

—Y me aguanto, preciosa.

—Mami...

Miró hacia atrás.

—¿Podemos comer un helado?

—Después de comer.

—Jo.

—Nada de jo, después de comer. —Miró a Carl que estaba a punto de decir algo. —Ni se te ocurra.

—Iba a apoyarte.

Suspiró mirando al frente.

—Nena, estás agotada, ¿por qué no duermes hasta llegar a casa?

Levantó una ceja.

—Al menos inténtalo.

—Por favor, ten cuidado.

Él apretó los labios porque era evidente que no se fiaba de él para nada y teniendo en cuenta que en dos salidas con su hija la había despellejado y que casi se ahoga era como para desconfiar. — Tranquila.

Reclinó el asiento un poco hacia atrás, lo mínimo para no molestar a su hija que jugaba distraída con su muñeca. Era increíble lo rápido que había aceptado a Carl en su vida, todavía estaba asombrada, nada de rencor ni curiosidad por saber lo que había pasado, su padre estaba allí y era lo único que importaba. Lo único que importaba. Se puso de lado porque sino no se dormiría y le observó mientras conducía. Puede que fuera eso, que todavía no se podía creer que estuviera a su lado. Que había sufrido tanto por los sueños rotos que no terminaba de aceptar que puede que las cosas fueran distintas. Igual debía ser más como su hija y aceptar lo que viniera sin pensar en el mañana. Cerró los ojos suspirando, igual debía aflojar un poco. Dios, estaba agotada, física y emocionalmente. Intentó controlar las lágrimas que pugnaban por salir, pero una recorrió su mejilla sin darse cuenta. Le necesitaba tanto...

Se quedó dormida recordando como la había ayudado en el parking de la feria. La cogió en brazos y se sintió una princesa.

Cuando se miraron a los ojos se sintió completa por primera vez en su vida y le dijo —Puedo caminar.

—Y yo puedo llevarte, no pesas nada.

Se sonrojó de gusto. —¿Y a dónde me llevas?

La miró como si quisiera llevársela con él al fin del mundo. —Te llevaría a donde tú quisieras.

—¿Al paraíso?

Él acercó sus labios. —Si me das un momento te enseñaré cómo es.

Fue el beso más maravilloso de su vida y supo en ese instante que su corazón sería suyo para siempre. Durante las dos primeras semanas fue increíble, se veían cuando podían y pasaban muchas noches juntos en su camioneta o en el motel de la carretera. Entonces surgió la oportunidad, podía alquilar el bar donde trabajaba por las noches porque su jefe se jubilaba. —Solo necesito tres mil para empezar. Jerry ni me pide dinero de traspaso, solo el alquiler de tres meses.

Él puso mala cara. —¿Me estás pidiendo dinero?

Avergonzada apretó los labios. —Es que no conozco a nadie que tenga dinero para prestarme y el banco no me lo daría. —Le rogó con la mirada. —Vamos cielo, así llevaría yo el bar, ganaría más dinero y...

—¿Y para qué quieres tú más dinero?

—¿Pues para qué va a ser? —preguntó alterándose—. ¡Para vivir mejor y no en una habitación alquilada en casa de la señora Holmes! Cielo, encima del bar hay una vivienda, podría arreglarla y vivir allí, nos veríamos más.

—Y también trabajarías más.

—¿No quieres que prospere?

—A mi costa.

Apartó la mirada. —Déjalo.

Él la miró fijamente. —Me lo devolverás.

No era una pregunta era un hecho y ella gritó de la alegría porque al fin tendrían un sitio solo suyo para verse. —Gracias, gracias.

Carl sonrió girándola sobre la cama. —No me pidas más dinero, preciosa.

—Te juro que nunca más. Seré tan rica que me pedirás tú a mí.

—Lo dudo mucho.

Pues lo había conseguido, ganaba dinero a espuestas y él al fin lo había visto.

Capítulo 12

Cerraron una puerta y se despertó de golpe. Adormilada miró a su alrededor para ver que estaban en el rancho y que Carl había abierto su puerta. —Nena, hemos llegado.

—Buff... —dijo llevándose la mano al tabique nasal intentando despejarse.

—¿Te duele la nariz?

—No, es que estaba profundamente dormida. —Levantó la vista y de pronto se volvió para ver a su hija igual de dormida.

—Sí, sois tal para cual.

No pudo evitar sonreír. Entonces vio un camión tras el coche. —¿Qué es eso? —Unos hombres llevaban unas sillas a la parte de atrás. —Cielo, ¿tenéis una fiesta o algo así? —Vio pasar un tablero redondo.

—Mierda, ¿era este fin de semana? —dijo él mirando hacia atrás—. Es algo que celebran mi madre y sus amigas. Mira, ahí está mi madre.

Meredith bajaba los escalones corriendo loca de contenta. —Al menos no va armada.

—Muy graciosa, nena.

—Oh, mi niña —dijo la abuela acercándose al coche.

—Está dormida, madre.

Carl abrió su puerta y su abuela la observó con los ojos brillantes de la emoción. —Es preciosa.

—Te aconsejo que no la despiertes, porque si no se despierta ella sola habrá berrinche. Carl, sácala de su silla, aquí empieza a hacer calor.

Su padre le desabrochó el cinturón y la cogió en brazos recostando su cabeza sobre su hombro.

—Que coleta más horrible, casi no se le ve la cara.

—Tu hijo se ha estrenado como peluquero.

Meredith soltó una risita. —Pues para ser la primera vez no está tan mal.

—¿Alguna vez tu hijo hace algo mal? —preguntó cogiendo su bolso del coche.

—Claro que sí, no estoy ciega, niña. —Se la quedó mirando mientras Carl metía a la niña en casa. —Veo que tu nariz está igual.

—Henry tiene buenos amigos. —Miró hacia los hombres que estaban descargando el camión. —¿Y eso? ¿No será tu cumpleaños o algo así?

—No, no es el mío. La asociación de mujeres del pueblo que cumple cincuenta años, lo vamos a celebrar. Mañana tenemos una comida todas las integrantes.

—Ah... ¿Os vais a desmelenar? —preguntó divertida.

—Algo así. Vamos entra, hace un calor infernal. He hecho espaguetis con albóndigas para la niña y una buena chuleta para nosotros.

—Le encantan los espaguetis. Buff, ya se acerca el verano y va a ser duro.

—Carl teme la sequía y ha hecho cuatro pozos en la finca. Si hay suerte no nos quedaremos sin agua para el ganado.

Su hijo salió del salón. —La he acostado en el sofá, tampoco queremos que duerma demasiado, ¿no?

—No, así está bien. Oirá hablar y se despertará. Cuando quiero que se despierte pongo la radio.

—Encenderé la televisión —dijo Meredith entrando en el salón a toda prisa.

Sonrió sin poder evitarlo. —Está impaciente por despertarla.

—Lleva años esperando este momento.

—¿Años?

—Siempre ha querido nietos. ¿Tomamos una cerveza en el porche trasero? Tiene aire acondicionado.

Una mujer pasó con unas bandejas plateadas. —Tu madre está preparando un buen sarao.

—Ya la conoces, siempre está lista para una buena fiesta.

Forzó una sonrisa. —Sí, claro.

—Nena, dame eso. —Le cogió el bolso y la mochila posándolos sobre el aparador.

Mary Anne bajó los escalones sonriendo. —Pero ya estáis aquí.

Meredith salió del salón. —Ven, mírala, es preciosa.

La mujer corrió hacia el salón y sonrió mirando a la niña. —Es igualita a ti, Meredith. No hay diferencia con las fotos que he visto de ti.

—¿Verdad que sí?

—Sois como dos gotas de agua.

—¿De verdad se parecen tanto?

—Cosas de abuelas, se parece a mí.

Rio por lo bajo. —Eso seguro.

Se sentaron en el porche. Qué agradable era aquello con la vista de la piscina. Su hija se iba a volver loca cuando la viera. Mary Anne salió tras ellos y Carl dijo —¿Nos traes unas cervezas?

—Claro que sí —dijo encantada mirándola —. Me alegro muchísimo de que estéis aquí.

—Gracias.

Miró a través de la cristalera y vio que la fiesta de Meredith iba a ser enorme por el número de mesas que estaban poniendo bajo la gran carpa. —¿Tantas amas de casa hay en esa asociación?

—Vienen con sus maridos y familias.

—Ah. Nunca se había hecho algo así, ¿no?

—Es la celebración de los cincuenta años de la asociación. Se han gastado todo el dinero que tenían para celebrarlo. —Sonrió divertido. —Ya verás el cheque que me van a pedir para tener dinero en navidades. —La miró malicioso. —Podrías aportar algo.

—Sí, claro... —dijo haciéndole reír—. No has ido a ver la camioneta.

—Estará en el garaje. Seguro que Ron ya se ha hecho cargo de ella y la habrá llevado allí.

Meredith entró en el porche. —Mira Erica —dijo con un álbum de fotos en las manos—. Para que no me creas. —Se lo puso delante y asombrada vio a su hija con una muñeca en las manos. Reía mostrando que se había roto un diente. Sin salir de su asombro miró a Meredith que rio. —Sí, soy yo.

—Es increíble...

Carl se acercó para mirar y asintió. —Madre, es tu viva imagen.

—Esperemos que no salga tan chiflada como ella —dijo pasando la hoja.

—Ja, ja... —Se sentó a su lado. —Mira, esa soy yo en mi comunión.

—Qué vestido más bonito.

—Me lo hizo mi madre, tenía unas manos...

La foto siguiente era su foto de graduación. —¿Solo tienes estas fotos?

—Tengo mil, pero decidí hacer un álbum con las que más me gustaban o eran más importantes. —Al volver la hoja la vio abrazada

a su marido en el día de su boda. Meredith sonrió con tristeza. —Fue el mejor día de mi vida. —La miró. —Espero que el tuyo sea igual.

Se sonrojó. —No, si yo no...

—Bueno, bueno... Aquí están los aperitivos —dijo Mary Anne entrando con una bandeja que puso ante ellos. Había de todo, canapés de salmón, de queso, de atún... —No abuséis que luego no me coméis nada.

—Te aseguro que me lo comeré todo, estoy hambrienta —dijo cogiendo un canapé.

—¡Mami! —gritó su hija como una descosida.

—¡Estoy aquí! —Se levantó y se puso en la puerta para que la viera. Su niña corrió hacia ella con su muñeca en la mano y se abrazó a sus piernas.

—Eh, ¿te has asustado? —La cogió en brazos. —Mamá nunca te dejaría, cielo. —La besó en la mejilla y vio que miraba tímidamente a su abuela que se había levantado expectante. —¿No saludas a tu abuela?

Agachó la mirada vergonzosa cuando no solía serlo en absoluto. —Se llama Meredith.

—Hola.

—Hola, cielo —dijo su abuela emocionada—. ¿Quieres un zumo de naranja? Tendrás sed.

Carl frunció el ceño cuando no contestó. —Nenita, ¿qué pasa?

Le dijo algo al oído a su madre que reprimió la risa. —Ah, claro. Hay que ir al baño.

—Oh, lo tienes...

—Madre sabe dónde está.

Meredith la miró sorprendida. —¿Te acuerdas?

—Oh, sí, me acuerdo de todo.

—Rayos.

—Mami...

—Sí, cielo, tú aguanta. —Entró en la casa y vio a los Clark saliendo del coche. Se detuvo en seco. No se esperaba verlos allí, ¿no estaban en Ohio? Vaya, era evidente que le habían tomado el gusto a Texas.

—Mami...

—Oh, sí. —Corrió hacia el baño y dejó la puerta entornada. Dejó a la niña en el suelo y le abrió el pantalón en tiempo récord. Molly se sentó y Erica se agachó ante ella. —¿Qué te ha parecido la abuela?

—Me mira mucho.

Rio por lo bajo. —Sí, para ella eres toda una novedad.

—¿Una qué?

—Déjalo, te va a querer mucho, mucho.

—¿De veras?

—Por supuesto, estaba deseando tener una nieta.

Sus ojitos brillaron. —Y ahora me tiene a mí.

—Pórtate bien, ¿vale?

—Mami, mi helado.

—Después de comer, que la abuela te ha hecho espaguetis con albóndigas.

Se bajó del wáter y ella misma tiró de la palanca para que saliera el agua. Aunque se había olvidado de limpiarse. Erica lo hizo a toda prisa y le subió el pantalón.

—Mami tengo calor...

Suspiró porque era cierto que allí hacía más calor que en la ciudad y además iban a comer, era evidente que no montarían ahora. —Espera que vaya a por un pantalón corto.

Salió del baño y se encontró con los Clark que subían los escalones cargados de maletas. —¿Acabáis de llegar?

Se detuvieron en seco y volvieron la cabeza para mirarla con los ojos como platos. Erica sonrió. —Hola.

—¿Nos conoces? —preguntó Alicia de lo más sorprendida.

—Claro.

Carl llegó en ese momento. —Oh, nena, los padres de Jessica van a pasar aquí unos días. Benjamin tiene que hacerse unas pruebas en el médico.

—Espero que no sea nada.

Ambos forzaron una sonrisa. —Cosas de la edad, ya sabes, que el corazón no va como antes.

—Vaya. Cielo, la mochila, que le voy a cambiar los pantalones a la niña. —Sonrió a los Clark. —Entonces nos vemos en la comida.

Su hija salió en braguitas del baño. —¡Mami!

—Eh... —dijo Carl—. Vuelve al baño y espera a tu madre. Y baja esos humos, señorita.

—¿Qué humos? —preguntó sin entender.

—Molly, ¿quieres montar por la tarde?

Volvió al baño corriendo y los Clark sonrieron. —¿Esa es Molly? Amigo, parece que te dará guerra.

Carl sonrió cogiendo la mochila de la cómoda. —Como su madre.

—Muy gracioso. —Cogió la mochila y fue hasta el baño. —Tengo un carácter buenísimo, el suyo lo ha heredado de ti.

—Seguramente.

Se acercó a su hija y se agachó ante ella. —Como vuelvas a gritar no vas a ver un helado en toda la semana.

—Jo, mami, tengo hambre...

—Lo sé, pero ya no eres un bebé, tendrás que esperar.

Puso morritos y le dio pena. De eso se aprovechaba su hija. —¿Sabes qué?

—No, ¿qué?

—Tengo una sorpresa para ti. —Se levantó cogiendo la mochila y le tendió la mano que su hija cogió de inmediato. —Ven

que te lo enseñe.

Salieron del baño y allí estaba Carl. —Nenita, ¿tienes bañador en esa mochila tan grande que lleva tu madre?

La niña le miró con los ojos como platos. —No sé.

Él rio por lo bajo mientras su madre tiraba de ella y cuando Molly salió al porche trasero gritó señalando la piscina. Los mayores rieron por su ilusión. —Mami, ¿puedo? Porfi, porfi...

—Claro que sí —dijo Meredith—. Un bañito rápido para refrescar antes de la comida.

—¡Sí!

—Nena, ¿quieres cambiarte?

—Mejor ve tú con ella, no tengo bañador.

—Tienes bañador en tu habitación —dijo Meredith—. Venga, que un baño te vendrá muy bien, así te relajarás que debes estar agotada después de tanto trabajar.

La verdad es que apetecía.

—¡Vamos, mami! —La niña se quitó la camiseta.

—¿Te encargas de ella mientras me cambio? —le preguntó a su suegra.

—No dejaré que salga de la zona de las escaleras, tranquila.

—Molly, hazle caso a la abuela —le dijo Carl—. Bajamos enseguida.

Ella subió delante de él y al mirar sobre su hombro vio que le miraba el trasero con un descaro que la hizo sonreír. —Ni de broma.

—Nena, ¿en qué estás pensando? Tienes una mancha en el vaquero.

Al llegar arriba intentó mirarse. —¿De veras?

Él la cogió por la cintura y la pegó a la pared. —Pero no se nota nada.

—Lo que hablamos ayer...

—Era una conversación necesaria, pero no pienso rendirme.
—Sus manos bajaron hasta sus glúteos y los apretó con ganas pegándola a su pelvis donde era evidente su dureza. —Además te deseo, ¿no te lo había dicho?

—Creo que es evidente —dijo sin aliento.

—Pues...

Alguien carraspeó y Carl gruñó volviendo la cabeza. Allí estaban los Clark intentando retener la risa. —Me alegra mucho que ahora os llevéis tan bien —dijo Alicia sin cortarse. Empujó a su marido—. Pasa, pasa, que los chicos tienen que intimar.

Como un tomate dijo —Suelta.

—Se van enseguida —dijo indignado.

Le dio un manotazo en la mano y él gruñó apartándose. A toda pastilla entró en su antigua habitación y para su sorpresa encima de la cama tenía varios bañadores, chanclas y una cesta con varias cosas de aseo. Carl apoyó el hombro en el marco de la puerta. —He pensado que los necesitarías.

—¿Tan convencido estabas de que vendría?

—No pienso rendirme.

—¿Por la niña?

—Nena, te aseguro que cuando sentí lo que sentí al verte de nuevo y la liberación que experimenté al ver el video... En ese momento no había niña y a pesar de lo furiosa que estabas conmigo, me moría por estar a tu lado. No te lo dije porque... Joder, creía que después de cómo te había tratado lo nuestro ya no tenía arreglo, pero eso no impidió que te deseara más que nunca. Y en aquel momento todavía no sabía lo de Molly. Cuando tuviste el accidente y vi la sangre en tu rostro, durante un momento pensé que estabas muerta, te aseguro que jamás sentí un dolor igual y me dije en el hospital que si Dios nos daba otra oportunidad, haría cualquier cosa por hacerte feliz.

Emocionada susurró —¿De veras?

Él se acercó y cogió su mano. —Te lo aseguro, nena. Lo que más deseo es que vuelvas a quererme como antes y esta vez te juro que lo daré todo por ti.

—Pues ven conmigo a San Antonio —dijo cortándole el aliento. Él dio un paso atrás y no pudo evitarlo, se sintió decepcionada—. Entiendo.

—Nena, este es mi rancho, el legado que me dejó mi padre y el que yo le dejaré a Molly, no puedes pedirme eso. La niña será muy feliz aquí, y este es tu pueblo, el que te vio... —Al ver la cara que ponía apretó los labios. —Sé lo que piensas, pero...

La rabia salió de nuevo. —¿Sabes cuántos de ellos me ayudaron en el pasado? Ni uno solo. ¡Todos me dieron la espalda cuando les necesité y ya no hablo de cuando conseguiste que no fuera ninguno por mi bar, sino cuando necesité ayuda porque mis padres eran unos borrachos o cuando llegaba con algún golpe al instituto! ¡Todos me dieron siempre la espalda! ¿Crees de veras que después de la vida que he creado, lo voy a dejar todo por ti? Por un hombre que me trató como una mierda. ¿Para qué? ¿Para vivir aquí en medio de la nada? —Dio un paso hacia él. —¿Sabes cómo es mi vida ahora?

—No, pero seguro que me lo vas a contar —dijo tenso.

—Cuando me levanto me voy a la piscina con Ilsa. Después a comer al mejor restaurante de la ciudad o donde nos apetezca. A veces vamos de compras y después recojo a Molly, a veces tiene piano, otras ballet... ¿Aquí a dónde iría, cielo? Yo le estoy dando una vida más plena a nuestra hija de lo que tú puedes ofrecerle. Y me pides, nos pides que renunciemos a todo cuando tú no has movido un solo dedo por nosotras. ¡Todo se te ha dado hecho! —Se volvió y cogió un bañador sorbiendo por la nariz. —Me voy a cambiar, ¿me disculpas?

Él apretó los labios y salió de la habitación en silencio. Se encontró con Mary Anne en el pasillo que sonrió. —¿Qué? ¿Cómo va?

—Creo que no hay nada que hacer —dijo antes de meterse en su habitación.

Mary Anne preocupada miró hacia la habitación de Erica y se acercó para escuchar su llanto. Esas lágrimas significaban algo, no podía darse por vencido.

Capítulo 13

—¿Dijo eso? —preguntó Alicia asombrada—. ¿Por qué?

—No lo sé —respondió Mary Anne—. Pero tenía la misma cara que cuando creía que estaba muerta. Y Erica lloraba en la habitación.

—Todo es muy reciente, deben darse tiempo —dijo Meredith viendo como Benjamin inflaba un flotador a la niña que estaba sentada en las escaleras contándole algo que al hombre le hizo reír.

—Ahí viene Erica. —Mary Anne se levantó de la tumbona. — ¿Os traigo algo más?

—No, en cuanto se den un baño y se preparen, pasaremos a comer. —Meredith miró a Erica que tenía cara de haber llorado bastante, iba hacia su hija forzando una sonrisa.

—¡Mira, mami! ¡Un flotador! —La niña que no era tonta perdió algo la sonrisa. —Mami, ¿has llorado?

—Claro que no, me ha entrado polvo en los ojos y se me han puesto así.

—Vaya. —Benjamin le puso el flotador. —Báñate conmigo, mami, para que se te quite el polvo.

Se metió en la piscina y ella se quitó su pareo mientras todos la miraban. —Niña, ¿estás bien? —preguntó Benjamin preocupado.

Asintió y empezó a bajar los escalones. El agua estaba buenísima, pero ella apenas la apreció porque por el rabillo del ojo vio que Carl salía con su bañador negro. ¿Por qué diablos había ido al rancho?

—¡Papi, tengo flotador!

Él sonrió y se tiró de cabeza acercándose a la niña, que le miró con los ojos como platos. —Hala...

Carl rio. —En nada de tiempo lo harás tú también, pero primero hay que aprender a nadar.

—Sí, sí... —Ella dio a los brazos y a las piernas como una loca y Erica no pudo evitarlo, sonrió por su entusiasmo. —Ya nado, papi.

—No, cielo, aún te queda un poco, hay que aprender a nadar sin flotador. Como aprendió tu madre.

—Mami no sabía, fue a clases.

—Sí, fue a clases e hizo muy bien. —Cogió su flotador y la hizo girar a su alrededor. Como él se encargaba de la niña, Erica decidió nadar un rato y empezó a dar brazadas hasta el otro lado de la piscina.

—A mamá le daba miedo el agua, pero ya no.

Carl frunció el ceño. —¿Cómo sabes tú eso?

—La tita Ilsa se lo decía al tito Henry. A mamá su papá la metió en la bañera para castigarla y le metió la cabeza bajo el agua.

—Todos separaron los labios de la impresión. —¿A que era malo su papá?

—Mucho —dijo muy tenso—. Era muy malo.

—Pero mamá dijo un día que no pensaba dejar que nada la asustara y empezó las clases. La tita dice que el primer día vomitó, pero que al día siguiente volvió. Mamá no se rinde —dijo orgullosa.

—No, no se rinde. —Carl la observó dar la vuelta al otro lado de la piscina. La vio sacar la cara del agua para respirar antes de dar varias brazadas. Era evidente que no se estaba enterando de nada, era como si estuviera en su propio mundo.

—Mira qué bien nada —dijo su hija fascinada—. Algún día lo haré igual. ¡Vamos papá, enséñame!

Él empezó a decirle lo que tenía que hacer mientras Meredith miraba a Alicia decepcionada porque parecía que se habían alejado de nuevo. —Pobre niña...

—Tranquila, lo arreglarán —dijo Alicia convencida—. Ella todavía le quiere, sino no le habría dejado acercarse a la niña. De hecho, ni habría aparecido por aquí y nunca sabríamos de la existencia de Molly. Todo ha pasado por algo y estoy convencida de que antes de que nos demos cuenta estaremos celebrando su boda.

—No sé...

Después de dar diez largos, Erica salió de la piscina y se secó la cara con la toalla antes de rodear su cuerpo con ella. —Vamos, nenita, hay que comer.

—Jo, pero mami, acabo de entrar. Un poco más.

—Diez minutos y fuera. El tiempo que tarde en ducharme.

—¡Bien!

—¡Ya estamos aquí!

Se volvió sorprendida para ver que Jessica y Christian salían del porche trasero.

—Menos mal, creía que no llegaríais nunca —protestó Meredith.

—Madre, se retrasó el vuelo —dijo dándole un beso en la mejilla. Se volvió hacia ella—. Hola, Erica.

—Menuda sorpresa. ¿Jessica ha venido para las citas médicas de su padre?

Ambos sonrieron. —No, hemos venido a la boda.

—¿La boda? —preguntó confundida—. ¿Quién se casa? ¿Alguien que conozca?

—Nosotros nos casamos —dijo Jessica intentando no reír.

Frunció el ceño. —No lo entiendo. Vuestra boda fue hace más de un mes.

—No. No nos casamos —dijo Christian—. ¿Cómo nos íbamos a casar después de lo que te ocurrió? Además, Molly tampoco estaba en la boda y si no estaba toda la familia no había boda.

—¿Familia? —preguntó sin aliento.

Christian la besó en la mejilla. —Has tenido a una Driscoll, así que eres una Driscoll. Teníais que estar en la boda. ¡Sorpresa! ¿A que te he sorprendido? Sabía que colaría cuando le dije a Ilsa que ya nos habíamos casado. —Rio. —Menudo mosqueo se pilló. —Entonces corrió hacia la piscina. —¡Dónde está mi sobrina preciosa!

—Nenita, este es el loco de tu tío Christian.

—¡Tengo un tío! ¡Mami, tengo un tío!

—Sí, cielo. —Emocionada por lo que habían sacrificado por ellas miró a Jessica. —Pero...

—Pero nada, se retrasaba y listo. —La abrazó. —Me alegra mucho verte tan bien.

—Gracias.

—Bueno... —Se apartó. —¿Lista para la búsqueda del tesoro?

—¡Ya estoy aquí! —gritó Joy desde la puerta. Entonces miró a Erica—. Pero si está aquí el amor de mi vida.

Se puso como un tomate. —Leche.

—Sí, él también es de la familia, acostúmbrate —dijo Alicia divertida.

Jessica se acercó más y susurró —Tienes que ganar la búsqueda del tesoro.

—¿No me digas que iba en serio?

—Claro que sí, todos los amigos de Christian están a punto de llegar.

—Pero si ni hemos comido.

—Tranquila, aún hay tiempo.

—¿Y por qué tengo que ganarla?

—Porque el loco de mi futuro marido ha enterrado mi anillo de boda en algún lugar de la finca.

—¿Qué?

—Dijo que así le daba más emoción —dijo entre dientes.

—¿Cabreada?

—Esto no se lo digas a nadie —dijo en susurros—. Mis padres no lo saben y no quiero conflictos entre ellos y Christian, ¿entiendes?

—¿Por qué?

—Ese anillo ha pertenecido a mi familia durante generaciones, como se lo quede alguno de los invitados me da algo, porque es un premio y luego no puedo reclamarlo.

—Pero está loco, id a buscarlo.

—¡Es parte de su plan, no dará su brazo a torcer!

—¿Su plan?

—De juntaros, tonta. La búsqueda es en parejas y quiere que tú la hagas con Carl.

Entró en pánico, ¿más tiempo con Carl? Aquello sería una tortura. —Ay, madre... ¡Christian está fatal!

—Dice que así os dejaréis la piel para conseguirlo, que el roce hace el cariño y...

Se volvió. —¡Christian, ven aquí!

—¡Ni de coña! ¡No voy a cambiar de opinión! —Se puso a su sobrina sobre los hombros sin importarle que le pusiera perdido.

—¡Mira mami, mira que alta estoy!

—Carl...

—Hermano, como te caiga la niña, vamos a estar en serios problemas —dijo tan preocupado como ella.

—¡Tú lo has dicho!

—Vale, pero lo de la búsqueda no tiene negociación. —Bajó a la niña. —Qué aburridos son.

La niña suspiró de manera exagerada. —Sí, son mi cruz.

Todos se echaron a reír sin poder evitarlo y Carl la cogió en brazos. —¿Dónde has aprendido eso?

—La madre de mi amiga Jess lo dice a todas horas. Su marido es su cruz, sus hijos son su cruz...

—Pues sí, somos tu cruz hasta los treinta por lo menos.

—Jo, papi.

—Ahora a comer, señorita. —Se acercó a Erica. —Nena, la ducho... —Al ver su cara se detuvo en seco. —¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Que tu hermano está fatal —dijo entre dientes.

Christian rio por lo bajo pasando a su lado y cogió a la niña. —Mamá se ocupa de ella, que lo está deseando.

—Sí, sí, que me vista la abuela.

Meredith encantada fue con ellos hasta el porche trasero.

—¡Christian!

—Ni hablar.

—Erica, ¿qué pasa?

—Tu hermano ha puesto como tesoro de la búsqueda su anillo de matrimonio. El de su familia. ¡Quiere que juguemos tú y yo juntos para ganarlo y yo tengo que irme a las cinco!

—Nena, hoy no vas a abrir el bar. De hecho, Ilsa viene a los juegos.

—¿De veras? —preguntó sorprendida—. ¿Y no me dijo nada? —Frunció el ceño. —¿Cuándo has hablado con ella?

—Ayer por la noche. Antes de ir al bar la llamé para decirle lo de la boda. Le dije que necesitamos una tregua y que estaba invitada. Que no te dijera nada porque lo de la boda era una sorpresa.

—Será cabrita —dijo por lo bajo—. Bueno, ¿qué?

—¿Qué?

—¿No vas a hablar con tu hermano?

—Pues no, porque me parece una idea estupenda —dijo malicioso.

—Carl...

Sonrió poniéndole el estómago del revés. —Nena, vamos a ganar.

Jessica gruñó. —Más os vale, como ese anillo no esté ante el cura mañana para ponérmelo en el dedo, a mi madre le da algo.

Preocupada miró a Carl. —Haz algo, le va a fastidiar la boda a su novia por nuestra culpa. ¡Y ya la ha retrasado una vez!

Carl apretó los labios. —Si no le ha convencido Jessica, que es lo más importante de su vida, dudo que yo pueda hacer nada, pero hablaré con él.

Suspiró del alivio. —Menos mal, no quiero ser responsable de que se retrase esta boda de nuevo o de que algo lo estropee.

Él asintió. —Hablaré con él ahora mismo.

Sonrió a Jessica mientras se alejaba. —Hablará con él.

Jessica intentó sonreír, pero hizo una mueca. —Qué bien.

—No tienes ninguna esperanza, ¿no?

—Oye, maja, desde que me enteré de esta locura, me lo he trajinado en la cama hasta casi dejarlo en coma de nuevo y nada.

—¿Nada? Igual no eres tan buena en la cama como crees.

Jadeó indignada. —¡Soy buenísima en la cama!

Alicia sentada en la tumbona todavía con un libro en la mano la miró espantada y Jessica se puso como un tomate cogiendo a Erica del brazo para llevarla hasta la casa. —Tienes que ganar.

—Si ni tengo zapatillas de deporte —dijo empezando a asustarse.

—Eso no es problema, te prestaré algo.

—Es que yo sin mis zapatillas de deporte no corro bien.

—Pues vas a tener que hacer mucho más que correr bien para ganar las pruebas.

—Lo dices como si fueran las olimpiadas.

—Christian lleva pensando en esto desde que pusimos la fecha de la boda. Hizo una búsqueda de niño y está obsesionado.

—¿Pero qué quiere que hagamos?

Jessica forzó una sonrisa. —No es que sepa mucho... ¿Qué tal montas a caballo?

La miró con horror. —Es coña.

—¡Eres texana!

—No todos los que hemos nacido en Texas vamos a caballo, ¿sabes? ¡Solo los he visto de lejos!

—Pues hay una prueba a caballo, eso me ha dicho Christian después de aburrirle a preguntas. El primero que llegue tiene más opciones para dar con la siguiente pista correcta.

—Así que hay pistas.

—Exacto.

—No hay problema. Carl es un hacha a caballo, llegará antes que nadie.

—¿Y encontrará la pista antes que nadie? —preguntó empezando a alterarse—. ¡Si no es capaz de ver lo bueno cuando lo tiene delante!

—¿Esa frase va con segundas? Porque mi hombre es muy listo.

—¿De veras? Seis años, monina, ha tardado seis años en ver la verdad.

—¡Casi! ¡Casi seis años!

—Pues estoy apañada como sea tan espabilado para encontrar el anillo.

Erica entrecerró los ojos. —Uy, de que mala leche me estoy poniendo. Mi hombre es capaz de encontrarlo mucho antes que esos idiotas que son amigos de tu futuro marido.

Christian y Carl entraron en el porche y las vieron discutiendo. —Sí, se le ve muy listo —dijo Jessica con ironía—. Tan listo que pilló todas las señales que le lanzabas en el pasado.

—¡Su madre tenía muy mala opinión de mí! ¡Y sí que las pilló, pero las ignoró, que no es lo mismo! ¡Mi hombre se hace el tonto muy bien cuando le conviene!

—¡Pues más vale que le convenga que me case y se deje la piel para recuperar el anillo, porque sino no me caso!

—Eso es evidente, sin anillo...

Jessica chilló frustrada y Erica puso los ojos en blanco. — ¿Quieres calmarte?

—¿Ganarás?

—Leche, claro que sí. —Se volvió y se sorprendió de verles allí. —¿Has cambiado de opinión? —Christian abrió la boca. —Bah, da igual, Carl y yo les machacaremos.

Carl sonrió. —Claro que sí, nena.

—Ahora me voy a cambiar para comer.

—Después podemos dormir una siestecita porque no llegan hasta las cuatro y media.

Ella decidida asintió. —Pero solo dormir, que hay que reponer pilas para machacarlos a todos.

—Perfecto, nena.

Pero no pudieron dormir porque los invitados llegaron justo cuando terminaban de comer, así que hubo presentaciones, sorpresas al conocer a Molly y miradas incómodas porque casi todos eran del pueblo y por supuesto la conocían desde siempre.

Estaban todos concentrados en el jardín y Carl se puso a su lado. Ella levantó una ceja al ver que iba en vaqueros y camiseta. Al ver las botas que ella le había regalado jadeó indignada. —¿Ahora? ¿Te las pones ahora?

—Son muy cómodas. —Le dio un beso en los labios sonrojándola cuando todos murmuraron. —Gracias.

Ella miró su ropa de deporte rosa fosforito y después a los demás que iban vestidos normales. Era evidente que estaba dando la nota y miró a Jessica con rencor. Esta soltó una risita. —Será capulla.

—¡Muy bien! —gritó Christian subiéndose al escenario que aún estaban montando—. ¿Ya habéis formado las parejas?

—Falta Ilsa —dijo ella en voz baja.

—Tendrían que haber llegado ya.

En ese momento alguien silbó y todos miraron hacia Ilsa que caminaba hacia el grupo. —¿Qué pasa, pringados? ¡La reina ha vuelto a casa!

Varios la vitorearon y su amiga riendo se acercó a ella. —¿Ahora eres la reina?

—Comen de mi mano.

—Pues más nos vale porque hay que ganar como sea.

Ilsa levantó una ceja mirando a Carl. —¿Has metido la pata otra vez?

—Esto no es cosa mía, pero gracias por la confianza.

Erica le susurró al oído lo que había pasado y Ilsa entrecerró los ojos. —¿Es que los hombres de esta familia no pueden dejar de tomar decisiones equivocadas en lugar de hacer felices a sus mujeres?

Carl carraspeó. —Christian es distinto.

—Sí, se nota. Ha pensado sobre todo en la felicidad de su mujer. —Bufó mirando a Henry. —Cielo, qué suerte tengo contigo.

—Bien, ¿nos ayudaréis? —preguntó Erica.

—Por supuesto —dijeron sus amigos sin dudar.

Miraron a Christian que cogió un micro. —Como quería hacer esto bien para que vierais que no había trampa ni cartón, he contratado para este juego a un notario.

Todos parpadearon de la sorpresa. Sí que se lo había tomado en serio.

—Nadie sabe las pistas, solo él, que las ha colocado en el lugar exacto sin que nadie sepa nada, ni siquiera mi novia. Así que si alguien piensa que mi familia tiene ventaja está muy equivocado.

Carl sonrió con ironía cruzado de brazos. —Hermano, te conozco muy bien y conozco este rancho mejor que nadie, ese tesoro es mío.

La sonrisa maliciosa del notario hizo ver a Erica que no iba a ser nada fácil. Preocupada miró a Jessica que se apretaba las manos compulsivamente.

—Como veréis, todos tenéis las mismas pistas. Las mismas oportunidades y en el mismo recinto. El tesoro está en la casa o los alrededores. Puede que alguna pista esté algo lejos, pero será algo que se puede ver desde la casa, así que podréis llegar si corréis lo suficiente. En el siguiente objetivo, habrá cinco pistas y así se irá restando una pista hasta que lleguen a ser solo dos por lo que se irán eliminando a los competidores que se retrasen. Hermano, no puedes usar ni el caballo ni ningún tipo de elemento mecánico, ni siquiera una bici, y eso va para todos.

Así que lo del caballo era falso, solo había que mirar la cara de sorpresa de Jessica para darse cuenta de que su prometido se la había colado. Pues para ella era un alivio, la verdad.

—¿Y qué pasa con los que no conocemos la casa? —preguntó Elsa.

—Las pistas te llevarán a sitios conocidos por todos. Por ejemplo, la cocina, que no digo que sea un sitio que yo haya elegido, porque como le revolváis algo a Mary Anne no volveré a comer decentemente en la vida y eso es algo que he querido evitar. —Varios rieron mientras la mujer sonreía de oreja a oreja. —¿Listos? En cuanto diga tiempo podéis abrir los sobres. —Miró a todos los participantes. —¡Tiempo!

Carl abrió el sobre que tenía en la mano a toda prisa. —“En la mañana es fría y por la tarde caliente, busca en su interior y encontrarás la solución”

—En la mañana es fría y por la tarde caliente. Se calienta con el sol.

—Nena, puede ser cualquier cosa, esto es Texas.

—Busca en su interior. Es algo en lo que podemos meternos.

—Dentro de la casa hay aire acondicionado, así que es fuera.

Entonces se dio cuenta y le cogió del brazo. —Ven conmigo. —Salieron corriendo e Ilsa les siguió hasta la piscina. —El agua por la mañana esta fría y por la tarde caliente. —Se quitó las zapatillas y se tiró al agua. Carl se quitó las botas y la siguió al igual que Ilsa y Henry. De repente la piscina se llenó de gente y era difícil encontrar nada. Erica empezó a ponerse nerviosa. —¡Nena, lo tengo! —gritó Carl.

Ilsa levantó un sobre envuelto en plástico y salió de la piscina. Erica salió del agua tan rápido como podía y se encontró con Carl que ya leía. —¿Qué?

—“Fluye entre las montañas hasta llegar al valle, es necesaria para el ganado y...”

—Está claro que habla del agua y que lo que falta en la frase son los cultivos.

—Nosotros no cultivamos nada.

—Pero tu madre tiene plantas.

Todos miraron las plantas que rodeaban la piscina. Eran un montón. Erica gimió por dentro. —Cielo, ¿alguna idea?

—¿No crees que es demasiado evidente? —preguntó mientras los de los otros sobres ya miraban entre las hortensias.

—¿Qué quieres decir? ¿Tienes más cultivos?

—¿Y si es el ganado? ¿Y si está en el establo?

Corrieron e Ilsa al ver que corrían puso los ojos en blanco silbando a Henry que corrió tras ellos. Carl abrió la puerta del establo y ella dijo —¿Tienes por aquí un grifo o algo así?

Él corrió sin responder hasta una vieja pila de porcelana y vieron cuatro cubos llenos de agua. Carl cogió el primero y lo levantó para ver el sobre pegado al culo. Ella lo arrancó y lo abrió a toda prisa. Ilsa hizo lo mismo para evitar que alguien le quitara su sobre.

—“Los animales comen, beben y después...”

—Cagan —dijo Ilsa mientras otra pareja abría su sobre—. ¡Eh, sin empujar!

—Los animales comen, beben, ¿y después duermen? —preguntó insegura a Carl.

—Puede ser, porque la verdad la prefiero a la opción de Ilsa.

—Repartámonos para cubrir las dos opciones—dijo Henry—. Por si acaso.

—Vosotros al estiércol, majos. —Erica echó a correr hasta los cubículos donde estaban metidos los caballos. —Leche, que grandes son de cerca.

—Ja, ja... —dijo Ilsa a su lado viendo la paja que había en el suelo—. Este tiene una pinta de mal bicho que no puede con ella. Hala, entra.

—¿Por qué yo?

—Porque estoy preñada, por eso.

La otra pareja que era gente que no conocía entró en uno de los cubículos demostrando que estaban acostumbrados a tratar con animales. Ella se agachó y chilló de la alegría levantando un sobre.

—Mierda, nos están ganando.

—Aún queda juego y ahora no pueden seguirnos o copiar nuestros movimientos. —Ilsa la empujó dentro. —¡Espabila!

—Bonito, no me hagas nada. —Apartó la paja con el pie y llegó otra pareja que no se cortó en entrar con ella y arrebatarse el sobre.

—¡Eh, Ray! ¡Todavía no habéis encontrado la segunda pista!

—¿Y? —contestó él con descaro—. Lo importante es encontrar el premio.

—La madre que... —Corrió hacia otro caballo y ahí no se cortó, se puso de rodillas moviendo las manos para encontrar la pista. Otra pareja entró con el caballo que había frente a ella y

empezó a buscar el sobre justo en el momento en que ella encontraba el último que quedaba. —¡Sí! ¡Llama a los demás!

Ilsa salió corriendo mientras leía la pista. —“No, no es dormir”—Parpadeó asombrada y chilló corriendo fuera del establo donde se encontró a los chicos. —¡Está en el estiércol! Uff, cómo oléis —dijo mirando sus brazos manchados de mierda hasta los hombros—. ¿Habéis buscado dentro?

—¿Tú qué crees?

Sorprendida vio que Ray se subía a aquel montón de mierda y empezaba a apartarla de un lado a otro mientras su novia debajo de él recibía parte de lo que movía ese idiota. —¿En serio creéis que tu hermano nos metería ahí? —Abrió los ojos como platos. —Nosotros también somos animales y también cagamos, con perdón.

Carl juró por lo bajo. —¿Estamos buscando un baño? —preguntó en voz baja.

—¿Dónde está el más cercano que no esté en la casa?

—¿Por qué no quieres uno de la casa? —preguntó Ilsa sin entender.

—Porque su madre le mataría si nos metemos así de mojados en la casa para registrarla, nos lo dijo cuando presentó el juego, ¿recuerdas? No querrá cabrear a su madre. —Vio como la otra pareja corría hacia la casa. —Aunque creo que se ha equivocado al dar las pistas porque allí que van.

—El de los empleados —dijo Carl—. El de los empleados del establo. —Miró hacia allí para mostrar un pequeño edificio. —Ahí tienen un comedor y un baño. Pero nena, tienes que estar equivocada, los invitados no irían allí porque no saben que en ese edificio hay un baño.

—Es cierto... Tiene que ser un sitio que sea evidente para cualquiera... —Miró a su alrededor. —Comen, beben y lo siguiente que hacen no es dormir... —Sus ojos brillaron. —Cielo, ¿qué te gusta hacer en la siesta?

Él carraspeó. —Ya sabes lo que me gusta.

—Como a todos —dijo Henry—. Hostia, ¿crees que habla de hacer el amor?

La otra pareja salió corriendo y Erica gimió. —Vamos a perder.

Carl frunció el ceño. —Sí, pero eso no nos ayuda, nena. ¿Dónde pueden estar haciendo el amor ahora mismo? —Entonces juró por lo bajo. —El semental. —Todos miraron hacia el toro que estaba en el cercado. Un ejemplar que era la envidia del condado, ganador tres veces del mejor toro de Texas.

Corrieron hacia allí y Ray al verles, corrió tras ellos. —Será capullo. ¡Carl corre!

Carl saltó el cercado con una agilidad que la dejó pasmada. —Ese es mi chico. —Se acercó al toro que se había puesto en guardia y todos vieron los dos sobres rojos colgados de su cuello. Ray saltó la valla mientras su novia lo animaba. —¡No seas idiota Ray! —gritó Erica subiéndose—. ¡Te va a hacer daño!

—¡Qué va!

Henry se iba a sumar y Ilsa le agarró del brazo. —¿Estás loco? ¡Vamos a tener un hijo! ¡Tú aquí y no te muevas!

—Pero cielo...

—¡Ni cielo ni nada! ¡Eres médico, no Superman!

Ray se acercó por un lado y Carl por otro. Erica se mordió el labio inferior. —Vamos, vamos... —Entonces se dio cuenta de que el toro la miraba y no le extrañaba nada con el modelito que tenía. Se le cortó el aliento. —Puedo distraerlo.

—¿Qué? —dijo Ilsa espantada. Chilló cuando saltó la valla—. ¿Pero estás loca?

Carl miró hacia ella y apretó los labios haciéndole un gesto hacia la izquierda. Corrió hacia donde le dijo y el toro empezó a correr tras ella pasando al lado de Carl que tiró de una de las finas cuerdas de su cuello para arrancar el sobre. Erica al ver que ese bicho se le acercaba a toda velocidad chilló cambiando de rumbo y Carl parpadeó sorprendido. —¡Nena, salta la valla!

—¡Eso intento!

Carl corrió tras el toro. —¡Salta la valla!

Viendo aquellos cuernos tan cerca de su trasero chilló de miedo mientras todos le gritaban que saltara, pero sabía que si se acercaba a la valla no le iba a dar tiempo a saltar y la pillaría en medio. —¿Carl?

—¡Nena, rueda por debajo!

Carl agarró el rabo del bicho y aunque no lo detuvo le hizo mirar hacia atrás, por lo que Erica le esquivó por un pelo antes de tirarse al suelo y rodar bajo la valla. Con el corazón a mil miró el cielo y Ilsa se puso sobre ella. —¿Qué tal la carrerita?

—Muy graciosa —dijo sin aliento.

Carl apareció a su lado. —Nena, ¿estás bien?

—Sí. —Sonrió. —¿La tienes?

Él le mostró el sobre rojo. —La última pista.

—Ray... ¡Ay, Ray, que te pilla! —gritó su novia espantada.

Erica se sentó de golpe para mirar y Ray estaba en serios problemas porque tampoco se quitaba al toro de encima. Carl gruñó dándole el sobre. —Voy a matar a mi hermano.

Al ver que salía corriendo ella gritó —¡Cielo, no!

—¡Eh...! —gritó Carl llamando la atención del toro desde el otro lado del cercado. Se acercó más moviendo los brazos y el toro se detuvo al lado de la valla y miró hacia él. Ray tiró del hilo y saltó la valla.

—Mierda —dijo Ilsa—. ¡Abre el sobre!

Lo hizo a toda prisa. —“El agua es el principio de la vida y tan necesaria en un rancho que haríamos lo que fuera por conseguirla.”

—¿Y? —preguntó Ilsa impaciente mientras Carl llegaba hasta ellos.

—No pone nada más.

—A ver, pensemos. El agua es el principio de la vida... —dijo Henry.

—Haríamos lo que fuera para conseguirla —dijo ella—. Los pozos. Tu madre me dijo que habíais hecho varios pozos.

—Pero no se ven desde la casa, excepto... —Todos miraron hacia la torre que estaba detrás de la casa. —Ese pozo lleva el agua al tanque que está ahí arriba para evitar pérdida de agua en las sequias —dijo él mirando hacia el depósito. Debían ser más de diez metros de altura—. Nena, quédate aquí.

—Ni de coña, yo voy contigo.

Corrieron rodeando la casa y al llegar vieron como Ray discutía porque no podía subir. —¿No pretenderás que lo haga yo? —preguntó su novia indignada—. Tú eres el hombre.

—Tengo vértigo, joder.

—Eres un inútil. —Se agarró a la escalera, pero Carl rodeó la escalera y empezó a subir por el otro lado esquivando sus manos. Con descaro le guiñó un ojo cuando la sobrepasó. —No, no...

—Al parecer tu novia no se da por vencida —le dijo Ilsa a Ray.

—No la conoces, Clare se imagina que va a conseguir algo de mucho valor. Estaba como loca por el puñetero juego, no dejaba de decir que Christian pondría un tesoro muy bueno.

Y no se equivocaba. Preocupada porque Carl estaba subiendo muy deprisa gritó —¡No corras!

—¡Estoy acostumbrado, nena, no te preocupes! —gritó casi donde el depósito.

Entonces escucharon un grito y de repente Clare cayó hacia atrás agarrándose a la escalera solo con su pierna doblada. Todos abajo gritaron y Carl empezó a bajar como una exhalación, pero no llegaría a tiempo. Erica empezó a subir tan aprisa como podía y alargó la mano para coger la suya justo antes de que cayera. Gritó de dolor tirando de su cuerpo hacia la escalera, pero Clare no la agarró porque se había desmayado. Ray justo debajo gritó —¡Déjala caer!

Estaban demasiado altas como para dejarla caer. Solo faltaba que ese idiota no la cogiera y tuvieran que celebrar un funeral.

Sintiendo que no podía más miró hacia arriba y en ese momento Carl llegó hasta ella por el otro lado de la escalera y bajó lo suficiente como para agarrar a Clare por la cintura. —Ya está, preciosa, suéltala.

Fue un alivio soltarla y se agarró a la escalera cerrando los ojos. El dolor del hombro era tan fuerte que no sabía si podría bajar. Carl dejó a Clare tumbada sobre la hierba y miró hacia arriba. —¿Cielo?

—¿Carl? ¿Puedes venir a por mí?

—Joder... —Corrió de nuevo hacia la escalera mientras Ilsa muy preocupada ni miraba a su novio que estaba atendiendo a Clare. Carl subió los escalones de nuevo y se puso justo a su espalda para que su otro brazo descansara. —¿Estás bien?

—Creo que me he roto el hombro o algo así —dijo sin haber recuperado el aliento todavía.

—No te preocupes por nada, ¿vale? Nena gírate y rodéame con tus piernas como cuando hacíamos el amor en el bar, ¿recuerdas?

Rio por lo bajo. —Creo que tú lo recuerdas mucho más que yo.

—No te imaginas cuánto. Vamos, preciosa. Henry está abajo y te verá ese hombro.

Él se sujetó con una sola mano y la ayudó a girar con la otra hasta que se miraron de frente. —Ahora llega lo más fácil.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por la preocupación de su rostro. —Estoy bien.

—Claro que estás bien, no me dejarías ahora.

—No.

A Carl se le cortó el aliento. —¿No?

Se abrazó a su cuello con el brazo sano y rodeó su cintura con sus piernas. —Hacemos un buen equipo.

Él sonrió. —Eso no lo dudes, mi amor.

Se besaron apasionadamente y Ilsa parpadeó. —¿Se están besando?

Henry miró hacia arriba y sonrió. —Este no pierde ninguna oportunidad.

—Eso está claro. ¿Queréis dejar eso para luego que estoy de los nervios? —gritó desgañitada.

Carl apartó sus labios y apoyó su frente en la suya. —Haremos que funcione, ya verás.

—Sí.

—Si notas que pierdes fuerzas, me lo dices y te agarro. —Empezó a bajar poco a poco y él dijo —¿Sabes nena? Estoy deseando tener un hijo contigo.

Se le cortó el aliento. —¿Un hijo?

—Ver cómo te crece la barriga y sentirle dentro de ti. —Apretó los labios. —Siento no haber estado con Molly, lo siento muchísimo.

Las lágrimas fluyeron y escondió la cara en su cuello. —Y yo siento que te lo hayas perdido.

—Estoy muy orgulloso de ti, nena. Eres la mujer más valiente que conozco.

Llegaron abajo y Henry se acercó de inmediato. —¿Qué tiene?

—Es el hombro —dijo Carl dejándola en el suelo.

Henry cogió su brazo y se lo movió. —Hostia, se lo ha dislocado.

—¿Se lo vas a colocar?

Su amigo se agachó ante ella. —Podemos ir al hospital y...

—¿Y fastidiar la boda? Hazlo.

—Te va a doler.

—Hazlo, no quiero que Christian se sienta culpable o algo así. Hazlo ya.

—Está bien —dijo Henry mirando a Carl que era evidente que no estaba de acuerdo. Cogió su brazo estirado y dijo —¿Sabes que

yo le dije que estaba embarazada?

—¿De veras? —preguntó Carl.

—Y aun así intenté ligármela. Aun sabiendo que amaba a otro hombre...

—Eh, que nunca me lo dijiste... ¡Ay! —gritó cuando se lo colocó. Cerró los ojos del alivio porque el dolor casi había desaparecido por completo—. Amigo, te quiero.

—No debes mover ese hombro durante unos días. Iré a buscar un cabestrillo al pueblo, el médico seguro que tiene.

Ilsa sonrió y Erica la miró preocupada. —¿Tú sabías que Henry...?

—¿Qué quería ligarte? Era evidente, pero me conoció a mí, intentó que le ayudara a conquistarte y me lo ligué sin que se diera cuenta. Bah, no tenía ninguna posibilidad.

—No —dijo Carl molesto—, no la tenías.

Henry rio por lo bajo y Clare gimió en ese momento. —La bella durmiente ha vuelto.

—¿Está bien? —preguntó Erica.

—Ha sido el susto, nada más. Gracias a ti no tiene ninguna lesión y no se ha golpeado la cabeza, así que solo ha sido el susto. —Henry se puso de pie. —¿Y el tesoro?

Carl levantó el anillo colgado de una cadena de oro. —Conseguido.

—Mierda —dijo Clare antes de fulminar a su novio con la mirada—. ¿Ves cómo era algo bueno?

—No volveré a dudar de ti, palomita.

—Más te vale.

Carl cogió a Erica en brazos y esta sonrió. —Las piernas las tengo bien.

—Te soltaré cuando ese no esté cerca —dijo haciéndola reír—. Y cuando se me quite el susto.

—Te he asustado, ¿eh?

—No lo sabes bien, nena —dijo comiéndosela con los ojos.

Se sintió tan bien a su lado que recostó la cabeza en su hombro. —Lo conseguiremos, ¿verdad?

—Claro que sí. Llegaremos a un acuerdo y seremos muy felices. Seremos una familia.

—Nunca he tenido una familia.

Él apretó los labios y la besó en la sien. —Pues ya eres parte de esta, nena. Has luchado como una Driscoll para hacer feliz a Jessica.

—Sí, mañana es su día.

—Lo pasaremos estupendamente, ya verás.

Capítulo 14

Cuando llegaron a la casa hubo un gran revuelo porque Clare hizo un drama y Jessica insistió en que fueran al hospital. Clare ante la posibilidad de perderse la fiestecita que habían organizado para esa noche se negó en redondo. Henry después de calmar a la novia que estaba a punto de pegarle a Christian una bronca de primera, subió con Erica a la habitación. —Cómo se ha puesto —dijo sorprendida—. Y eso que no sabe lo del toro.

Carl reprimió la risa. —Ya verás cuando se entere, porque Clare no se va a cortar. —La tumbó en la cama y Henry se sentó a su lado mientras Carl le quitaba las zapatillas de deporte.

—No te preocupes, ya estoy bien. —Movi6 el brazo. —¿Ves? Solo me molesta un poco.

—Te recetaré unos antiinflamatorios y harás algo de rehabilitación para asegurarnos de que tienes una recuperación adecuada. Y te pondrás el cabestrillo, que te conozco.

—¡Mañana es la boda! ¡No pienso ir con eso a la boda!

—Nena, ¿le estás discutiendo a este tío con todos los años que ha estudiado?

Gruñó recostándose en las almohadas. Entonces se dio cuenta de que estaba mojada y chilló levantándose de un salto. Ambos parpadearon. —¡Es encaje! Me voy a duchar.

La puerta se abrió de golpe y su niña entró en la casa vestida de princesita. —Mami, mami, ¿has ganado?

—¿De dónde has sacado ese disfraz de Bella?

—Me lo ha traído la tía. —Se dio una vuelta. —¿A que estoy guapa?

—Solo te falta la bestia —dijo Carl divertido.

—¡La tengo! —Salió de la habitación y entró con un muñeco más grande que ella que era la Bestia y estaba vestido de gala.

Erica levantó una ceja. —Muy bien cielo, tienes de todo. —Miró a Carl incrédula.

Él carraspeó. —Nena, aquí hay mucho sitio.

—Ya, claro. ¿Tanto como para tener un parque Disney?

—Pues sí.

Gruñó yendo hacia el baño.

—Mami, mami, ¿sabes qué?

—No, ¿qué? —Abrió el grifo de la ducha.

—Mañana llevaré un vestido de princesa mucho más bonito que este, ¡y voy a ir al baile!

—¿Estás contenta?

—Mucho, además llevaré los anillos, soy importante —dijo haciendo reír a su padre que entró en el baño en ese momento—. ¿A que sí, papi?

—Importantísima, esta boda no se hubiera celebrado sin ti.

—¿Ves, mami?

—¿Podéis salir, por favor? Me voy a duchar.

Ambos parpadearon como si no entendieran lo que quería decir. —Carl...

—Mami, si me puede ver desnudita a mí, a ti también.

—Bien dicho, hija.

Gruñó quitándose la camiseta y Carl carraspeó. —Nenita, ¿por qué no vas a ver qué hace tu abuela? Creo que iba sacar golosinas.

Los ojos de la niña brillaron antes de salir corriendo y él cerró la puerta con pestillo. Erica rio. —Estoy convaleciente.

—Tendré mucho cuidado —dijo comiéndosela con la mirada. Se quitó su camiseta—. Vamos, nena, no hay que desperdiciar agua.

—Oh... —Alargó la mano para cerrar el grifo, pero él se lo impidió. —Nos ducharemos juntos. —Como estaba de espaldas a él le desabrochó el sujetador y besó su espalda antes de que las botas cayeran al suelo y los vaqueros le siguieran. —Deja que te ayude. — Sin moverse deseando saber cuál sería su siguiente paso, esperó y Carl la besó en el cuello provocando que ella suspirara de gusto. Él pasó las manos por debajo de sus axilas y le acarició los pechos antes de que sus manos bajaran por su vientre para tirar de sus mallas hacia abajo. Erica le ayudó quitándoselas con los pies y cuando la mano de Carl acarició su sexo provocó que un gemido saliera de su boca. —Me muero porque estemos solos sin preocuparnos del tiempo —susurró en su oído mientras su cuerpo se pegaba al suyo. —Porque te haré el amor tan lentamente, te haré disfrutar tanto, que jamás saldré de tu mente.

Ella se volvió y rodeó su cuello con el brazo sano. —Nunca has salido de mi mente. —Carl atrapó su boca y la besó tan intensamente que su sangre se volvió loca. Impresionada por el deseo que la recorría inclinó su cabeza a un lado para responder con el alma mientras él sujetaba sus glúteos elevándola y metiéndola bajo el agua. Apartó sus labios y suspiró elevando su rostro porque él empezó a besar su cuello con ansias mientras su sexo reclamando atención entraba en ella. Abrazándose a él gimió sintiendo cada milímetro que recorría. —¿Cómo voy a olvidarte? —susurró haciendo que la mirara a los ojos—. ¿Cómo no voy a quererte?

La miró de una manera que se sintió suya y Carl la besó con ansias pegándola a la pared para entrar en su ser con un empujón que la dejó sin aliento de puro placer. Y movió sus caderas una y otra vez hasta que Erica creyó que perdería el sentido. Asustada por todo el placer que la recorría, se aferró a sus hombros y Carl sujetó sus caderas con más firmeza para llenarla de tal manera que todo su ser se tensó necesitando más.

—¿Más, nena? —Entró en ella de nuevo provocando que todo explotara a su alrededor y se sintió más feliz que en toda su vida.

Sin aliento él la besó en el cuello diciéndole lo maravillosa que era hasta que fue capaz de abrir los ojos. Se miraron en silencio y los ojos de Erica se llenaron de lágrimas.

—Nena, no pienses, después de la boda hablaremos sobre lo que vamos a hacer.

—No se trata de eso.

—¿Entonces qué pensabas?

—En el embarazo que me espera por delante, porque ya lo hemos hecho dos veces sin condón.

Él sonrió. —¿Tan duro fue?

—Ya verás, ya.

Esa noche la cena era un buffet y habría un grupo de música que se quedaría hasta las diez para amenizar la velada. Se puso mona con un vestido azul que le había comprado Jessica y por supuesto no se puso cabestrillo a pesar de las protestas de todos. No pensaba salir con eso en las fotos.

Cuando bajó con Carl habló con algunos de los presentes y le preguntaron por su nueva vida. Bernie la pilló por banda cuando Carl estaba hablando con unos ganaderos y la muy bruja no la dejaba en paz para que le contara qué había pasado para que la boda se hubiera retrasado. Ella como los novios dijo que Jessica no se encontraba bien y que preferían esperar a que ella que era la novia disfrutara de su día.

—Así que tu hija es de Carl, ¿eh?

—Veo que te has enterado.

—Hay pocas cosas de las que yo no me entere en este pueblo —dijo maliciosa—. Se portó muy mal contigo, ¿no? ¿Por eso te fuiste?

—Eres un poco indiscreta, ¿no crees?

—Vamos, la gente quiere noticias.

—Ah, que ahora eres periodista —dijo molesta.

Carl que no la perdía de vista se acercó. —¿Algún problema, nena?

—Confirmado, estáis juntos.

—¿Desde cuándo eso es problema tuyo, Bernie?

—Desde que dejaste a mi hermana para volver con esta.

Erica separó los labios de la impresión volviendo la cabeza hacia Sara, que pálida no dejaba de mirarles.

—Ya sabía yo que no la llamabas por algo.

—¿Carl?

Él apretó los labios. —No puedo decir que haya sido un gusto verte, Bernie. —Cogió a Erica del brazo y tiró de ella para alejarla. —Nena, no fue nada serio.

—¿Tan serio como lo nuestro? —Apartó su brazo.

—Entiendo que te mosquees, pero cuando estuve con ella no pensaba que iba a volver contigo. De hecho, pensaba que nunca volvería a verte, joder.

—Claro que sí —dijo entre dientes antes de alejarse y para sorpresa de él lo hizo yendo hacia Sara.

—Hostia... —Fue hasta ellas.

—¿Cuánto? —preguntaba Erica—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Sara angustiada le miró a él. —Dos años de manera intermitente.

—Nunca te prometí nada, joder. Nos divertimos y...

Erica se volvió pálida porque a esa pobre chica le había hecho lo mismo que a ella. Solo había que verle la cara. —Tengo que ir a vomitar.

—Nena...

Salió corriendo intentando retener las lágrimas y se cruzó con su suegra que mostró sorpresa por su rostro. —¿Qué ha pasado,

niña?

Ella no contestó, corrió hacia el baño más cercano y se arrodilló frente al inodoro abriendo las tapas a toda prisa para vomitar todo lo que había comido.

Carl llegó corriendo. —Nena, no se parece en nada a lo nuestro, te lo juro por Dios. —Se acercó a toda prisa y al ver que no dejaba de vomitar, maldijo por lo bajo mojando una toalla.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ilsa llegando en ese momento.

—Nada, no le pasa nada.

—No me creo una palabra —dijo con rabia arrebatándole la toalla de las manos—. ¿Qué le has hecho?

Carl apretó los labios. —Se ha enterado de que tenía una relación con Sara Thompson antes de que volviéramos a vernos. Pero después de ver a Erica dejé esa relación, lo juro por Dios.

Sorprendida miró a su amiga y se agachó a su lado. —Cielo, es normal que tuviera otras relaciones, lo vuestro estaba roto y... —Erica sollozó.

Carl dijo angustiado —Mi relación con Sara no se parece en nada a lo que tuvimos nosotros.

Le miró con los ojos llenos de lágrimas. —¿La llamabas cuando tú querías? ¿La ignorabas cuando te convenía? ¿Sabías que siempre la tendrías a tu disposición cuando quisieras?

—Nena...

—¿En qué se diferencia? —siseó—. Lo nuestro no fue porque tu madre no quisiera ni verme, fue un patrón de conducta que demuestra lo cerdo que eres. Nos utilizas y nos deshechas cuando te viene bien, lo que pasa es que ahora está Molly, ¿no es cierto? Es una Driscoll y no puedes dejar que se crie lejos del rancho.

Él dio un paso hacia atrás. —Ahora eres tú la injusta.

—¿De veras? —Expresó su desprecio con su mirada. —Desaparece de mi vista, me das asco.

—Lo que pasa es que estás aprovechando esto para dar un paso atrás porque eres un cobarde.

Ilsa jadeó mientras ella perdía el poco color que tenía en la cara. —¡Sal de aquí! —exigió su amiga.

—¿Qué pasa, que yo no puedo decir lo que pienso? Solo busca excusas para alejarse de mí cuando sé que me quiere.

—Será que tiene miedo a que le vuelvas a hacer daño.

—¡Si se hace daño a sí misma! ¿Que me aproveché? ¡Erica quería la relación que teníamos, pudo haberme dejado cuando le diera la gana y continuó a mi lado!

—¡Porque te quería!

—Jamás se quejó, nunca me exigió más, nunca expresó que estuviera descontenta.

—Tú lo sabías —dijo Erica con desprecio.

—¿Y qué querías que hiciera, nena? Mi padre tuvo su primer infarto por culpa de tu madre, ¿qué querías que hiciera? ¿Que me enfrentara a mi madre y le hablara de ti? ¡Intentaba evitar los problemas! Cuando sucedió lo de Christian me cabreeé muchísimo porque mi hermano estaba a punto de morir y tu familia era la responsable. ¡Pensé que mi madre había tenido razón desde el principio porque sí, dudé y llegué a creer que me la pegabas con Christian!

—¿Pero estás loco? —dijo Ilsa sin salir de su asombro.

—Siempre le sonreía y Christian me dijo mil veces antes de esa noche que estaba loco por llevársela a la cama. Estaban en su camioneta y creí... Joder, creí mil cosas, yo también soy humano. ¡Yo también sufrí con esto! —Miró a Erica. —Y sí, quería dejar de sufrir y sabía que si te largabas del pueblo ya no volvería a verte nunca más. ¡Lo que hiciera después de estar juntos es solo asunto mío! Pero ya que lo preguntas fui sincero con Sara desde el principio. ¡Le dije que nunca la amaría y que si quería divertirse estaba dispuesto, porque intentaba olvidarte! —Erica separó los labios de la impresión. —¡Sí, porque conseguí echarte del pueblo, pero nunca saliste de mi puta

cabeza, incluso después de lo que me dijo Ed! —Furioso dio un paso hacia ella. —¡Porque aunque no supe llevar aquella situación, yo te quería! ¡Por eso durante ese maldito año no podía dejar de verte! ¡Podría haber estado con otra como lo estuve con Sara, pero estaba contigo! ¡Escuchando comentarios de mis hombres que deseaban llevarte a su cama, viendo como tíos en el bar intentaban ligar contigo, yendo a misa sin poder sentarme a tu lado por no disgustar a mi madre!

—Igual el que eres un cobarde eres tú —dijo Ilsa fríamente.

—Sí. —Sonrió con desprecio. —Yo también fui un cobarde. Y puede que Molly ayudara a que tuviera el valor de intentarlo de nuevo, cuando es evidente que Erica me odia. —La miró a los ojos y ella sollozó. —Me odias, ¿verdad, nena? No solo no te fías de mí, el rencor que tienes dentro no dejará nunca que seamos felices. Siempre estarás a la que salta para echármelo en cara. Esto no tiene futuro y es hora de aceptarlo.

—Tienes toda la razón —dijo Erica casi sin voz.

Él asintió. —Pues ya está todo hablado. Te agradecería que te quedaras a la boda para que mi hermano y Jessica disfruten del día. Esta semana llamaré a mi abogado para que se ponga en contacto contigo para negociar cuándo podré ver a la niña. Intentaré molestarte lo menos posible.

—Bien —dijo con un nudo en la garganta.

—Siento haber iniciado de nuevo esta relación, porque es evidente que solo te he hecho daño —dijo antes de alejarse.

Ilsa se llevó la mano al pecho y se volvió hacia ella. —Parece muy afectado, ¿no?

Agachó la mirada sintiéndose agotada. —Como él dice esto no tiene futuro y es hora de aceptarlo por mucho que nos duela.

Sonrió viendo como su hija llevaba los anillos hacia los novios que estaban guapísimos. La boda fue preciosa, pero ella por mucho

que lo intentaba no podía dejar de mirar a Carl que en su papel de padrino estaba guapísimo de esmoquin. Toda la familia sabía lo que había pasado, seguramente porque Ilsa se lo había dicho, pero nadie se había acercado a ella para pedirle explicaciones, y lo agradecía porque no quería hablar de ello. Solo quería irse de allí cuanto antes. Pero su niña soñaba con el baile y sentada en la mesa de los familiares de los Driscoll vio como su padre la invitaba a bailar y sacó mil fotos.

La novia le entregó el ramo a ella y se puso como un tomate, pero lo cogió porque no quería llevarle la contraria en su día.

De la que iba hacia el baño vio a Henry hablando con un hombre que no conocía. —Erica, deja que te presente a un buen amigo.

Sonriendo se acercó. —David, ella es Erica Holder, una gran amiga. David es el mejor médico que conoceré jamás.

—Exagera.

—¿Trabajas en San Antonio?

—No, ahora llevo la consulta del pueblo.

—¿De veras? No sabía que se había jubilado el doctor Wilkings.

—Hace dos años. ¿Naciste aquí?

—Sí. ¿Me disculpáis? Tengo que ir al baño.

—Aquí te espero.

Al ver que estaba interesado forzó una sonrisa antes de contestar —Vale...

Se alejó a toda prisa y David parpadeó. —Parece que la he impresionado —dijo con sorna—. No podría haber corrido más.

—Será que no le interesas.

Los amigos se volvieron para ver a Carl, que miró a David como si quisiera arrancarle la cabeza. —Es evidente que quien no le interesas eres tú, amigo.

—Vaya, al parecer desde que llegaste has labrado algunas amistades, David.

—David... —le advirtió Carl.

Le miró malicioso. —¿Qué pasa aquí? —preguntó Henry.

—Carl teme a la competencia.

—De ti no temo nada —dijo entre dientes.

—De todas maneras, la que decidirá será ella, así que no sé por qué te pones así.

Él apretó los labios y asintió alejándose.

David rio por lo bajo.

—Siempre has sido un provocador. ¿Le conoces mucho?

—Bastante. Desde que llegué, me recibió con los brazos abiertos, hemos hecho una gran amistad.

—¿Entonces?

—Entonces sé mucho más que vosotros de toda la mierda que rodeaba a Carl en el momento que Christian sufrió el accidente, por llamarlo de alguna manera.

Henry frunció el ceño. —¿Qué mierda?

—Ven, que te cuente.

Se alejaron de la pista de baile hasta la barra de las bebidas. Ilsa sentada en la mesa de Erica con la niña sobre sus rodillas frunció el ceño al ver que hablaban en susurros, pero lo que la mosqueó fue la cara de sorpresa de su novio después de que ese tío le dijera algo al oído. Erica llegó hasta ella y se sentó a su lado. — Uff, me matan estos zapatos, Jessica tiene medio número menos. ¿Has visto a Ed? Ese cobarde ha debido esconderse bajo una piedra porque no le he visto.

—No estaba invitado. Christian al saber lo que le había dicho a su hermano para dejarte mal, retiró su invitación. No quería líos en su boda porque se juega que Carl le parta la cara por mentiroso. Ese ya ha debido largarse del pueblo.

—Pues mejor, no está la cosa como para más líos. —Al levantar la vista y ver su cara preguntó —¿Qué pasa?

—No lo sé, pero ese tío que está con Henry le está contando algo que le está sorprendiendo bastante.

—¿El médico? —preguntó con desgana antes de beber de su copa de agua. Sonrió a su hija que estaba de lo más entretenida jugando con una barbie que no había visto hasta ahora—. ¿De dónde has sacado eso?

—Del tío Christian, ha regalado una a cada niña.

—Aquí no hay más niña que tú.

Soltó una risita. —Pues eso.

Puso los ojos en blanco, cómo la estaban malcriando. Bueno, acababan de conocerla, tampoco había que ser tan dramática. En unas semanas a ver cómo iba el asunto. La abuela llegó en ese momento. —¿Dónde está la niña más guapa de Texas?

Sonrió divertida mientras su hija gritaba levantando el brazo. —Cómo te echas flores a ti misma, abuela.

Meredith soltó una risita cogiendo la mano de la niña. —Voy a presumir un poco. Nenita, voy a presentarte a unas amigas. Si te han traído algo, tú di gracias.

—Sí, abuela.

Erica puso los ojos en blanco mientras se alejaban. —¿Cuándo crees que podré largarme?

Ilsa con los ojos entrecerrados dijo por lo bajo —Creo que no deberías irte todavía porque por la cara de mi novio aquí aún hay chicha que sacar. ¡Mira, mi chico ha vuelto a mirarme! Uy, aquí hay tomate...

—¿Qué?

Carl se acercó en ese momento y parecía bastante incómodo. —Nena, ¿podemos hablar?

Le miró sin entender porque el día anterior había sido muy claro. —¿De la niña? —Se levantó mirando a su alrededor. —Estaba

con tu madre, pero...

—Hay algo que no te he dicho porque no lo sabe nadie, juré que no lo diría.

Le miró a los ojos sin entender. —¿De qué hablas?

—No quise decir nada, pero ahora David dice que él no hizo ningún juramento y que ya está harto, así que...

—No entiendo nada. ¿David el médico? ¿Qué tiene que ver ese hombre en todo esto?

—Él trató a mi madre cuando tuvo una recaída del cáncer de colon.

Erica se llevó la mano al pecho de la impresión.

—Cuando murió mi padre, Christian lo pasó muy mal, tan mal que tuvo problemas de comportamiento. No estudiaba ni quería trabajar y cuando...

Se detuvo y Erica preguntó —Carl, ¿cuándo qué?

—Cuando su madre enfermó de cáncer, Meredith le hizo jurar por la tumba de su padre que no diría nada a nadie para que Christian no sufriera —dijo Henry tras él.

Ilsa dejó caer la mandíbula del asombro. Carl apretó los labios mientras David desde lejos levantaba su copa en señal de saludo. —Te voy a...

—¿Carl? —Erica no entendía nada. —¿Tu madre ha estado enferma?

—Ya me extrañaba a mí que David viniera a vivir aquí con lo buen médico que es, este tío le contrató cuando se jubiló el anterior para que nadie se enterara de las sesiones de radioterapia que le ponía a su madre. Enfermó por primera vez hace seis años y la operaron seis meses antes del accidente de Christian, mientras su hermano convenientemente estaba de viaje con sus amigos por los Estados Unidos, viaje que les pagó él para que no estuviera aquí en ese momento.

Pálida no dejaba de mirarle a los ojos. —Carl...

Henry continuó —Él ya estaba contigo y aunque quería decírselo a su madre no quería disgustarla, así que se calló esperando a que se recuperara. ¿Qué ocurrió? Que Christian tuvo el accidente antes de que eso ocurriera y que pudiera decirles a todos que tú eras su chica.

—¿Eso es cierto? —preguntó ella atónita.

—Recayó hace poco más de dos años y contraté a David porque no quería que Christian pasara por eso cuando ya se había recuperado. Así recibía tratamiento en el pueblo y solo tiene que ir al hospital una vez al mes.

—¿Y cómo está?

—Mucho mejor, nena, la operaron hace dos meses por segunda vez y ya está limpia.

—La obstrucción intestinal.

—No podíamos evitar que Christian se enterara de esa operación, pero decidimos cambiar la razón. Además estaba Jessica que es del gremio y no es tonta. Tenía que haber una justificación y decidimos decir que era una obstrucción intestinal.

Suspiró del alivio. —Menos mal que ya está bien. —Es que ni sabía qué decir, ese dato lo cambiaba todo, nadie podía culparle por intentar proteger a Meredith o a su hermano. Todo fue una cadena de desafortunados acontecimientos que habían terminado destruyéndoles la vida.

—No pensabas decírmelo, ¿verdad? —susurró emocionada.

—Nena, se lo juré. De hecho, cuando para nuestra sorpresa viniste a la anterior boda, mi madre me hizo prometer de nuevo que no te diría nada porque Christian aún no se había casado... Sabía que si se enteraba de que estaba enferma no se iría a Ohio.

—Ella no quiere que se vaya a Ohio. —Él apretó los labios. —Entiendo, fingió porque sería raro que no se quejara un poco.

—Veo que empiezas a conocerla. —Incómodo se pasó la mano por la nuca. —Bueno, ya lo he dicho todo, espero que seáis discretos.

Se alejó a toda prisa como si quisiera huir cuanto antes de esa situación y angustiada se volvió hacia sus amigos apretándose las manos. —¿He sido injusta?

—Con la información que tenías no, cielo —dijo Ilsa.

—No te lo ha contado todo.

Ambas miraron a Henry, que sonrió con tristeza. —La semana antes de que muriera tu padre, Carl te compró un anillo. Había decidido dar el paso y contártelo, pensaba decirte que guardarais el secreto hasta que su madre estuviera mejor.

Con los ojos llenos de lágrimas susurró —¿Es el anillo que me ofreció antes de ayer?

—¿Te pidió que te casaras con él? —preguntó Ilsa sorprendida.

Ella asintió. —En el bar, ante todos.

Henry sonrió. —Supongo que será el mismo. Su amigo dice que nunca lo devolvió.

Emocionada se giró y caminó entre la gente. Carl estaba en la barra con un vaso de whisky en la mano y cuando vio que se acercaba se enderezó dejándolo a un lado. Erica le abrazó sorprendiéndole y Carl cerró los ojos pegándola a su cuerpo. —Lo siento, nena, yo...

—Shussss... No digas nada, mi amor. No digas nada... —Se abrazaron durante unos minutos y ella se apartó para mirar sus ojos. —Dámelo.

Él sonrió metiendo la mano en el bolsillo del pantalón.

—¿Lo tenías ahí a pesar de nuestra discusión?

—Es tuyo, nena, siempre ha sido tuyo. Así que llevarlo me daba esperanzas.

Emocionada vio cómo se ponía de rodillas mientras los invitados silbaban haciéndoles reír. —Para quien no lo sepa, no es la primera vez que hago esto, así que ya tengo práctica —dijo a los invitados cogiendo su mano—. Pero creo que ahora vas a decirme

que sí. Mi amor, ¿me harías el honor de ser mi esposa y aguantar a los Driscoll el resto de tu vida?

Llorando asintió. —Sí, sí quiero.

La gente gritó levantando sus copas y él le puso el anillo en el dedo. —Lo quiero todo, pero sobre todo te quiero a ti.

Él la cogió por la cintura elevándola y Erica rodeó sus caderas con sus piernas besándole como nunca antes le había besado, porque ahora no tenía que ocultar su amor. Se miraron a los ojos mientras los novios aplaudían como los demás y la llevó hasta la pista de baile. —Cielo, no tengo zapatos.

—No los necesitas, nena —dijo comiéndosela con los ojos.

Inmensamente feliz besó sus labios suavemente mientras su hija aplaudía como los demás. —Nuestro primer baile —dijo emocionada.

—El primero de muchos.

Acarició su mejilla. —Te amo.

—Y yo te amaré mientras viva.

Le abrazó con fuerza mientras él se movía al ritmo de la música y sus ojos fueron a parar a Meredith, que intentando contener las lágrimas susurró —Bienvenida a la familia.

Epílogo

Acariciando su enorme vientre de siete meses gritó desde la grada —¡David, eres un manta!

El médico le sacó un dedo haciéndola reír a carcajadas antes de que David intentara atrapar con el lazo a la vaquilla.

Ilsa se sentó a su lado con su hijo en brazos. —¿Nerviosa?

—Qué va, es la mejor, no tiene rival y...

—Estás cagada, ¿no?

Gimió. —Como se lleve un disgusto, voy a matar a Carl.

—Lo he oído —dijo su marido acercándose a ella con un zumo de naranja—. Nena, tienes que relajarte o tendrás contracciones de nuevo.

—Sí, no queremos que los gemelos salgan antes de tiempo —dijo Ilsa.

—Toma esto, que has tenido náuseas casi todo el día. —Su marido le puso delante una hamburguesa y la cogió a toda prisa haciéndole reír. —¿Qué tal, Henry? Últimamente le vemos menos.

—Pues está muy ocupado y muy contento en la clínica con David. Se están haciendo un nombre y ya viene gente de San Antonio a que les traten aquí, ¿sabes? Hasta están pensando en incorporar un quirófano para no tener que ir a operar los tumores a San Antonio.

—¿Van a ampliar?

—Vete preparando la cartera, Driscoll, te pedirán pasta porque necesitarán hacer un complejo nuevo.

—Es una buena inversión, ¿no nena?

Erica con la boca llena asintió. —Yo invertiré también.

—Es increíble que te ofrecieran lo de la franquicia y ahora haya doce bares por todo Texas —dijo Ilsa divertida.

—Cada vez que abre uno cien mil dólares. Por cierto, he guardado el veinte por ciento de cada franquicia para la universidad del pequeño Henry en una cuenta a su nombre.

La miró emocionada. —No tenías...

—Claro que sí, el bar no hubiera triunfado sin tu colaboración y tu apoyo, así que por mucho que me lo rechaces, es para el niño y ya está hecho. Yo ya no puedo tocar ese dinero, lo hará él cuando cumpla dieciocho años.

Ilsa miró a Carl que sonrió. —¿Estás de acuerdo?

—Claro que sí, sois un equipo.

—Gracias.

Erica rio por lo bajo. —No nos las des, tu marido nos está haciendo ganar un montón de dinero con la clínica.

—Y ahí viene el campeón —dijo Carl mirando hacia el otro lado de las gradas.

Henry llegó hasta ellos y besó a su mujer y a su hijo antes de sentarse a su lado. —¿Agotado? —preguntó Erica divertida.

—He tenido que estar toda la noche monitorizando a un paciente, pero ha merecido la pena, ha salido adelante.

—Ese es mi chico.

—¿Cómo lo ha hecho David? —preguntó su amigo mirando a la arena —. ¿Me lo he perdido?

—Te hubieras partido de la risa —dijo Erica haciéndole sonreír —. Será muy buen médico, pero como vaquero no hay por donde cogerle.

Entonces anunciaron el concurso infantil. —¡Ahí sale! —dijo Erica viendo a su pequeña en la fila con los demás niños. Su profesora les dijo que salieran y todos lo hacían con un lazo en la

mano. Estaba monísima con su camisa de cuadros y sus botas doradas regalo de su abuela para la ocasión.

Carl sonrió orgulloso mientras se ponía ante el barril. Los niños elevaron el brazo con la cuerda de colores y empezaron a girarla sobre su cabeza mientras la niña les miraba. —¿Qué le pasa? —preguntó su padre.

La profesora corrió hacia ella y le dijo algo al oído. La profesora sonrió divertida y la cogió por los hombros tirando de ella hacia atrás alejándola aún más del barril. Carl rio por lo bajo viendo la decisión en la mirada de su hija. Erica cogió su mano reteniendo el aliento y Molly levantó el brazo girando el lazo sobre su cabeza como le había enseñado su padre. Lo lanzó rodeando el barril y todo el mundo aplaudió cuando tiró de la cuerda como una profesional.

Erica gritó de la alegría abrazando a su marido y por megafonía anunciaron a la ganadora. —¡Molly Driscoll!

La niña se acercó a los demás y les dio la mano como le habían enseñado antes de acercarse a ellos corriendo. —¿Has visto, mami?

—Lo has hecho muy bien, vete a recoger tu premio, cielo.

Miró hacia atrás donde su suegra estaba en el palco de autoridades como presidenta de las amas de casa, Meredith lloraba como una magdalena de la emoción mientras sus amigos la felicitaban.

A Carl le sonó el teléfono y lo descolgó a toda prisa. — ¡Christian, lo que te has perdido, Molly ha ganado! ¡Va a ser la mejor vaquera de Texas! —Miró sorprendido a Erica.

—¿Qué? ¿Qué?

—Felicidades, tío.

—¿Qué te dice para que le digas eso? —preguntó Erica impaciente.

—Jessica está embarazada.

Le arrebató el móvil. —Enhorabuena.

—Gracias.

—¿Está ahí contigo?

—Se acaba de ir a trabajar.

—Alicia y Benjamin estarán como locos.

—No lo sabes bien.

—¿Vendréis para Navidades? Queda una semana.

—No nos perderíamos tu cumpleaños por nada. Iremos mañana, vamos a pasar dos semanas con vosotros. Pero no le digáis nada a mamá, quiero que sea una sorpresa.

—Y vaya si lo será. Estoy deseando que lleguéis.

—Dales a todos un beso de nuestra parte.

—Por supuesto, os queremos.

—Nosotros también os queremos.

—Adiós Christian. —Colgó emocionada. —Va a tener un hijo.

—Van a ser unas navidades increíbles —dijo Carl abrazándola por los hombros para pegarla a él—. Serán las mejores de mi vida porque estás a mi lado.

Le miró a los ojos. —Han sido unos meses maravillosos, ¿verdad?

—Todo ha sido mucho mejor de lo que me había imaginado. Y es gracias a ti, señora Driscoll.

—Te amo, cada día te amo más.

—Y yo a ti, nena. —Él besó suavemente sus labios. —Y sé que será para siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
 - 2- Brujas Valerie (Fantasía)
 - 3- Brujas Tessa (Fantasía)
 - 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
 - 5- Planes de Boda (Serie oficina)
 - 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
 - 7- La consentida de la reina (Serie época)
 - 8- Inseguro amor (Serie oficina)
 - 9- Hasta mi último aliento
 - 10- Demándame si puedes
 - 11- Condenada por tu amor (Serie época)
 - 12- El amor no se compra
 - 13- Peligroso amor
 - 14- Una bala al corazón
 - 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa)
- Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
 - 17- Huir del amor (Serie oficina)
 - 18- Insufrible amor
 - 19- A tu lado puedo ser feliz
 - 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
 - 21- No me amas como quiero (Serie época)
 - 22- Amor por destino (Serie Texas)
 - 23- Para siempre, mi amor.
 - 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
 - 25- Mi mariposa (Fantasía)
 - 26- Esa no soy yo

- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía

- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93-	Róbame el corazón
94-	Lo sé, mi amor
95-	Barreras del pasado
96-	Cada día más
97-	Miedo a perderte
98-	No te merezco (Serie época)
99-	Protégeme (Serie oficina)
100-	No puedo fiarme de ti.
101-	Las pruebas del amor
102-	Vilox III (Fantasía)
103-	Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104-	Retráctate (Serie Texas)
105-	Por orgullo
106-	Lady Emily (Serie época)
107-	A sus órdenes
108-	Un buen negocio (Serie oficina)
109-	Mi alfa (Serie Fantasía)
110-	Lecciones del amor (Serie Texas)
111-	Yo lo quiero todo
112-	La elegida (Fantasía medieval)
113-	Dudo si te quiero (Serie oficina)
114-	Con solo una mirada (Serie época)
115-	La aventura de mi vida
116-	Tú eres mi sueño
117-	Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118-	Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119-	Sólo con estar a mi lado
120-	Tienes que entenderlo
121-	No puedo pedir más (Serie oficina)
122-	Desterrada (Serie vikingos)
123-	Tu corazón te lo dirá
124-	Brujas III (Mara) (Fantasía)
125-	Tenías que ser tú (Serie Montana)
126-	Dragón Dorado (Serie época)

127-	No cambies por mí, amor
128-	Ódiame mañana
129- oficina)	Demuéstrame que me quieres (Serie
130- oficina)	Demuéstrame que me quieres 2 (Serie
131-	No quiero amarte (Serie época)
132-	El juego del amor.
133-	Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Montana)	Una segunda oportunidad a tu lado (Serie
135-	Deja de huir, mi amor (Serie época)
136-	Por nuestro bien.
137-	Eres parte de mí (Serie oficina)
138- escocesa)	Fue una suerte encontrarte (Serie
139-	Renunciaré a ti.
140-	Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141-	Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142-	Era el destino, jefe (Serie oficina)
143-	Lady Elyse (Serie época)
144-	Nada me importa más que tú.
145-	Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146-	Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147-	Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148-	¿Cómo te atreves a volver?
149- 1 (Serie época)	Prometido indeseado. Hermanas Laurens
150- (Serie época)	Prometido deseado. Hermanas Laurens 2
151- Montana)	Me has enseñado lo que es el amor (Serie
152-	Tú no eres para mí
153-	Lo supe en cuanto le vi

154-	Sígueme, amor (Serie escocesa)
155-	Hasta que entres en razón (Serie Texas)
156-	Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157-	Me has dado la vida
158-	Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159-	Amor por destino 2 (Serie Texas)
160-	Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161-	Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162-	Dulces sueños, milady (Serie Época)
163-	La vida que siempre he soñado
164-	Aprenderás, mi amor
165-	No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166-	Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167-	Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168-	Sólo he sido feliz a tu lado
169-	Mi protector
170-	No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171-	Algún día me amarás (Serie época)
172-	Sé que será para siempre
173-	Hambrienta de amor
174-	No me apartes de ti (Serie oficina)
175-	Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176-	Nada está bien si no estamos juntos
177-	Siempre tuyo (Serie Australia)
178-	El acuerdo (Serie oficina)
179-	El acuerdo 2 (Serie oficina)
180-	No quiero olvidarte
181-	Es una pena que me odies
182-	Si estás a mi lado (Serie época)
183-	Novia Bansley I (Serie Texas)
184-	Novia Bansley II (Serie Texas)
185-	Novia Bansley III (Serie Texas)
186-	Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187-	La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188-	Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189-	Lo que fuera por ti 2
190-	¿Te he fallado alguna vez?
191-	Él llena mi corazón
192-	Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193-	No puedes ser real (Serie Texas)
194-	Cómplices (Serie oficina)
195-	Cómplices 2
196-	Sólo pido una oportunidad
197-	Vivo para ti (Serie Vikingos)
198-	Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199-	Un baile especial
200-	Un baile especial 2
201-	Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
202-	Lo siento, preciosa (Serie época)
203-	Tus ojos no mienten
204-	Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
205-	Sueño con un beso
206-	Valiosa para mí (Serie Fantasía)
207-	Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
208-	Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
209-	Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
210-	No soy lo que esperabas
211-	Eres única (Serie oficina)
212-	Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
213-	Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
214-	Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
215-	La intensidad de lo que siento por ti
216-	Lucha por lo que amas (Serie Australia)
217-	Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218-	Mi otra cara de la moneda
219-	Ni tú conmigo, ni yo sin ti
220-	No necesito más, si te tengo a ti (Serie
Oficina)	
221-	Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie
época)	
222-	Algo único (Serie Australia)
223-	Volver a enamorarte
224-	Empezar de nuevo (Serie oficina)
225-	Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
226-	Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
227-	Juramento de amor 2 (Serie época)
228-	Siento tu corazón
229-	¿Has pensado en mí?
230-	La oportunidad de enamorarle
231-	No dañes mi corazón (Serie Escocia)
232-	Te siento mío (Serie Texas)
233-	El uno para el otro
234-	Mi sueño eres tú
235-	Déjame amarte, preciosa (Lo siento,
preciosa 3)	
236-	Intentaré amarte (Serie oficina)
237-	Haré lo que sea por ti
238-	Volveré a ti (Serie Texas)
239-	Salvará su corazón (Serie Escocia)
240-	Tenemos toda una vida (Serie Montana)
241-	Las deudas se pagan
242-	Piensa en mí (Serie Australia)
243-	Demasiados años sin amarte (Serie
Fantasía)	
244-	Eres todo para mí (Serie oficina)
245-	Volveré en primavera
246-	Eres mi perdición (Serie Fantasía)
247-	Todo lo demás no importa (Serie Época)

- 248- Nada tiene sentido sin ti
- 249- Bienvenida al Paraíso (Serie Texas)
- 250- Puedes seguir con tu vida
- 251- Niégame cuanto quieras (Serie Vikingos)
- 252- El amor que mereces
- 253- Tu amor no es suficiente (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
- 12.

Una moneda por tu corazón

13.

Lady Corianne

14.

No quiero amarte

15.

Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.
